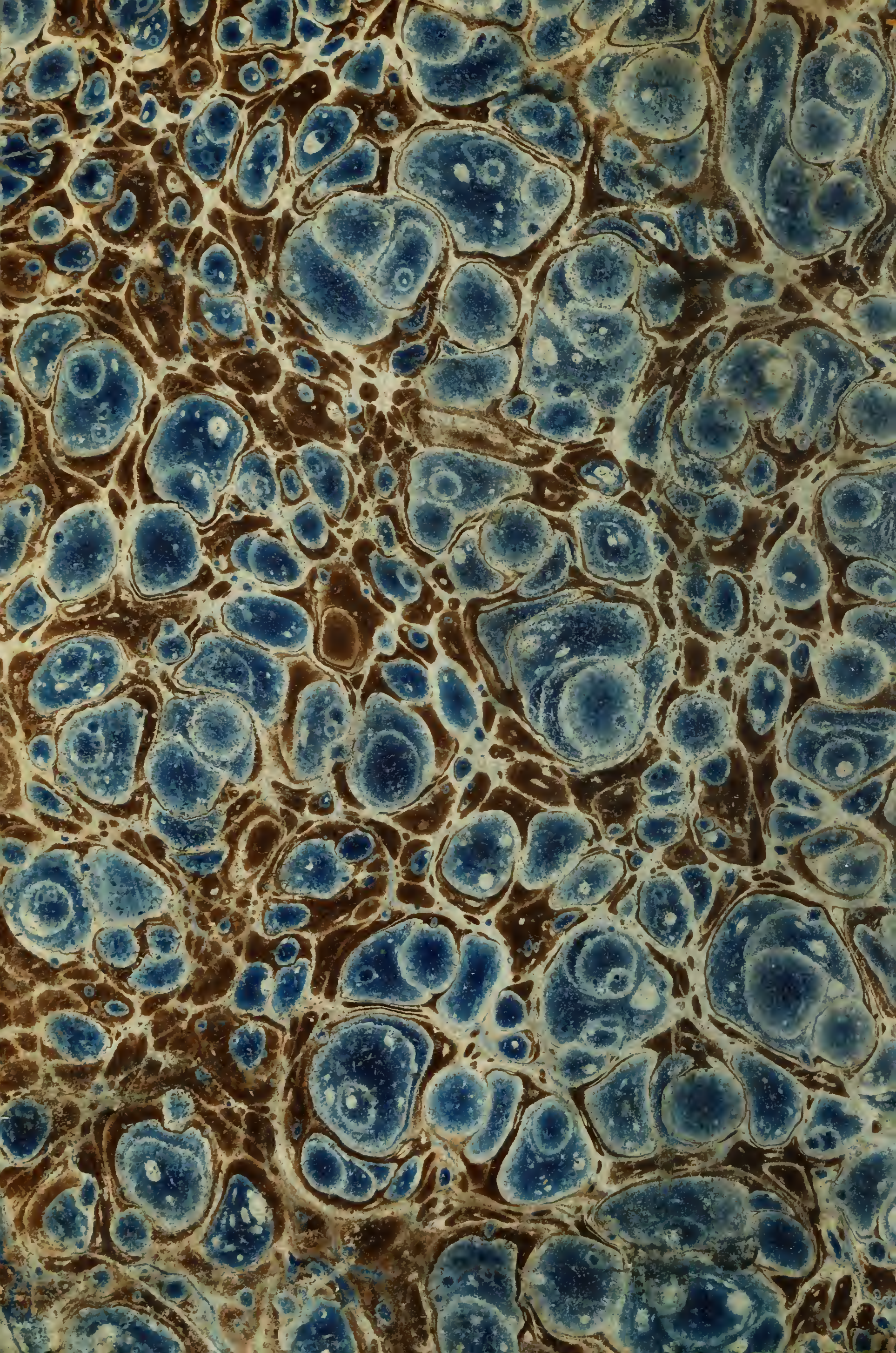
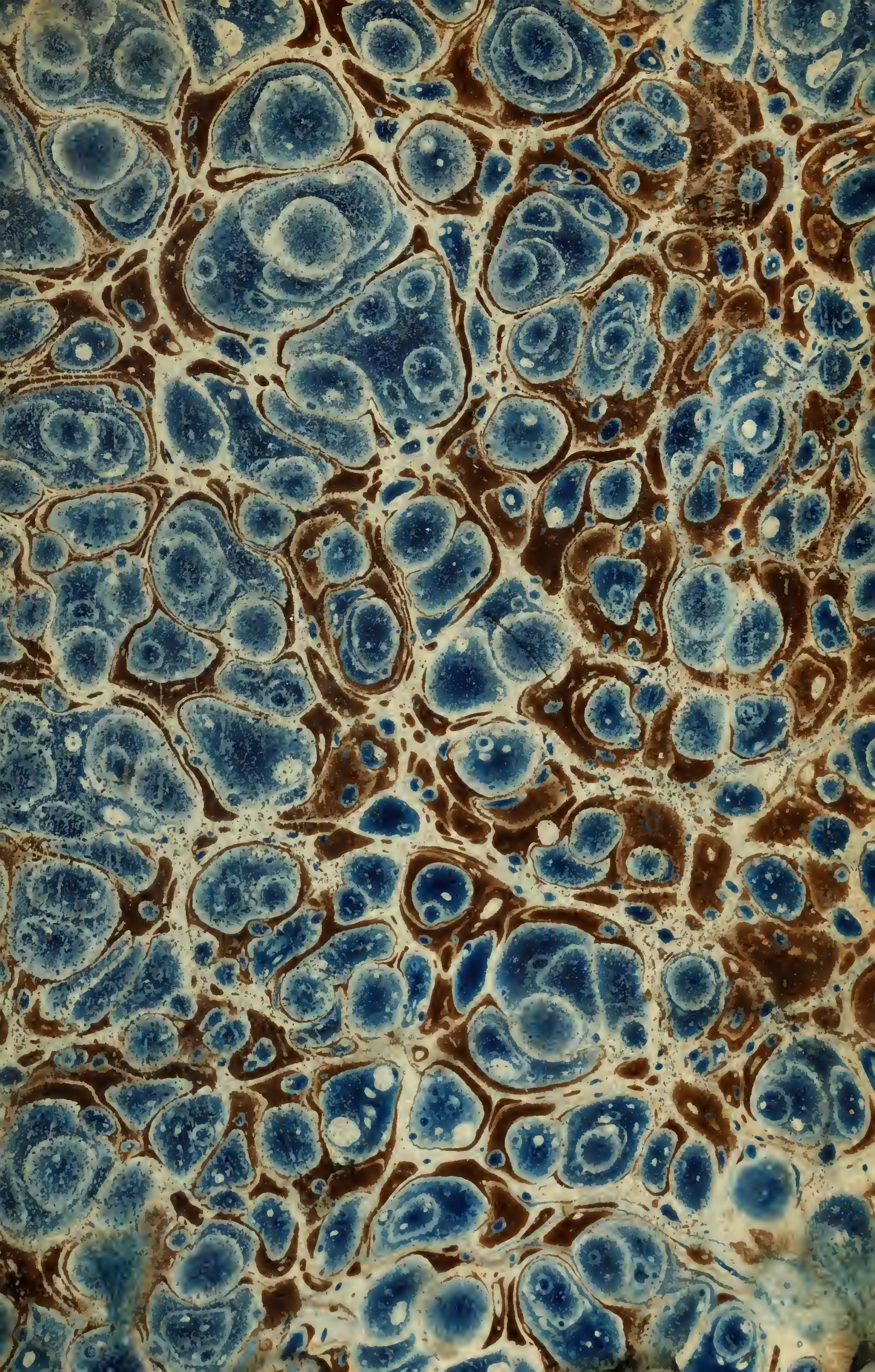

3 1761 08831784 7





# LAS GUARDILLAS

# DE MADRID.

# LAS GUARDILLAS DE MADRID,

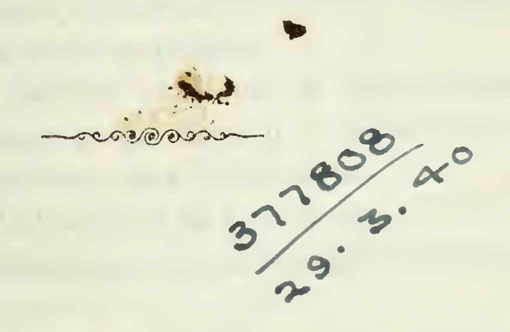
Ó

## EL NUEVO DIABLO COJUELO.

POR

D. L. CORSINI,

Autor del Album del Diablo, de la Fisiologia del Beso, del Libro Verde, etc. etc.





MADRID, 1849.
IMPRENTA DE HIGINIO RENESES,
calle de Valverde, n.º 24.

Todos los egemplares llevan una señal particular: los que careciesen de ella serán denunciados como furtivos.

## Altercado con mi librero.

—Permítame V. le diga que lo que me exige es una vulgaridad ya en desuso.

—Mucho mas á mi favor, pues, si es asi, tendrá casi todo el mérito de una novedad.

—Pero ¿no sabe V. que esa clase de introducciones ó esposiciones está mandada retirar, como cosa insignificante y desprovista de interés, insípida además é inutil como un prefacio?

—¡Heregía literaria propia de la época! Sepa V. que los tiempos en que floreció el prefacio fueron los mas brillantes para la literatura.

—Sí, para la literatura de los libreros.

—Esta es la única que sea universalmente buena, y á ella me atengo.

—Tiene V. razon. Me olvidaba de que, respecto á este asunto, juzga V. desde el punto de perspectiva en que se halla colocado. Pero si, como lo afirma,

floreció algun dia la infructífera produccion llamada prólogo, sin duda fue solamente para los libreros. ¿Quién, fuera de Vds., ha leido jamás un prefacio?

—Podrá ser así; pero nosotros juzgamos del paño por la muestra, y en un buen prolegómeno hallábamos la mejor garantia del valor de un libro. Volvamos á la cuestion, ¿quiere V., ó no, aumentar el capitulillo?

—Un capítulo insulso, cansado, ridículo, trivial.

—Conozco algo de mas trivial, y es el negarme á ser su editor.

—Escelente seria esta razon, mi querido ***.... si se brindase V. á ser mi editor responsable.

—Señor mio, esclamó el librero lanzándome una mirada fatídica por encima de los cristales de sus anteojos, un editor responsable, como V. lo entiende, saca pies de cualquier mal paso con algunos dias de alegre y sensual encerrona, de la que sale gordo, contento y repuesto como un Gerónimo; mientras que en el asunto de que tratamos, yo, desgraciado editor, algo mas que responsable, tendré por de pronto que soltar unos cien doblones de impresion, que se reunirán á duras penas si su libro se vende, ó que se transformarán en muy bonitos envoltorios de especias si, como es lo mas proba-

ble, se sube á relevar á los inocentes que vé V. de jolgorio en aquellos estantes.

La mano del librero se elevó entonces lentamente en direccion de algunos centenares de respetables tomos, refugiados en lo mas alto de su tienda, y que en aquella esfera olímpica parecian haber renunciado por siempre á las afecciones terrestres. Este ademan tenia algo de amenazador, de terrífico: era la posteridad personalizada y puesta en accion. La mano descarnada y macilenta de mi interlocutor, así levantada, me pareció inflexible como la del destino, demostrativa como una operacion de cuenta y razon, esplícita y elocuente como la visita del casero.

—Vamos, repliqué, capricho de librero! Me someto; pero ¿qué quiere V. que diga?

—Hombre! haga V. una introduccioncita que dé un poco de consistencia á lo descuadernado del escrito.

—Dale! Si esta es la textura propia de esta clase de obras. Si fuese una novela ó un cuento, podria hasta cierto punto necesitar de enlace y de una esposicion que le sirviese de base ó fundamento; pero si aqui el título todo lo esplica y declara, dando á entender, sin género de duda, que el obgeto de la obra es presentar una galeria de cuadros de cos-

tumbres. ¿A qué viene ahora hacerme cargar con la ridiculez de estampar *in capite* de mi libro una prosopopeya redundante, á guisa de exordio de prospecto ó de anuncio de método curativo? Ademas, le aseguro á V. que no sé qué decir; ¿quiere V. poner por sí mismo esa introduccion, como mejor le parezca?

—Eso quisiera V.: así podria atribuirme la *única* causa del mal éxito de la publicacion, eh? Muchas gracias: somos poco románticos los libreros.

—Pero si mi libro es en estremo clásico: estará V. en su centro tomando parte en su redaccion.

—Somos poco clásicos los libreros.

En efecto, mi contrincante no era ni uno ni otro, sino un buen y macizo librero, un librero de á fólio, de leviton abrochado, pantalon sin travillas, y gorra perdurable, el que, como la mayor parte de los de la calle de Carretas, tenia á puntillo conservar intactos, y trasmitir fielmente á sus sucesores los usos y costumbres librerescas del siglo décimo sesto, que del mismo modo habia recibido de sus mayores; para lo cual, insensible como una ostra al susurro y á la conmocion del movimiento progresivo que todo lo agitaba en su alrededor, seguia cerrando imperturbablemente la puerta vidriera de su tienda desde las dos hasta las cuatro de la tarde,

sin curarse de la mudanza de horas operada en la economía social de la poblacion que bullia á sus ojos, y sin dársele un bledo de que esta mudanza señalase precisamente, por momento de mayor actividad en las compras y negociaciones, el tiempo empleado por el librero en embaular el cocido tradicional y dormir la metódica siesta. La mejor operacion comercial no le hubiera hecho retardar ni de un minuto estas dos atenciones supremas; y al dar la primera campanada de la hora sacramental, hubiera quien hubiese en la tienda, trasladaba el librero bonitamente al tintero la pluma que solia llevar encureñada sobre la oreja derecha; levantaba con resolucion muy significativa la tabla movible que unia las dos partes del secular mostrador; empujaba con desenfado la fuerte cancela, pulimentada por el frote consecutivo de doce generaciones; y abriendo la puerta de la librería, con un gesto espresivo que obligaba á los circunstantes á una pronta retirada, echaba en seguida el irrevocable cerrojo, sin hacer caso alguno de que se diesen á todos los diablos los parroquianos que llegasen tarde, ni conmoverse por mas golpes que oyese, resuelto á dejar que rompiesen los impacientes todos los cristales de la puerta vidriera, antes que transigir con alteracion alguna en la destinacion programática de

las horas adoptadas por su gremio; afianzado ademas en la concesion hecha por este á las exigencias de los elegantes, á principio del siglo, y que consistia en haber atrasado de dos horas la comida de los libreros; sacrificio que habia costado no pocas acedías á muchos de ellos, y que notoriamente habia causado gastritis crónicas, á las que habia sucumbido gran número de los mas renombrados estómagos de la cofradía.

El terrible librero inclinó repentinamente, de una manera particular y que me era harto conocida como de siniestro presagio, el ala mas manoseada de la enorme y desconcertada visera que, segun la índole de sus cavilaciones (las del librero, no de la visera) cubria, ya la parte anterior de su rostro hasta encima de la nariz, ó ya solo un lado de la cara, escorzándose oblicuamente hácia una ú otra oreja.

—Oiga V., prosiguió: van á dar las dos: decídase V. luego; en la inteligencia de que, hablando francamente, me alegraré de que no hagamos nada. La camisa no me llega al cuerpo. Su obra de V. es de lo mas descoyuntado que jamás he visto, y me temo que el público la mire con gesto, y que, á consecuencia de esto, me hagan todos los dias una higa desde esos estantes los egemplares del librito

en cuestion, si es que llegamos á imprimirlo. El primer capítulo, sobre todo, parece traido por las greñas, y se creería que pertenece á otra obra: allí no hay protagonista, ó por mejor decir, hay tantos protagonistas como capítulos, pues que lo es cada uno de los Adanes que pinta V. en ellos. Lo repito: no hay unidad, no hay concierto, y esos cuadros descabalados componen un vestido de arlequin y un verdadero cajon de sastre. Huy!... Si yo pudiese sacar pies del compromiso en que me ha metido V!!!...

—¿Sabe V. que valdria mas que, antes que nos pusiésemos á escribir, fuéramos á tomar la órden de Vds., y preguntarles francamente cómo, sobre qué asunto, y en qué forma gustasen que lo hiciésemos?

—Eso sí que no! queremos dejarles completamente el mérito de la invencion.

—Ya! para despues hacerse Vds. los melindrosos y los interesantes, y apurarnos la paciencia con sus estrambóticos reparos, y con la peregrina pretension de erigirse en jueces indeclinables del gusto público. O libreros! libreros!!!....

—¡No hay librero que valga! interrumpió el mio llevando de nuevo la mano á la gorra y amenazando mis presentimientos con una nueva inclinacion de la

formidable visera: el capítulo, ó me retiro con mis honores..... y con mi dinero, añadió con la sonrisa acre y sarcástica propia de todo empresario.

—Corriente; pero quiero que conste que se me ha forzado á ello.

—En eso haga V. lo que quiera: no seré yo quien se oponga á que acredite V., lo mejor que pueda para su caso, el comodísimo sistema de las violencias.

La siniestra visera volvió felizmente á su primitivo lugar.

—Pero entendámonos, añadió el tirano: queda convenido que habrá una introduccioncilla que ligue y dé cierto peso á la narracion; un artificio cualquiera, que encadene algun tanto los capítulos; una esposicion en fin, una especie de *entrada en escena.*

—*Entrada en escena!* Diantre! está V. en pleno progreso: acaba V. de soltar un magnífico galicismo. Ahora, si, que bajo la cabeza. Descuide V.: voy á fabricarle una introduccion, (y algo rumbosa, se lo aseguro,) en que se motivará hasta la existencia de los personages, hasta la publicacion de la obra, hasta la machucha exigencia de V. ¡Cáspita! *Entrada en escena!*... Como quien no dice nada!..

—Yo, por mi parte, voy á poner un anuncio en que haré ver, claro como la luz del dia, y créalo

quien lo creyere, que no sirven para descalzarle á V., ni Balzac, ni Fielding, ni el padre Isla, ni el mismísimo autor de las mil y una noches.

En aquel instante dió la hora fatal: el librero se avanzó como un cohete á cerrar la puerta de la tienda, y yo me retiré algo disgustado de ver que, contra mi propósito, acababa de comprometerme á que este libro, sobre tener principio, lo que siento bastante, tuviese tambien una *introduccion;* especie de pleonasmo ó redundancia literaria, de la que á toda costa hubiera librado al lector, á esa ilustre é inocente víctima de la prensa, si el hado, esto es, si la visera de la aciaga gorra del librero no lo estorbara.

# INTRODUCCION.

## Un diablo casi como los del dia.

Érase la tercera taza de té, pero no de un té así como quiera, sino de té negro, estamos? té famoso, té ruso, tan ruso como los hijos de Iván; tan solemnemente ruso como el Autócrata; ruso quizás tanto como los que, aunque no sean rusos de Rusia, creen á pie juntillo en el derecho divino de los reyes, en la omniciencia del despotismo, en la eficacia de los golpes de estado, en la seriedad de las farsas político-sociales, en la sinceridad de las manifestaciones, en la infalibilidad de las medianías, en la fé de los apóstatas, en la eterna parvulez de este pueblo español, á pesar de oirse de todos los ángulos de su territorio los rugidos amenazadores de su prepotente pubertad; tan ruso, decimos, como aquellos que sueñan en sustituir

una caduca y ridícula restauracion á la regeneracion bulliciosa y vivaz que se agita en el turbulento seno de la civilizacion moderna; como aquellos que no dudan de que el poder es un sacerdocio, y la libertad una utopia; que niegan el movimiento y el progreso intelectual, y asemejan las naciones á manadas de reses; atribuyendo, en su loca presuncion, á arrobamiento y admiracion la desdeñosa indiferencia de las masas; y á instinto radical de estólido servilismo, el sufrimiento de los pueblos...

Hablando de lo mismo, es preciso convenir en que el té es verdaderamente un ingrediente admirable, amigo del estómago y de la cabeza, del píloro y de la médula espinal, de la materia y del espíritu; que posee la propiedad de poner en armonia uno y otro, deshollinando á un tiempo las oficinas de la digestion y las del entendimiento, y moviendo ó escitando los espíritus vitales, el fluido nervioso, el fluido magnético, el fluido eléctrico, el fluido galvánico, y unas cuantas docenas mas de fluidos, cuya naturaleza nos es tan conocida como la ciencia gubernamental; pero que no por eso dejamos de traer de continuo á colacion con candeal magisterio, ya sea para provocar el embeleso de los tontos, ó dar un misterioso y sibílico sobrescrito á la ignorancia.

Érase pues la tercera taza de té, cuando empezó á esperezarse mi imaginacion, y á hacer pinitos mi masa cerebral, trayendo, llevando y comparando obgetos, hasta ordenar séries enteras de recuerdos, reflexiones é ideas, que combinadas, enlazadas y como amasadas por un poder creador, dieron por fin nacimiento á un pensamiento único, formulado bajo el deseo insólito y hasta cierto punto sobrado impertinente, de penetrar en el hogar doméstico de cada existencia, y de contemplar á la sociedad, digámoslo asi, en paños menores, sorprendiéndola en su interior, en su vida íntima, secreta y tál vez misteriosa; examinándola á solas, sin testigos, sin disfraz, sin parche, en toda su deformidad ó belleza, en todo su horror ó sublimidad.

Sumergido en una fantástica meditacion, parecida á la que se apodera del bebedor de opio, figurábame el inesplicable gozo que tendria en levantar el tupido tegido de hipocresia, corrido casi irrevocablemente sobre los actos ingénuos del hombre, sobre la espontaneidad de sus primeros movimientos. Ya me encontraba en la alcoba de una tímida virgen que, al arrojar sus últimos velos, se detenia á considerar, con encendida modestia, la perfeccion de sus contornos, la singularidad de ciertas formas, quizás la proporcion ó la relacion

inmediata ó ideada de algunas otras: la veia, dulcemente embelesada en su coqueta contemplacion, cavilar, la traviesa y maliciosa hija de Eva, sobre el obgeto, el fin, efecto y porvenir de tantas bellezas, acosada de mil ideas caprichosas, juguetonas, vergonzantes á veces y furtivas, y señaladas sin embargo con frecuencia, á su paso, por una sonrisa fugaz, por un leve rubor, por un gesto significativo ó una breve esclamacion, por un monosílabo apenas articulado, por una actitud ó una mirada, por el silencio, por la misma inmovilidad. De repente desaparecia esta suave imagen, y me hallaba frente á á frente con una apetitosa jamona, que, sentada sobre su cama, contemplaba, con una inesplicable espresion de pesar y de tierna y voluptuosa recordacion, los restos aun atractivos de una brillante hermosura. Sin embargo, apartaba ya con algun recelo la finísima holanda, encubridora postrera de sus mas íntimas bellezas: parecia temerosa de encontrar algun menoscabo en ellas, algun nuevo síntoma de decadencia; una arruga tal vez; menos tersura en algunas partes; depresion, abatimiento y humillacion en otras; músculos descaradamente pronunciados; eminencias allanadas; hoyos nivelados; contornos en fin sensiblemente alterados en mas ó menos, en sobra ó falta. Me parecia ver

á aquella linda cabeza, aun cubierta de abundantes y sedosos cabellos, inclinarse y torcerse graciosamente en diversos sentidos, para buscar, ansiosa y zozobrosa, ciertos puntos de vista, ciertas direcciones oblícuas desde donde pudiese descubrir y reconocer mejor el entronque de las líneas, la perspectiva general del *pais*, y el estado bueno ó malo de las *posesiones*.

Sucesivamente se me presentó de este modo una *Macedonia* interminable de visiones burlonas y fugaces, á cuales mas estravagantes y desvergonzadas. Ya era un lechuguino en calzoncillos, haciendo un gesto endemoniado al chuparse el dedo con el cual habia incautamente intentado reconocer el grado de calor de un aceite verdoso que, en una sarten negra como el alma de un condenado, estaba destinado al condimento de un huevo enano. Ya era un celibato, mal avenido con sus cincuenta años, que, envuelto en un leviton pardo y raido, de aquellos que estaban en lo fuerte de su voga el año treinta y tres, y arrimado al escaso calor de un brasero cesante, consideraba, con la ojeada huera y sin espresion, propia de todo aquel que se halla preocupado por un pensamiento profundo, los arabescos instantáneos que, en zigzag de fuego, imprimia quizás alguna leve corriente de aire sobre los

carbones semiapagados de la copa. Tan pronto se me aparecia un cuarto elegante, ocupado por dos amantes que, tiernos y llenos de entusiasmo, se arrullaban y picoteaban amorosamente como dos tórtolas: tan pronto me encontraba en una estancia triste y mal alhajada, en donde dos bribones urdian una trama criminal, ó arreglaban los pormenores tácticos de un robo. Buhardilla, cuarto principal, entresuelo, piso bajo, todo lo andaba, y en todas partes me figuraba hallar á la humanidad en flagante desacuerdo con la sociedad facticia representada á otras horas por aquellas mismas individualidades, que ahora, arrimadas sus caretas sarcásticamente uniformes, recobraban cada una su propia fisonomia; cuál sombria y friamente desdeñosa, como la de un conspirador permanente; cuál burlona y satírica, como la de un escritor de ripios; macilentas y desanimadas unas, rubicundas y coléricas otras; tristes, alegres y variadas al infinito todas en su espresion normal de inmovilidad, no menos que en el movimiento y en el juego mímico de sus facciones, cuando alguna sensacion íntima las contractaba momentáneamente y de paso.

Recorriendo asi mi vagabunda imaginacion una interminable galeria de cuadros, mas ó menos variados ó animados, de la vida secreta, consideraba

al hombre sin máscara, solo consigo mismo, entregado sin trabas al instinto de sus buenas ó malas pasiones, y á toda la originalidad de su tipo particular. No temia ver desaparecer de este modo algunas ilusiones: al contrario, no dudaba de que debajo del insípido prosaismo del trato humano, y del manoseado y descolorido tapiz en que, en figuras raidas y sin espresion, y en letreros desgastados y medio borrados, se anuncia burlescamente el pomposo programa de las decepciones, de los despropósitos y de las pantomimas sociales, se encontrarian las mil poesias de la naturaleza, rechazadas, es verdad, por demasiado crudas ó agrestes, de una sociedad caduca y raquítica que, viciada hasta la médula de los huesos, teme demasiado á la realidad para no admitir necesariamente á la hipocresia como una virtud; pero depositadas, cobijadas y reconcentradas en el corazon del hombre, con el ardor de una afeccion clandestina, con la actividad ferviente y vivaz de un sentimiento no participado, con el vigoroso y tenaz arraigo de un pensamiento proscrito, ó de una idea fija, nacida en la soledad, y nutrida en el misterio. Es cierto que todo lo poético no es bonito. Aun en la meliflua literatura permitida á la enfermiza susceptibilidad de nuestro depravado gusto, y no obstante los esfuerzos cons-

tantes del meticuloso esmero con que, por no herir á nuestra delicadeza de ramera, se procura embotar la espiritualidad de los conceptos y arromar las demostraciones demasiadamente tangibles, se encuentran sin embargo poesias lúgubres, trágicas y espantables. ¿Qué estraño será, pues, que en los profundos dobleces y pliegues del alma existan voluntades atroces, sentimientos inmundos, instintos de hiena, arcanos horribles, intenciones satánicas, hechos de antropófagos? Pero todo esto, si no en el fondo, á lo menos en la forma, puede ofrecer mucha poesia, pues que la poesia de las cosas no consiste, segun parece, en el valor y naturaleza de los hechos, sino en el modo de perpetrarlos y en la calidad esterior y ostensible de las circunstancias que los acompañan; razon por la cual no es del todo imposible que llegue á ser muy poético, no solo un robo, un asesinato, una indigestion, un cólico, ó un pronunciamiento, á pesar de lo prosaico de estos adocenados asuntos, sino, lo que es mas y mejor, el acto de mudarse de camisa, de atarse una liga, de peinarse, de ajustarse los tirantes, y aun de aflojárselos, en algunos de aquellos casos urgentes en que la mas pequeña dilacion pudiera ocasionar un rompimiento ó una catástrofe. Asi lo han querido nuestros poetas, á quienes no

se les puede negar que son los amos en la materia. Conformidad pues, y sabed, ¡O lectores! si aun lo ignorábais.

1.°

Que, por regla general, las cosas gordas, bien que sin gordura alguna, son casi todas poéticas.

2.°

Que aun las ténues ó comunes son susceptibles de adquirir la misma calidad, á fuerza de aditamento y accesorios, ni mas ni menos que el cuerpo enjuto y escurrido de una muger angulosa y descarnada obtiene el privilegio de pavonearse ostentando, cual si fuese suyo, una pomposa y formidable popa, á beneficio de ese nefando atavío, horror de los verdaderos aficionados, y conocido bajo el inarmónico y desapacible nombre de *meriñac*. ¡Dios le confunda, destruya y aniquile cuanto antes para bien, prez y gloria de las hermosas que tienen lo suficiente para no vivir de prestado!

3.°

Que, bueno ó malo, tuerto ó derecho, es siempre poético todo aquello que no sea monótono.

En lo mas fuerte y hondo de mi aventurera

cavilacion, una de esas conexiones singulares en que parecen entrechocarse la memoria y la imaginacion, vino á comunicarme como una especie de sacudimiento eléctrico. Me acordé del *Diablo cojuelo*. y en aquel instante mi deseo, hasta entonces distraido en sus propias divagaciones, tomó de repente una accion y un ímpetu tan arrojados y materiales que no pude menos de esclamar en alta voz: *¡ Quién tuviera un Asmodeo á su disposicion!*

—Estoy á la de V. y esperando sus órdenes, respondió una voz de temple armonioso y ricamente modulada, que partia de la parte del cuarto que quedaba á mi espalda.

Volví la cabeza, y se encontraron mis ojos con los de un desconocido, que, medio tendido en el sofá que poco antes acababa yo de dejar cubierto de papeles y libros, parecia estar allí como quien espera el despacho de algun asunto, ó el encargo de algun cometido. Fijé por un largo rato la vista sobre mi singular interlocutor. A juzgar por la prolongacion de su perfil, comprendido desde la cabeza hasta la punta del pie izquierdo que apoyaba muellemente sobre uno de los almohadones del sofá, me parció muy largo el señor Asmodeo, pero tan exiguo de carnes, que se asemejaba á un escomulgado del siglo XVI, ó á una de esas figuras angos-

tas y escuálidas, de escolar sopista, que en cada universidad parece haberse encargado de simbolizar los estragos del hambre, no menos que las pretensiones del estudio. El desconocido estaba vestido de negro de pies á cabeza, sin dejar por esto de ser su elegancia muy problemática. Siniestramente envainado en un frac descoyuntado, raido y de faldones estrechos y puntiagudos; en un chaleco de moiré, que, por la multiplicidad de sus arrugas, parecia adaptado á un esqueleto; en un pantalon destrabillado, que se asemejaba con rara exactitud á dos fundas de paraguas unidas por sus estremos; en unas medias de estambre que ya pardeaban, y en unos zapatos muy abiertos y adornados de lazos descomunales cuya hechura y gusto no me eran del todo desconocidos, se parecia mas bien aquella figura estrambótica al remedo imperfecto de un mayordomo de cofradía, que no á la efigie de un lechuguino de nuestros dias. Señoreaba á toda esa longánima persona una cabeza de anchas dimensiones, adornada de una cabellera roja muy poblada y cortada á cepillo, y de un rostro pálido y estirado, sin movimiento ni espresion. Pero lo que me chocó sobre manera (y seguramente que no era para menos) fue que, estendido, como ya hemos dicho, aquel simulacro de viviente sobre los papeles

y libros que estaban en el canapé, se traslucian estos al través de su cuerpo, del mismo modo y tan claramente como si solo los cubriese un crespon negro. La cosa me pareció original: sin embargo, á pesar de lo insólito de esta aparicion, no me causó ningun susto: al contrario, no sé como se hizo que la primera sensacion que me produjo fue una tentacion de risa que me costó mucho trabajo reprimir; predisposicion burlona de que se resintió el diálogo que al instante entablé con la figura de tapiz que me hacia el honor de visitarme.

—¿Hace mucho tiempo que está V. aguardando? le dije.

—No es cosa, contestó esperezándose el larguirucho personage; unos ciento cuarenta años, lo mas: desde que me dejó su predecesor de V.

—¿Y quién fue mi predecesor?

—El honorable caballero D. Cleofas Leandro Perez Zambullo.

—Ah! ya! el protagonista del *Diablo cojuelo.*

—Justamente.

—Pero..... ¿y qué tengo yo que ver con ese apreciable sugeto?

—Ahí es nada! Lo que tiene V. que ver es que de toda eternidad está V. predestinado para ser su continuador.

—Dígame V., ¿ha estado V. dando cabezadas durante el ratito que hace que me espera?

—Sí y no: nosotros los diablos dormimos siempre con un ojo abierto.

—Muy buen provecho les haga. Es que todo podria ser; y confesará V. que una persona que hace un sueñecito asi como de siglo y medio, debe, por mucha travesura y diablura que tenga, hallarse algo atrasada de noticias al despertar.

—Quizás lo diga V. por el mal corte de mi frac.

—Hombre! el frac! Y el chaleco! y los pantalones! y esas medias á medio estirar! y esos lazos en los zapatos! y esa cara de Judio errante!...

—Confieso que, empezando por el corte de mi pelo (que por fortuna se halla á la orden del dia, como se hartan Vds. de decirlo por acá) hay quizás una docenita de anacronismos en toda mi persona; pero vamos al grano: aunque fuera yo tan modorro como V. se lo figura, no por esto dejaria de estar al corriente de las cosas del dia: el diablo se impone en un momento en todo.

—Entonces conocerá V. que de ningun modo puedo continuar la obra de D. Cleofas. Las costumbres, los usos, los modales, la calidad y filiacion de las aventuras, el modo de contar, el enlace de las ideas, los artificios de la narracion, el estilo,

el gusto, todo se ha mudado de entonces acá, no menos que los trages, los ademanes y las espresiones convencionales del semblante y de la conversacion.

—Cá! no lo crea V. Todas esas mudanzas consisten solo en las esterioridades, en la corteza: el fondo siempre es el mismo. Algo mas perversos aparecen Vds. ahora, por esa zalagarda de revoluciones, revueltas y pronunciamientos que les proporciona lucir su perfidia, su inmoralidad, su inconstancia, su venalidad y su grosera malicia; pero á pesar del magnífico desarrollo de todas esas sus heróicas prendas, de las sandeces de su profunda sabiduria, y de la cómica crudeza que intentan dar á sus pobres fisonomias, son Vds., créame de veras, tan simples y papanatas como sus abuelos; asi como estos, á pesar de su religiosidad aparente, de su simulada sencillez, y de sus pretendidas virtudes patriarcales, fueron tan aviesos y quizás algo mas hipócritas que Vds., que no es poco decir.

—Pero aunque sea así, lo cierto es que hoy todo lo hacemos de diferente modo.

—Por consiguiente, dijo con cachaza, haciendo una pausa y tomando un polvo el antiguo servidor de D. Cleofas; por consiguiente, volvió á decir sor-

biendo con repetidas aspiraciones el diabólico rapé, contaremos y escribiremos como en el dia poco mas ó menos se estila: delinearemos tipos; formaremos cuadros; inventariaremos con estraordinaria escrupulosidad el ajuar de nuestros héroes: ni un solo taburete, ni el mas pequeño puchero se sustraerá á nuestras románticas pesquisas. ¡Qué digo! hasta las aneas sueltas del susodicho taburete, hasta sus manchas, hasta las rajaduras del referido puchero, su color y estado de servicio, serán obgeto de nuestras prolijas descripciones, de nuestros profundos estudios, y de nuestras sabiondas meditaciones. No tenga V. cuidado: á todo me presto, y hasta tal punto que, si gustais, empezaremos por el último capítulo. Pues qué! ¿tengo acaso traza de ser algun rutinero? algun pelucon, incapaz de amoldarse á las cir......cuns......tan.......cias?.....

Y terminando este final con recalcada cadencia, se levantó mi interlocutor y tomó una actitud bastante *distinguida*, pasando, con feliz soltura y loable naturalidad, los dos primeros dedos de su mano derecha por entre los botones del chaleco, al mismo tiempo que la izquierda se situaba á la espalda á una altura sábiamente calculada, y sostenia el faldon izquierdo del dilatado frac por su abertura posterior, balanceándose aristocráticamente entre

tanto la parte superior del cuerpo sobre las caderas, sin esceder en sus oscilaciones de un ángulo de nueve á diez grados. Aunque el interminable faldon hacia un pésimo efecto, así arremangado, y colgando, cual pendon, fuera del aplomo del cuerpo, con todo, la postura, bien que algo rancia, era tan gallarda, y la actitud tan rigurosamente académica, que no pude menos de aplaudirla.

—Ya, ya veo, le dije, que en V. ha habido progreso, y en grande. Esto es ya otra cosa. Le hallo á V. mil veces mas original asi, que no con la cojera, las muletas, la capeta y el turbante de crespon encarnado con que se presentó á D. Cleofas.

—Ahora como ahora, y entonces como entonces. Si en aquel tiempo un diablo, por encopetado que fuera, hubiese salido á la escena en trage sério ó de *soiré,* se le hubieran reido en las barbas, y ni siquiera habria obtenido los honores del exorcismo: ahora indudablemente nos correrian los muchachos si nos viesen con nuestros antiguos atavios. Asi va el tiempo. Bien es verdad que desde entonces nos hemos humanizado de lo lindo: hemos marchado con el siglo ó con los siglos. Antes tentábamos á los hombres: ahora ellos nos tientan á nosotros.

—Esto no va conmigo; yo ni le he tentado á V., ni le he buscado.

—Pues y aquella esclamacion! Me parece que, para indirecta, ni las del padre Cobos, eh! Ya ve V. que no he partido de ligero: asi como le he aguardado aquel ratito, le hubiera esperado mil años: callado como un muerto me he estado hasta que me llamó.

—Pues bien ¿qué quiere V?

—Yo, nada: V. es el que quiere: no vengo mas que á dar cumplimiento á su deseo.

—Cómo?

—Confiriéndole poder para que pueda entrar en las habitaciones mas secretas de este heróico y, como decian hace poco, sensato pueblo de Madrid, y para que pueda V. ver y escuchar, sin ser visto ni oido, cuanto pase en ellas; pero con la espresada condicion de que ha de principiar por las buhardillas, quedando despues á su arbitrio y voluntad el irse bajando sucesivamente de cuarto en cuarto hasta los principales, los entresuelos, y aun hasta los cuartos bajos, si tal es su mania de curiosear, que hasta en ellos quiera meter las narices; bien que para mí creo que no es este el busilis, sino el hacerse á todo trance con materiales para enriquecer vuestra pobre literatura con uno de los muchos libros malos que la corroen; en cuyo caso, pudiendo, como me lo temo, llegar á ser el suyo superlativo

en este género, quedaria V. probablemente con poca gana de bajar y subir escaleras, y aclimatado del todo con los desvanes, region natural de los ingenios sublimes destinados á abastecer con sus inmortales obras las tiendas de comestibles y de géneros ultramarinos.

—Vamos, déjese V. de críticas y alusiones. Confieso que no me disgusta la idea.

—Ya lo creo!

—Pero ¿de qué medio me valdré yo para conseguir lo que V. me promete? Siempre es bueno para eso una especie de talisman.

—Ciertamente, y cuanto mas chavacano y ridículo, mejor, eh!

—Sin duda: una pata de cabra, por egemplo, ó una púa de puerco-espin.

—¡Que no os avergonceis de estas vulgaridades! Vaya! no teneis númen ni estro: ya lo veo, vais á escribir una mala prosa.

—Hágame V. ver poesias, y aunque en prosa escriba, no será tal vez mi prosaismo tanto como á V. se le figura.

—Las verá V. de á fólio, pero de todos géneros, cuenta con ello! no todas le olerán á jazmin, se lo prevengo.

—¿Y por qué quiere V. que empiece por los te-

jados? ¿no seria mas natural y lógico que me fuera encaramando primero por las escaleras? ¿no es mas propio subir que bajar?

—Ya, pero no reflexiona V. que, respecto á los pisos, el orden social está casi completamente invertido; de suerte que, segun el rol de los caseros, baja el que sube, y sube el que baja. He tratado mucho con pedantes, y tengo mis pretensioncillas. Por de pronto quiero que emprenda V. un curso metódico de ética social, y para ello debe empezar por la parte elemental.

—¿Y los elementos de una sociedad civilizada se encuentran acaso en la hez y el desecho de ella?

—Cabalito. Esta hez, como V. la llama, es precisamente la sociedad en masa, la humanidad en fusion, que con sus inmensos trabajos, sus innumerables industrias y su enorme accion edifica los imperios, doma los elementos, y puebla de maravillas el mundo. Si de ella surgen de tarde en tarde, cual efímeras burbujas, esas existencias privilegiadas destinadas á vivir en un estado escepcional de ócio, de opulencia y de brillante depravacion, á ella vuelven irremisiblemente á sumergirse para desaparecer y ser reemplazadas de continuo y sin término por otras y otras, como las olas mas encrespadas de un mar proceloso, como los montículos de arena for–

mados y allanados sin cesar por el Simoun del desierto. Esta hez es la que habeis de observar, y sobre la cual os aconsejo que mediteis profundamente: ahí empieza y ahí viene á terminar, despues de recorrer un estenso círculo, el estudio filosófico de la civilizacion, no menos que el de las tendencias del espíritu humano. No estudieis al género en sus escepciones; falseariais vuestra tarea: creedme, principiad por las guardillas.

—Corriente: asi lo haré: venga el talisman, y manos á la obra.

Metió el angosto personage los dedos pulgar é índice de su apergaminada mano derecha en uno de los bolsillos de su chaleco, y sacó una llavecita de guardas muy historiadas.

—Tomad, me dijo; tengo mucho que hacer, y además me empalaga soberanamente el ridículo papel de *Cicerone*. Con esto no necesitais que os acompañe. V. mismo se introducirá, con esta llave, en los cuartos mas interiores y reservados de las habitaciones que escoja para obgeto de sus observaciones, y mientras la tenga en una ú otra mano, os mantendreis invisible é insonoro (pero no inodoro, cuidado!), perdiendo una y otra virtud en el momento en que se introduzca aquella en la faltriquera, ó que de cualquiera manera deje de tocarla.

—Tantas gracias; y ahora ¿por dónde le acomoda á V. salir de aqui?

—Por donde he entrado.

—¿No será por la puerta, supongo?

—¿Y por qué no?

—Porque semejante salida me parece muy ordinaria para un sugeto como V.

—Quia! no lo crea V.: á fuerza de dar vueltas las cosas, llegan con frecuencia las mas comunes á hacerse muy singulares y estrañas.

—Beso á V. las manos.

—Cuidado! no haga V. como yo, que cuando beso, muerdo. Agur.

Si esto no es un entremés, me dije á mí mismo al cerrar la puerta tras mi estraño interlocutor, voy á divertirme en grande, y á embadurnar papel de lo fuerte; pues seria hasta inhumano privar á mis contemporáneos de los importantes descubrimientos que voy á hacer en el tenebroso Apocalipsis del corazon del hombre. Veamos pues si aquel diablo socarron se ha burlado de mí, que mucho me lo temo.

Impaciente por salir cuanto antes de duda, cogí la llavecita y me coloqué delante de un espejo. ¡Cuál no fue mi sorpresa, al observar que no me veia en él? El asombro, un terror que no pude

reprimir me hicieron caer la llave de la mano, y en el mismo momento apareció en el espejo mi semblante, aunque en estremo demudado por la impresion profunda que acababa yo de recibir, pues me hallaba poco preparado á este prodigio, sin embargo de la portentosa escena que le habia precedido. Largo tiempo estuve clavado en el mismo sitio, mirando alternativamente el espejo y la llave que estaba á mis pies; pero como, segun parece, está hecho el hombre de modo á acostumbrarse á todo, aun á las cosas mas estupendas, me fui familiarizando poco á poco con la endiablada llave y con la peregrina y seguramente muy lisongera idea de ver sin ser visto; y al cabo de una hora manejaba yo con toda llaneza el dige infernal, divirtiéndome, frente á frente del espejo, con el juego de *ya le ves, ya no le ves;* tan cierto es que solo lo desconocido es lo que causa admiracion y estrañeza. En efecto, ¿qué cosa mas sorprendente, por egemplo, que ver andar un carruage sin caballerías, y desprenderse de la tierra un globo aereostático? Pues esto no llama ya la atencion á nadie: el aereonauta fuma su cigarro con negligente indiferencia en medio de los aires, y el viagero, desilusionado y fastidiado, da sendas cabezadas encerrado en su Wagon. Quién sabe! quizás dentro de pocos años tendremos relaciones

comerciales con los habitantes que Herscheld ha descubierto en la luna, y hallaremos el secreto de procrear por correspondencia epistolar, modo mas ó menos que platónico de hacer el amor, y que, en travesura, progreso é invencion, ha de dejar muy atrás á la institucion del ramo de seguridad pública, al hallazgo de los estados escepcionales, y al ingenioso método adoptado para que el alambique electoral produzca con toda esactitud *la espresion genuina de la opinion y de las voluntades de...... las.....ma.....sas.....* buena masa! y famosamente amasada!

## Las Guardillas.

Antes de internarnos en la narracion dramática de lo que se ve, de lo que se oye y siente, de lo que pasa y acaece en las guardillas, y para lo cual, segun se ha visto en el capítulo precedente, tenemos plenos poderes del diablo, nos ocuparemos de la parte descriptiva de ellas; asunto preliminar tan indispensable para conocer bien el lugar de la escena, su aspecto general, y hasta cierto punto el temperamento genérico de los actores que en ella han de figurar, como lo es imponerse en la geografia de un pais, antes de leer ó estudiar su historia.

La guardilla tiene, por las circunstancias características de su existencia, una analogia muy marcada con los tontos, la que consiste en que siendo, como la cabeza de estos, lo mas elevado de las construcciones, es tambien, del mismo modo que ella, lo peor dispuesto y alhajado, y lo mas

exhausto, pobre y miserable del edificio; lo que no impide que, por carambola ó arte de birlibirloque, sirva á veces de asilo la guardilla á alguna notabilidad en cierne; asi como no tiene nada de imposible el que la calabaza de un ingenio enteramente romo venga, en fuerza de su perfecta redondez, y por consiguiente en virtud de la propiedad de su figura esférica, esencialmente á propósito para la rotacion, venga, decimos, á parar, dando tumbos y rebotes, hasta acomodarse en las banquetas de un congreso, ó arrellanarse en algun sillon ministerial; incidentes bastante comunes en estos tiempos de vicisitudes y trastornos; pero que lejos de alterar la naturaleza de las cosas, comunicando, por egemplo, en la comparacion á que nos referimos, brillo á la indigente guardilla, ó celebridad al necio presumido, hacen al contrario mas chocantes y visibles, por el efecto del contraste, la miseria de aquella y la mentecatez de este; á la manera de aquellas estampas chavacanas, que no chocarian demasiado, pegadas á la mugrienta pared de una taberna del Rastro; pero que parecerian monstruosas de malas, puestas en un magnífico marco, y colocadas en un salon elegante y lleno de preciosidades.

Todas las creaciones, las del hombre asi como las de la naturaleza, tienen su sello peculiar, mar-

cante y especial: el que distingue á la guardilla es la indigencia, ó cuando menos una rígida escasez; bien que considerada esta y aquella bajo las dimensiones y proporciones establecidas por la gradacion mas ó menos dilatada y estensa á que vienen á ajustarse las diferentes posiciones sociales de la comunidad ó del pais en que se vive. Esta escala es corta en las poblaciones pequeñas, pero es inmensa en las capitales. ¡Qué infinita diversidad de existencias mas ó menos favorecidas no se encontrará, por egemplo, entre la del pobre diablo que, despues de haberse esforzado en vano todo un dia en ablandar pechos empedernidos, se acuesta en ayunas sobre el duro suelo, invocando infructuosamente del sueño el olvido de sus males; y la del rico banquero ó del noble de triple grandeza, que, rodeado de todas las delicias de la vida, devora en un dia, con frio y egoista desden, el sustento asignado por la naturaleza á cinco ó seis mil familias (1)!

---

(1) No exageramos: todos hemos leido, no hace mucho tiempo, la relacion y descripcion de un banquete dado á la aristocracia inglesa por un Lord que posee una renta de 6000 duros diarios, cuya enorme acumulacion de riquezas queda compensada con que veinte y cinco á treinta mil conciudadanos de aquel pobrecito señor se coman los codos de hambre. ¡Bonita organizacion social la que produce tan insensatos resultados! En un pais que tal sucede (dirian los discípulos de Prudhom), no hay mas que dejarse de lindezas económico-políticas, y acudir bravamente á los puños, distribuyendo con equidad la torta á estocada limpia y á trabucazos.

Las diferencias graduales que pueden encontrarse entre aquellos dos estremos son casi infinitas, y pueden clasificarse por zonas y categorias, bastante bien marcadas para que sea facil señalar á cada una el círculo en que gira. Esta clasificacion no tiene nada de arbitrario ni caprichoso: ella existe ya por la fuerza y efecto solo de las cosas, y no hay mas que observarla y reconocerla. Del mismo modo tal vez que se efectuó la separacion de los elementos, al desembrollarse el caos: de igual manera que, restituidos al reposo, se separan ciertos líquidos ó productos químicos de diferentes naturalezas, despues de cesar la agitacion que por un momento los amalgamó; del mismo modo, poco mas ó menos, se verifica de contínuo la distribucion de los matices sociales. Consideremos primero las cosas en general, y las categorias en sus mas latas divisiones.

En los cuartos principales habita la aristocracia de casta, la del dinero, la de los empleos, algunas veces por rareza la del saber. Esta es la region de la opulencia, dilatada sobre sus mas gigantescas proporciones; la de las preciosidades, de los tesoros y del lujo; la del buen gusto y de los primores de todas especies; la del esquisitismo, de los prestigios y de las maravillas.

En los cuartos segundos viven personas menos

colmadas de riquezas que las precedentes, pero brillantes aun por su tren y boato, y cuyas ambiciosas pretensiones no ceden en un ápice á las de aquellas. Allí moran todavia títulos atrasados ó corrientes en el pago de las medias anatas; hacendados que poseen lo justo para tener coche propio, con el riguroso par y medio de caballos, un único cochero, que se ha convenido en no enfermar nunca, un lacayo *factotum*, una doncella costurera, y una ama de llave, cocinera. Allí se vé tambien buen número de ex-ministros que no fueron tontos; de intendentes célebres; de cesantes de alta categoria, que no fueron ranas; de comerciantes quebrados, que no se durmieron; de abogados de nota ó de abogados que tienen que hacer; de agentes de bolsa muy entendidos; de contratistas de segunda categoria, que no se descuidaron; de empresarios que entienden la monserga; de artistas nacionales y estrangeros los mas sobresalientes; de primeras espadas en medicina y cirugia, etc., etc.

En los cuartos terceros vegeta aquel inmenso número de notabilidades cojas, que estuvo en un tris no hiciesen una brillante fortuna; unos, que debieron ser generales, embajadores, plenipotenciarios, ó simples enviados diplomáticos; otros que, por disentir en ideas políticas, no quisieron ser mi-

nistros; muchos que hubieran llegado á directores de hacienda, sin los pronunciamientos de los años 33, 34, 35, 36, 37, etc., etc.; bastantes que tuvieron casi siempre en su provincia doce votos para Senador, y trece para Diputado; en fin, gran parte de ambiciones desmedradas, frustradas ó caducadas; y entre todos estos grandes hombres malogrados y marchitados en su flor, los escritores que llegan á vender la décima parte de sus ediciones, los empresarios de traducciones (1), las redacciones de última categoria, y el sin fin de existencias adocenadas que hicieron clavo en aquella esfera de prosperidad mediana, sin que les fuese jamás dable pasar de ella á otra superior.

En los cuartos pisos, cuando los hay, se *fasti-*

---

(1) No hay que estrañar la espresion: todo el mundo sabe que aqui el traducir es una industria, un artefacto, un puro oficio manual, cuyos indispensables útiles son una mala gramática y un pésimo diccionario; pues que en el dia se ha llegado á tener por cosa incomprensible el que pueda hacerse una traduccion sin la presencia y colaboracion de estos dos muebles; lo que demuestra, con un si es no es de evidencia, que, para ser un escelente traductor, no se necesita de ningun modo saber el idioma en que esté escrita la obra original, y muy poco el en que se verifique la version; con cuyo admirable descubrimiento vamos adelantando grandemente en la materia, dándonos á traducir por medios mecánicos, poco mas ó menos del mismo modo que se hila al torno ó que se pone en movimiento un molino de chocolate.

*dia* una infinidad de esperanzas engañadas; muchas otras nacientes y, digámoslo así, en su aurora; individuos de todas clases que, por darse á tocar con demasiada frecuencia el bajon, instrumento insufrible para los delicadísimos oidos de los dichosos que viven en los cuartos inferiores, han tenido que subirse por condescendencia á los mas elevados; casi todos los literatos; algunos pocos poetas (la mayor parte de estos se remonta aun mas, sin duda porque el estro poético no se sublima sino en las regiones superiores: ya se sabe que las Musas habitaban en las cumbres del Parnaso); los terribles caseros todos; lo mas selecto de las parteras; la flor y nata de los cesantes; las virtudes perseguidas que pertenecen á cierta categoría; las viudas de tenientes coroneles para arriba; (las demas suelen perecer en los hospitales); una infinidad de tias y de amparadoras de la inocencia; los médicos que acostumbran hacer visitas largas; muchos profesores de guitarra y violon; y centenares de aquellas pobres é interesantes familias, obstinadas erre que erre, las cuitadas, en morir de pura honradez, sin mas pan que el necesario para el dia, sin mas ingreso que el salario del trabajo cotidiano, sin mas tesoro que la laboriosidad, sin mas goces que el espectáculo descocado é insultante de la prosperidad del rico,

sin otra esperanza que la loteria, ni mas porvenir que el hospital.

Volvamos atrás, antes de tocar á la puerta de la guardilla: veamos los cuartos bajos: así acabaremos por los estremos.

El piso bajo encierra casi completamente la inmensa máquina que da vida y movimiento á las demás regiones superpuestas en que se encuentran las muy diversas categorias que componen el total de habitantes de la capital. El comercio en todas sus fases y gradaciones, desde la venta del precioso cachemir de la India hasta la de una caja de oblea; la banca, giros y contrataciones de todas especies; las industrias de todos géneros, desde la fabricacion de ricos tapices, de suntuosas carretelas y de magníficos aderezos, hasta la de las mechas y cerillas fosfóricas; en fin, un grande número de academias é institutos de enseñanza llenan en su mayor parte aquella zona inferior de la colmena humana; en la que tampoco faltan industrias caseras, tanto mas seguras y lucrativas, cuanto que son independientes de la variacion de las modas, y que exigen pocos anticipos pecuniarios, y un aprendizage muy corto para egercerse, siempre que haya buena disposicion y una grande y decidida aficion de parte de las personas que se dediquen á ellas.

Demos un salto, un brinco descomunal, y lleguemos por fin á la última grada de la escala social, á la guardilla; region poética, mas, mucho mas que poética, fantástica en grado superlativo, fantasmagórica y sorprendente, en donde se elaboran sin cesar, pero muy á lo natural y demasiado de veras, los dramas mas complicados, mas intrincados, atroces, lamentables, revesados, tenebrosos é infernales; así como las comedias mas intrigadas y originales, y los sainetes y farsas mas joviales y grotescas que se pueda imaginar; cuna sin duda del difunto género romántico, y mansion favorita de la musa de Victor Hugo; hormiguero inmundo en donde pulula la miseria en todo su horror, y el deseo en todo su frenesí; en donde las pasiones se mantienen constantemente en su mas elevado grado de exaltacion, y la voluntad en un contínuo paroxismo; en que la imaginacion no engendra mas que mónstruos; en que no hay una idea que no sea fija, ni una meditacion que no conduzca á una catástrofe; en que no se considera á la especie humana sino como á un enemigo ó á una víctima; y á la organizacion social, sino como un sofisma burlon ó un sarcasmo permanente.

En la guardilla sufre, jura y rabia, ó se abate y anonada para siempre, la inmensa parte de la so-

ciedad que, burlada y escarnecida por los que hallaron cabida en el banquete de la vida, se come los codos al olor estimulante de las viandas que, á sus barbas y mofándose de ellos, devoran aquellos mamones insaciables; estado atroz de irritacion que en breve y á cada momento produce acerbos frutos, haciendo diariamente rebosar á borbotones sobre las demas castas la lava ardiente puesta en fusion y elaborada de dia y de noche en ese volcan colocado sobre sus cabezas. De él salen de contínuo aquel enjambre de desgraciados que, hallando todas las sendas obstruidas, menos la del crimen, se precipitan por ella en busca de los bienes que el comunal les niega. Muchos, por su esfuerzo, por su sagacidad ó su osadia, logran, á los pocos pasos emprendidos en esta peligrosa carrera, soslayar el abismo que los aguardaba; en cuyo caso, mas ufanos de su criminalidad que de su fortuna, se reunen entonces á las clases mas ó menos privilegiadas con que han conseguido ponerse en contacto, solo para continuar y dar un nuevo grado de actividad á la obra de depravacion que corroe á la sociedad. Algunos sobresalen, á fuerza de heroismo, de saber ó de constancia, consiguiendo nadar hasta la orilla y salir del horrible fangal en donde se ahogaron ó quedaron empotrados otros menos esforzados. Los

demás permanecen en aquella mazmorra etérea, para abastecer los presidios, los cadahalsos y los hospitales; para alimentar prematuramente los cementerios y los anfiteatros de diseccion; para enriquecer la redaccion de los periódicos con un contingente diario de suicidios mas ó menos novelescos ú originales; para sembrar tal vez algunas leves espinas en la alfombra de flores que pisan los dichosos de este mundo, presentándoles de vez en cuando, en medio de sus orgias y placeres, imágenes atroces de miseria, de padecimientos ó de infamia; en fin, para rubor de lo que se ha convenido en llamar civilizacion, y para baldon eterno de las costumbres, de las leyes y de los gobiernos.

Estos son los rasgos capitales que distinguen, aunque en caracteres generales y muy por encima, las clases sociales distribuidas en los diferentes órdenes de viviendas hacinadas unas sobre otras en las grandes poblaciones; pero falta mucho para que sea rigurosamente exacta esta clasificacion, que, como todas las demás clasificaciones de que nos servimos para ausiliar á la memoria y facilitar las operaciones del entendimiento, tiene el defecto de aislar demasiado las divisiones y subdivisiones, y de señalarles límites sobradamente absolutas y arbitrarias, poco conformes además con la naturaleza,

que procede siempre por gradaciones insensibles é imposibles de deslindar con fijeza y seguridad. En la materia de que tratamos sucede idénticamente lo mismo que en la historia natural, que, bien que compartida metódicamente en reinos, géneros, especies, familias, etc., para la mejor inteligencia de los que la estudian, presenta sin embargo, en la realidad, una cadena ininterrumpida de seres y de entes vegetativos, tan imperceptiblemente graduados, que ninguna division puede establecerse en ella, que deje de ser caprichosa é infundada; sin dejar por esto de aparecer efectivas y ostensibles las diferencias, consideradas colectivamente y de grupo á grupo. Del mismo modo, son impalpables las gradaciones de prosperidad social que forman la transicion de un piso á otro; las que, si bien se hallan terminantes y fuertemente pronunciadas entre los de una misma vecindad, ofrecen las mas diversas proporciones, y de consiguiente una correlacion variada al infinito, consideradas, primero, entre las diferentes casas de un mismo barrio; segundo, entre los distintos barrios de una misma poblacion. Diferencias son estas de tanto bulto, que no solo dificultan la demarcacion local de cada casta y de cada posicion social, sino que con frecuencia la invierten hasta cierto punto, no única-

mente en el aspecto esterior, sino tambien en la esencia de las cosas y en la série de los hechos habituales que caracterizan las facultades y el rango de cada clase; de manera que, no solo hay morador de guardilla que en estas demostraciones y en su modo de vivir se aproxima mucho, ó se confunde del todo con el del cuarto inmediato inferior, sino que le supera en boato, lujo y comodidades, singularidad que se repite igualmente, á menudo y de una manera idéntica, descendiendo ó subiendo (como se quiera) de cuarto á cuarto, siempre que se alterne de casas y barrios. En efecto, cada uno de estos caracteriza casi esclusivamente una triple ó cuádruple gerarquia, cuyos diversos órdenes guardan cierta armonía entre sí, distinguiéndose muy visiblemente estos y aquella de las que, con la misma gradacion, habitan en otro barrio superior ó inferior en categoría; lo mismo que sucede proporcionalmente de calle á calle de un mismo cuartel, y de casa á casa de una misma calle. ¡Qué diferencia, por egemplo, entre la vecindad total de una casa de Lavapies, Maravillas ó Barquillo, y la de otra que se halle situada en la plaza ó calle Mayor, ó de las Fuentes; y sucesivamente, de menor á mayor, entre las que forman las calles de la Montera, Carretas, Fuencarral, Alcalá, Príncipe, y Carrera de S. Gerónimo. Dificil

seria establecer un paralelo respectivo de situaciones sociales entre tantos y tan graduados escalones, si no se hallasen sujetos estos á un censo que les asigna infaliblemente un lugar positivo, reduciendo esta comparacion á una mera regla de proporcion aritmética. En efecto, se llega á saber con mucha facilidad que un cuarto principal de la calle de la Sierpe ó de la Comadre, cuesta, v. gr., lo mismo que uno segundo de la del Humilladero ó de Lavapies, que uno tercero de la de Silva ó de las Huertas, que uno cuarto de la del Lobo ó de Hortaleza, ó finalmente, que una guardilla de la de Carretas ó del Príncipe; lo que, sabido el moralísimo axioma de, *tanto vales cuanto tienes*, forma los elementos materiales, pero infalibles, de una escala con la cual al mas zote le es dable estimar el valor social intrínseco de cada individuo, y asignarle con toda seguridad el grado exacto de elevacion atmosférica que le corresponde en cada casa y en cada barrio.

La guardilla, pues, así como los demás órdenes de pisos, no pueden, como acabamos de verlo, adaptarse con precision y exactitud, á una clase espresa de la sociedad, ni de consiguiente caracterizarla de una manera determinada y absoluta; pero la guardilla, mas que ninguna otra clase de habitaciones, tiene, sí, la propiedad de circunscribir en

su zona total, un estenso número de existencias que, bien que muy diversamente graduadas en sus haberes, recursos, costumbres, ocupaciones, moralidad y modo de vivir, forma sin embargo en su conjunto, y fundidas todas las diferencias, una gerarquia bien pronunciada, diversa y separada muy notablemente de las restantes. En efecto, hay en general cierto grado de fusion entre los habitantes de los demas pisos. Vistas las diferencias de que llevamos hecha mencion, no llama mucho la atencion el que una familia se pase de uno á otro, sea ascendiendo ó descendiendo. Siempre que no llegue á la buharda, puede creerse que aquella se conserva poco mas ó menos en la misma esfera social; y los puntos de contacto, aunque menos frecuentes, segun el grado de separacion, no dejan por esto de subsistir. Pero la línea divisoria que separa aquellas dos regiones es un abismo que no las permite tocarse: el morador de la guardilla pertenece á otra comunidad, á otro mundo, y forma otra sociedad, repudiada y en entredicho permanente con la que, viviendo debajo de sus plantas, la domina sin embargo, cual si un terremoto hubiese invertido el orden primitivo colocando lo de abajo arriba, como sucede en la comedia de *la Bolsa y el Rastro.*

La guardilla es la Siberia de los que han per-

dido el pleito en el mundo de los venturosos, y el limbo de los que nacieron sin obtener el bautismo de la riqueza. Al llegar á aquella altura, todo lazo se rompe, toda relacion se interrumpe, toda comunicacion se corta. El conocido deja de saludar al que tuvo la mala suerte de verificar esa ascension antisocial: el amigo se despide, como lo haria de una persona condenada al destierro ó á la deportacion: el hermano apenas se atreve de tarde en tarde á visitar furtivamente y á deshora aquella estancia mas desdeñada que la del crímen; no sabiendo, en su vergonzante virtud, cuál cosa elegiria, si ser encontrado en la primera ó en la segunda; si ser visto á la puerta de una guardilla, ó á la entrada de un presidio. El habitante de aquella mansion olímpica es el pária de nuestro orden social: es un apestado, un leproso, cuyo contacto temible puede contaminar, cuya mirada fatídica puede conjurar la fortuna y hacer mal de ojo: es hasta de fatal agüero encontrarlo con alguna frecuencia en las escaleras, cuyo paso se le tolera solo por la imposibilidad de que pueda llegar por otro camino á su camaranchon. El pobre diablo sufre en la casa un ostracismo completo: solo trata con los demás infelices cuyo alveolo está alineado con el suyo. Esta desafortunada república vive allí ignorada de los demás

inquilinos, como un nido de ratones ó de cucarachas; pero conocida en compensacion, y observada de la policia con esquisita é incesante atencion, como si solo entre ellos pudiesen abrigarse los perpetradores de toda clase de delitos y los perturbadores constantes del orden social. ¡Pobres habitantes de la guardilla! que bajan y suben sin que nadie lo eche de ver! que nacen sin que nadie lo sepa, y mueren sin que nadie lo vea! á quienes niegan los demás vecinos el fuego y el agua, sórdidamente preocupados con el temor de que les pidan otra cosa! á quienes la mas mínima ó mas infundada queja de estos puede lanzar instantáneamente de su miserable albergue; y cuya seguridad y existencia pende, como la de los insectos, de que no se los oiga ni que con ellos se tropiece!... Afaenados vividores de los entresuelos! especuladores ansiosos, de los pisos bajos! vanidosos señorones de los cuartos principales! notabilidades incompletas de los segundos! atrabiliarios envidiosos, confinados en los terceros y cuartos! ¿negareis la verdad de aquel estado, peor que el de los ilotas? Entre vosotros os visitais, os pasais recados, conservais siquiera una apariencia de atencion, un remedo hipócrita de hospitalidad, ¿pero le habeis estendido alguna vez á los que habitan la guardilla? No, nunca. *No está*

*en uso*, respondeis muy formalmente. Lo que no está en uso es ofrecer al que puede necesitar; lo que no está en uso es tratar con aquel que no podeis esplotar, y del que no podeis sacar provecho ni utilidad.

El morar ó haber habitado en una guardilla es un sello indeleble, sino de infamia, á lo menos de desconsideracion; y sino, analicemos algunas de las diferentes frases en que sale á colacion la etérea vivienda.

1.ª

—*Le hallé en una guardilla!*

El gesto, el ademan, la entonacion, las inflexiones y la espresion de la voz comentan esta esclamacion, de manera á ofrecer, por egemplo, las diversas significaciones siguientes:

*¡Figúrese V. cómo estaria el pobre! yo me avergonzé.*

*Sin duda la mala conducta!...*

*Por fuerza, se habrá envilecido.*

*Debe de estar hecho á alargar la mano, y á dormir al sereno.*

*Quizás á otra cosa peor. ¡Quién sabe!...*

*La miseria es tan inmoral!!!...*

etc. etc. etc.

2.º

*¡Vivia entonces en una guardilla!...*

Esto, bien rumiado, quiere decir:

*Sé el sugeto que es.*

*Que no nos venga ahora con ínfulas de hombre de importancia!*

*¡Nos querrá hacer creer que es persona decente! pero ya, ya! me parece que, á mayor abundamiento, era en la calle de la Pingarrona!*

*¡Si sabremos quién es el hombre!*

etc. etc. etc.

3.ª

*¡Yo en una guardilla!!!...*

Idénticamente como si se dijera:

*Repórtese V. y mire con quién habla.*

*¡V. me insulta!*

*¡Si se le figurará que soy, como él, algun hombrecillo de poco mas ó menos!*

*Esa es una desvergüenza, y si no mirara!...*

*¡Hable V. bien si sabe!*

etc. etc. etc.

4.ª

*¡Figúrese V! ¡un hombre que vive en una guardilla!...*

La traduccion ramplona de esta esclamacion presenta las variantes siguientes:

*Debe ser un truhan, un perdido, un haragan; cosa de guardilla en fin.*

*¡Qué se puede esperar de un hombre que vive en una guardilla!*

*Qué virtud! qué saber puede abrigarse en una guardilla!*

*¿Ha visto V. alguna alhaja de valor en una guardilla?*

*Jesus! una guardilla! ¿Quién puede vivir en una guardilla?...*

etc. etc. etc.

5.ª

*Se ha tenido que mudar á una guardilla!!...*

Lo que se sobreentiende por,

*El hospital le aguarda..... ó el canal!!!...*

*¡Quién habia de decir que asi acabaria!* (el

hombre condenado á la guardilla se mira casi como difunto).

*Me despedí de él... Padezco mucho de los nervios, y con una visita en una guardilla, indudablemente me volverian las convulsiones.*

*Era un jóven muy interesante* (esto se pronuncia en tono de rezo, y como cosa de oracion fúnebre).

*Dios le haya perdonado!!!...*

etc. etc. etc.

La mania de todos los hombres es subir, encaramarse y elevarse sobre los demás: la de los desgraciados habitadores de las buhardillas es, al contrario, bajar y mas bajar; pero solo bajar escalones, entendámonos, en cuyo concepto hacen de contínuo una pésima y muy profana aplicacion de aquel testo de las escrituras que dice: *bájate, si quieres ser ensalzado.*

El hombre del desvan (que es una especie como otra cualquiera) quiere bajarse, y tal es su furia por descender que, si le dejaran, no pararia hasta la puerta de la calle; pero esto no es por humildad, sino porque asi no tendria que subir diariamente tantas escaleras; porque pasaria del asiento anguloso, fementido, punzante, cortante y qué sé yo qué

mas, de una silla caduca y descoyuntada, al suave y calmante contacto de una dulce y conciliadora butaca; porque dormiria, en vez de sufrir; cantaria, en vez de rabiar; se meceria agradablemente en una temperatura de veinte grados, en lugar de soplarse los dedos; comeria, en vez de ayunar; y cavilaria mil delicias, en lugar de meditar lúgubremente entre la probidad y la miseria, entre el crimen y la necesidad.

Por consecuencia de todo esto, nuestro hombre no piensa mas que en bajar: es su *monomanía*, su idea, su pensamiento fijo, su pesadilla, asi como su sueño de las Mil y una noches; el sueño dorado que sacude sobre él sus sútiles y perfumadas alas de sílfide, el dia en que tuvo la buena suerte de refocilar al paciente estómago con una racion de callos y con un vaso de aquel nectar de taberna que se bebe allá arriba (en el desvan se entiende: no quisiéramos que nuestros lectores entendiesen malamente por eso de *arriba,* alguna cosa que estuviese mas arriba de las tejas.) De dia, de noche, dormido, despierto, con el vientre lleno, ó las tripas como caños de órgano; distraido en esperanzas fantásticas, ó en proyectar un suicidio dramático é interesante, ó solamente cómodo y poco costoso, siempre tiene aquel el oido, el deseo y el pensa-

miento tendidos hácia los cuartos inferiores, en los que se mece su imaginacion, sin entretenerse jamás, por cierto, en formar castillos en el aire, elemento en estremo apestoso para todo sugeto que vive á teja vana; sino castillos muy pegados á la tierra; castillos cubiertos de almenas y de terrados, á fin de que no sea posible siquiera recordar en ellos la forma guardillesca. Y como una idea fija suele á veces producir resultados en armonia con ella, cuando se encasqueta en una mollera obstinada y repropia, sucede á veces que, á fuerza de pensar en subir bajando, y de hallarse incesantemente estimulado é impulsado por semejante deseo, llega en fin á realizarse este para algunas de aquellas existencias escepcionales que, queriendo á toda costa salir del cenagal en que encallaron ó nacieron, se valen para ello, segun sea su organizacion, ya sea del saber ó de la astucia, del genio ó del talento de la esplotacion.

**Paralelo entre el portero y el habitante de la guardilla.**

Sin embargo de que, por lo que llevamos dicho, queda establecido que el habitador de la region guardillesca constituye, en su especie, una variedad enteramente separada de las que ocupan las demás celdas de la morada humana; con todo, se encuentra á veces en esta un viviente nómada, un ser parásito, un género de crustáceo grotesco, que, bien que acurrucado al remate opuesto de la escalera y muy cerquita de la puerta de la calle, presenta algunos caracteres de afinidad con aquel, como para acreditar cada vez mas el axioma de que *los estremos se tocan.* Este ente estraño es el portero, clase mamífera degenerada, de que nos proponemos tratar especialmente en el curso de esta obra, y de la que solo delinearemos por ahora aquellos rasgos en que se parecen y desemejan esas dos clases de exis-

tencias, puestas como de centinela en las partes esteriores, á los confines ó á la entrada y salida del aduar social; el uno, como escucha; el otro, como atalaya; el primero, como escudriñador de los secretos de la propia casa; el segundo, como descubridor de lo que pasa en las inmediatas.

La pobreza del portero iguala y muchas veces supera á la del inquilino de *soteja*; pero la del primero es metódica, uniforme, y se halla regularizada de modo á no llegar nunca á la carencia absoluta: es solo la escasez sublimada y llevada á su último término. La miseria del segundo es, al contrario, desigual y caprichosa: hoy permite que se coma, mañana exige que se ayune. Esta especie de miseria sin duda es menos prosaica que la primera; pero es horrible, amenazadora y atroz: es lúgubre como el sonido de las campanas que en el silencio de la noche oye el reo sentenciado á muerte: cansa hasta la misma esperanza: abate á toda clase de ánimo: embota los sentidos: á veces los irrita hasta el furor, hasta la demencia. La diferencia entre estos dos matices de una misma plaga, se manifiesta por señales esteriores bien pronunciadas, como v. g. las siguientes:

En la garita del portero se come poco y mal; pero se come periódicamente á horas fijas é inalte-

rables: en las guardillas se come á veces, pero siempre á deshora: el órden de comidas suele estar invertido alli de tal manera que, solamente llevando una especie de registro cronológico de ellas, podria atinarse con la denominacion y la fecha aplicables á cada una. Es muy comun en aquellas alturas almorzar á las diez de la noche, y hacer, el jueves, una comida que corresponda al lunes de la semana anterior.

A las once, á las doce, á las doce y media de la mañana, hierve con igualdad el puchero del portero, y durante este periodo un olor indudable á coles, nabos ó patatas se pega, al paso, á los vestidos de los visitadores y visitadoras de los cuartos que tienen el privilegio de recibir visitas. No suele disgustar del todo, á semejante hora, el tufo culinario. El estómago se halla entonces poco ocupado, y aspira con agrado los vapores de las cocinas. En fin es el momento en que parece escelente, apetitoso y bien condimentado el rancho de la tropa: no hay mas que decir. Asi es que, al pasar por delante del barreñon del portero, suele V. murmurar entre dientes, lleno ó llena de complacencia, y con un si es no es de envidia, saturada con un magnífico baño de filantropía relativa: *Caramba! el pícaro del portero! y qué bien que se trata!..*

Entre tanto no hay en la guardilla asomo de sopa ni aparato alguno de comida: ni fuego, ni barreñon (el barreñon, indicio seguro, en Madrid, de la escasez y de la economía, lo es tambien, por lo comun, de que la familia cuenta con su alimento diario). Creeríase, al ver desterrada la lumbre de aquel camaranchon, que los que en él viven están de dia de campo. El hogar está desordenado: algunos carbones apagados se hallan esparcidos sin concierto en él: un plato desportillado, dos escudillas desbarnizadas, una alcuza abollada están en competencia alrededor de las cenizas. Ah! hé aquí la sarten! el enser característico de la guardilla: el dios Lar por antonomasia: el *Fetiche* tutelar del santuario: la piedra principal, casi la única batería de cocina de este lugar, que sin incurrir en exageracion, podria muy bien llamarse sobrehumano. Es preciso confesar que al lado de la ligera y fantástica sarten, instrumento de inspiracion que cual ninguno se presta á los repentes y á las mas felices improvisaciones, es el puchero, el barreñon, y aun la cazuela una cosa plebeya, descolorida, taciturna y enemiga de toda concepcion elevada. No, no es posible que nunca obtenga primacía sobre aquella, el soez y tosco barro. Si en el Helicon se comia, si la ambrosía necesitaba de condimento, no en esos ca-

chivaches innobles, sino en la sonora, musical y chirriadora sarten fue en la que debió de prepararse aquel celeste manjar. La sarten es el mueble favorito, inseparable, imprescindible de toda imaginacion aventurera é inspirada; y como los habitantes de la guardilla son, salvo escepciones, esencialmente aventureros é inspirados, hé aquí la razon irrebatible de preferir estos la sarten á todos los primores de la alfarería, y de no creer que haya impropiedad ni pizca de falta de decoro en que aquella preciosa máquina sirva indistintamente para freir huevos, hacer chocolate ó sopas, afeitarse, ó tomar pediluvios.

El portero es un ser esencialmente metódico: va mal vestido, pero rigurosamente de verano en verano, y de invierno en invierno. Ni él ni el habitante de la guardilla conocen el trage de entretiempo; pero el último, á mayor abundamiento, suele tener la humorada de ir de lienzo en el rigor del frio, y de bayeton en lo fuerte del calor; bien que desguarnecido este de pelo, y tupido y reforzado aquel con la porqueria de muchas semanas, y alguno que otro acolchado de bastante abrigo.

El semblante del portero es invariable, monótono siempre, y de una tristeza mate, insípida y crónica, impasible á toda impresion, é incapaz de ser movi-

da ni aun por la mágia de los recuerdos. La fisonomía del individuo que vive en la guardilla es, al contrario, movible y alterable á lo infinito: se conoce al instante que aquel oscila sin cesar entre el abatimiento y la esperanza, entre una lágrima y un suspiro, entre una dulce ilusion y una cruda realidad. Sobre sus facciones agitadas, sobre su rostro macilento y en estremo contractible, se imprimen succesivamente los caracteres peculiares de todas las pasiones, hasta que la mas constante, ó quizá solo el endurecimiento ó el efecto de alguna terrible catástrofe, grabe profundamente en él una espresion permanente, indeleble é inalterable, como la que se vé sobre la faz de todo portero. Entonces llega el viviente de la guardilla á estar maduro para ejercer esta singular profesion, y se le cumple en fin el insaciable deseo que tenia de bajar; pero no era tanta su ambicion: el pobre se hubiera contentado con bajar solo al cuarto principal ó al entresuelo: para él es en parte un sarcasmo el axioma de que *los estremos se tocan.*

El portero recibe cuanto le quieren dar, aunque sean malas razones; pero todo lo admite, ó como salario, ó como estipendio ajustado tácitamente con los inquilinos, ó como donativo de los mismos, sin que jamás se halle atormentado por la fatal y perse-

guidora idea de tener que devolver cantidad alguna de las que ingresan en su pobre bolsillo; idea devoradora, equivalente, para el hombre que tiene delicadeza, á lo que es el remordimiento para el que tiene conciencia. El hombre de la guardilla tampoco es ni puede ser muy escrupuloso en eso de recibir; pero rara vez lo hace bajo el concepto de pago ó saldo, y, sí, casi siempre con el de préstamo, limosna ó cuando mas, anticipo; términos casi sinónimos, cuando lo que significan recae sobre una persona insolvente por su posicion, por arriba, por abajo y por todos cuatro costados.

En fin la vida del portero es una página insulsa y monoseada; mientras que la del habitador de la guardilla es una epopeya entera. La conversacion del primero es un susurro monótono de monosílabos insignificantes; á la par que la del segundo se compone de estallidos ruidosos, de frases exageradas, y de reminiscencias calenturientas: el deseo de aquel, si es que aun tiene deseos, es, cuando mas, que amanezca tarde mañana; mientras que los de este se estienden desde el polo al equador, y se contienen apenas entre los límites de la creacion. El uno se adormece cavilando en el estado en que se encuentra la escoba, y en el número de pares de botas que hay que limpiar al dia siguiente: el otro

desbarra toda la noche, ocupado en conciliar la falta de exactitud de la cena y la despedida del último ochavo, con la ilusion de un magnífico banquete en perspectiva, y de una fortuna en cifra todavia, y considerada bajo la forma de una mera ecuacion.

Además de estas diversas afecciones, que caracterizan diferentemente á aquellas dos variedades de la misma especie, hay en ellas un sentimiento, ó si se quiere un instinto particular, que las distingue eminentemente, obrando como repulsion en la una, y como atraccion en la otra. Este sentimiento, este primer movimiento íntimo consiste en la antipatía innata que todo viviente de guardilla tiene al casero; y en la estrecha simpatía que, al contrario, une naturalmente al portero con aquella potestad trascendente de la grey inquilinesca. El portero quiere al casero como el mastin á su amo: es su Argos, su espia, su agente, su empleado particular del *ramo*, y tambien sus ojos, sus narices y sus oidos; pues en efecto la mirada huera y sin calor del portero sabe descubrir, en el color de los muebles, indicios y coincidencias que él solo alcanza á coordinar con acierto. Su olfato, inhábil á distinguir el benjuí del almizcle, y la violeta del arrayan, no se equivoca ni un ápice en juzgar del grado de cocion y sustan-

cia de la olla, de la accion mas ó menos activa del fuego con que hierve, y del mayor ó menor atraso con que se dispuso. Se dá poco al exámen y medi-tacion del género y número de los platos de principio, porque sabe que para la tranquilidad de su patron, basta la inspeccion de la olla; pero cuando quiere hacer prueba de habilidad, saca inducciones bastante atinadas sobre la calidad y cantidad de aquellos. En fin, sus oidos, enteramente entorpecidos para todo aquello que compone la parte novelesca y sentimental de la existencia, tienen la sutileza de los de un ético para todo cuanto puede, aun remotamente, tener conexion con el pago del alquiler, ó con las comisiones clandestinas ú observaciones suspicaces que le prometen alguna retribucion. El portero es por último el puesto avanzado, el cuerpo de observacion, la salvaguardia del casero, y tambien su gefe de estado mayor: él es quien vigila las operaciones de toda la vecindad, y el que, fiel al espíritu de su profesion, ha parodiado para sí la divisa de Napoleon, tomando por exergo estas memorables palabras: *Todo para el casero* (1). El vecino de la region olímpica tiene, por lo contrario, un

(1) La divisa de Napoleon era: *Todo para la Francia.*

oido instintivo, una oposicion invencible á aquel prosaico personage: le mira como una fatalidad, como un presagio siniestro, como una ave de mal agüero, como un cometa, como una catástrofe, como un pronunciamiento. Su sola presencia le causa contracciones nerviosas: la presiente, como los pajarillos la proximidad de la tempestad, como la paloma la inmediacion del gavilan: la huele con un verdadero olfato de salvage: la reconoce en el movimiento del ambiente y en el eco de las pisadas; nunca por el metal de la voz ni el modo de toser; (¡Cuál será el casero que lleve la imprudencia hasta el punto de hablar ni toser cuando vaya á visitar á sus inquilinos!); pero, sí, por la manera de llamar, de herir el pestillo, de empujar la puerta, en fin, de cualquier cosa. Bajo este punto de vista el habitante de la guardilla y el portero dejan de tener asimilacion, y pueden considerarse casi como enemigos. Son dos sistemas político-caseros encontrados: la libertad y la dependencia en lucha: el progreso, que toma su vuelo hácia el tejado; y el partido conservador que, á fuerza de bajar escalones, se halla ya muy cercano al sótano. Asi es como las posiciones sociales crean por sí solas, con demasiada frecuencia, antipatías ó sentimientos adversos, que vienen á aumentar aun los elementos naturales

de desunion, de enemistad, y de animadversion, ya tan numerosos y eficaces entre los hombres. Se atesora el odio, se acumulan con codicia los resentimientos, como si fuesen doblones. ¡Pobres humanos!

## Los goces de la guardilla.

Hasta ahora no hemos hecho una pintura muy halagüeña de la guardilla: sin embargo, se disfruta en ella de cosas muy buenas.

En primer lugar, la pureza del aire. Es verdad que esto tiende á escitar algun tanto las ganas de comer, cosa que por punto general no suele ser muy del caso, y puede casi siempre considerarse como una calamidad para los habitantes de aquella elevada region, ya sea por encontrarse esta distante de la tierra y de sus producciones, ó ya por estar habitualmente aquellos en desacuerdo permanente con los panaderos, carniceros y tiendas de comestibles. Pero en fin, como es evidente que una de las condiciones convenientes para comer es tener hambre, siempre es ventajoso encontrarse uno con esta feliz predisposicion: asi, de dos cosas, gana de comer y comida, solo faltará la una, la última.

Es preciso no pedir gollerías: todo no se puede conseguir. Los ricos tampoco tienen nunca mas que una de aquellas dos cosas, la segunda; y se conforman, los benditos! No seamos mas exigentes que ellos: reflexionemos y meditemos en los trabajos del prójimo: el que no se consuela, es porque no quiere.

Segundo, la contemplacion del cielo. Esto eleva el espíritu, engrandece la esfera de los pensamientos, y sutiliza el ingenio, cosas todas tres á cuales mas provechosas y de que tanto necesita nuestro conciudadano aéreo, en particular de la tercera, si es que ha de medrar. Es además sumamente divertido observar desde la buharda, como cuanto mas rabie uno, mas va bajando el *Carro*, y subiendo las *Cabrillas*.

Tercero, el aspecto de los tejados, panorama singular de planos inclinados en todas direcciones, coloreados de un tinte uniforme de almazarron pálido, y sembrados aquí y allí de buhardas salientes y acaballeteadas, y de chimeneas encopetadas, mas ó menos elegantes y adornadas, que unas y otras se asemejan con bastante propiedad á casas y torres pequeñas; presentando á la vista el aspecto de una poblacion en miniatura, desparramada sobre un campo rojizo y desigual, y cortada en todos

sentidos por simas hondas y tenebrosas, tales aparecen las calles desde aquellas alturas. Esta vista encantadora no podrá menos de interesar infinito á las existencias originales destinadas á morar tan cerca de los astros, cuyos movimientos podrán estudiar aquellas desde allí, al mismo tiempo que hagan curiosísimas observaciones sobre las costumbres, manejos, correrias y aventuras de la gente gatuna, pueblo regnícola, como se sabe, del imperio de las tejas, y que apenas le cede al hombre en astucia, ferocidad, ingratitud y egoismo. Asi podrá el habitante de la guardilla empezar con aquellos animalitos un curso práctico elemental de ética, que luego tendrá ocasion de completar y perfeccionar con el trato de sus semejantes, cuando, bajando algunos tramos, tenga la dicha de rozarse con las moralidades de los cuartos inferiores.

Cuarto, la propiedad de la temperatura, en armonía siempre con la del aire libre: calor en verano, y frio en invierno ¿qué cosa mas natural? Esta unidad atmosférica, llevada á su último grado de rigidez en la guardilla, es casi tan sana y provechosa como el régimen de la dieta absoluta.

Pero entre las ventajas inherentes á la guardilla, no hay ninguna tan sobresaliente como la proporcion que ofrece esta deliciosa mansion para los ena-

morados. Allí, á la luz brillante del empíreo, pueden vibrar las miradas con todo el ardor de la pasion, sin que las empañe la semiluz interior del balcon, sin que las intercepten los efluvios interpuestos de una ojeada maligna y envidiosa, ó la falsee y dé un engañoso ó dudoso viso el resol maldito de una pared deslumbrante. Allí, entre cielo y tierra y fuera del alcance de ojos celosos y suspicaces, puede mostrarse radiante de pasion el rostro de la vecina, y encendido de deseo el del vecino: nadie los escucha : todo se lo pueden decir, y todo se lo dicen, ya con el divino dialecto de las miradas, ya con la dulce elocuencia de acentos impregnados de amor, ó ya en fin con una pantomima espresiva de gestos y actitudes, mas rica en conceptos, en pensamientos y armonía, que el mejor de los poemas. Y si, platonizando de este modo, nos unimos de intencion con aquellos ánimos grandes y magnánimos que, por razones que ellos solo se saben, ó quizás, los desgraciados! por falta absoluta ó accidental de razones, se contentan con ver agonizar la inocencia y zozobrar la virtud, sin naufragar del todo esta por falta de un buen escollo que la eche prontamente á pique; si, al contrario, y dejando á un lado la parte teórica del *asunto*, nos identificamos por un momento con aquellas organi-

zaciones sensuales que no comprenden el amor sin sus goces materiales (que por desgracia no son pocos los desalmados que asi piensan); si, en fin, admitiendo esta última opinion, en verdad escesivamente terrenal, nos ponemos por un instante en el caso de aquellos varones fuertes ó presumidos que, sin mirar atrás, se arrojan á pasar el Rubicon, esto es, á salvar el lintel esterior de la buhardа en busca de aventuras, cual gatos en Enero, ¡qué facilidad no hallaremos en aquellas viviendas, para las escursiones! En efecto, saltando las canales maestras; descolgándose de los tejados mas elevados á los inferiores; encaramándose de estos á aquellos; atrancando por encima de los caballetes; ocultándose ó poniéndose de acecho al abrigo de alguna chimenea; subiendo, bajando y andando á la rastra; operando, en fin, poco mas ó menos como verdaderos *meninos*, pueden aquellos caballeros andantes de nueva especie recorrer las somidades de un barrio entero, sin que lo estorben, ni los serenos, ni los agentes de policia, ni las rondas, ni la patrulla, ni el hundimiento parcial causado tal vez en el tejado por tan insólita correria; ni, de resultas de ello, el correspondiente descalabro de algun ciudadano pacífico que se retire pausadamente de su tertulia, muy ageno de figurarse que hayan de llo-

ver tejas en las calles á semejante hora; ni por último, los suspiros del papanata que se para á mirar con un acceso de melancolía el balcon de una muchacha pelinegra que, en el mismo instante quizás, se rie de él en los brazos de otro amante menos contemplativo. Puede, repetimos, cualquiera de esos intrépidos cazadores de dichas de contrabando, entrarse, por el aire, en la estancia de su amada, haciéndole una muy significativa mueca al marido, y riéndose de todo corazon al ver el ahinco con que el pobre Simplicio, obligado á salir para dar una vuelta á los faroles ó hacer una sangria á un enfermo, procura dejar bien cerrada la puerta, de la que el cuitado se lleva codiciosamente la llave, brincando de contento, como quien acaba de enterrar un tesoro ó de jugar una mala partida á un contrario hábil y malicioso. Puede, imitando aquel una de las travesuras de Hércules, (si es sugeto para ello, se entiende) colarse de estancia en estancia, multiplicando, como el semidios, los prodigios, hasta que la aurora le sorprenda en este agradable pasatiempo, que, sin embargo, pasó por ser uno de los mayores trabajos del héroe heleno. Puede tambien, estraviando el rumbo, introducirse, por equivocacion, en el cuarto de dos virtuosos esposos, que roncando tranquilamente como un par

de trompos, bajo la garantía de un lapso conyugal de cincuenta años, creian pasado por siempre para ellos el tiempo de las bromas y de los ataques nocturnos. En fin, tanto para esta clase de empresas, cuanto para otras muchas, puede considerarse la guardilla como una posicion militar escelente para registrar el pais, observar al enemigo, cualquiera que sea, y disponer y ejecutar, partiendo de aquella como de base de operaciones, los reconocimientos, sitios, escaramuzas y demas movimientos ó espediciones que aconsejaren las circunstancias.

Tales son, en su parte principal, los goces de la guardilla, á los que, por via de complemento, podemos añadir la música apasionada y estridente, y las estupendas escalas cromáticas y conciertos maullados en todos tonos y compases, durante las largas noches de invierno, por los tiples y tenores de las compañias gatescas, que seguramente son los amadores mas furiosos, parlanchines é inquietos que puedan encontrarse.

## Orden gerárquico de las guardillas.

Hemos tratado ya de la gradacion característica que ofrece la guardilla, bajo el aspecto del rango y sobre todo de la posicion social, no menos que de la consideracion respectiva, de las facultades, de las comodidades ó falta de ellas, y en fin de las costumbres, hábitos y marcha ordinaria de la vida, segun el barrio, calle ó calidad de la casa en que se halle aquella vivienda, que, bajando ó subiendo de precio en proporcion de estas circunstancias, puede por lo tanto corresponder á individuos ó familias mas ó menos favorecidas de la fortuna, y situados por consiguiente mas arriba ó mas abajo en la numerosa categoría destinada á habitar las guardillas. Nos queda pues únicamente cerrar el tratado de la *Guardilla*, con una indicacion relativa á las diversas especies de locales comprendidas en aquella denominacion genérica.

Hablaremos primeramente de las guardillas llamadas *divideras*. Entre estas las hay que constituyen habitaciones tan completas y tan bien distribuidas como los demás cuartos de la misma casa, y que solo se diferencian de ellos en la forma poco graciosa, impuesta á la parte superior de la vivienda, por la inclinacion del techo, y en la descomunal, maciza y desagradable fábrica adoptada para dar luz á las estancias y que se llama *buharda*. Estas dos formas son características de la guardilla, ó de la buharda, buhardilla, ó *boardilla*, como dicen los caseros de Madrid, nombres derivados todos del de aquella colosal y horrorosa ventana. Otras guardillas son mas reducidas, sin dejar de contener, aunque en el menor ámbito posible, todas las oficinas ó compartimientos necesarios para los diversos usos de la vida; pues los arquitectos de Madrid son tan fuertes en eso de la distribucion del terreno, que es muy comun, particularmente en las casas de nueva planta, ver habitaciones de diez y seis y diez y ocho piezas, que ocupan solo un espacio cuadrado de veinte pies por lado.

Tras de esas dos clases de guardillas, viene otra muy inferior, que solo se compone de una cocinita y un par de piezas. Para las viviendas de esta especie no hay mas que un cuarto escusado, cuyo

servicio es comun á todas las de la misma casa. Es, por consiguiente, indispensable para habitarlas tener el vientre bien morigerado, y vivir en buena armonia con los vecinos de las demás, á fin de entenderse con ellos para el mejor orden y arreglo de turnos. Una tripa caprichosa y poco metódica puede ser considerada, en tales casos, como una calamidad.

La guardilla es susceptible de reduccion hasta lo infinito: las hay que tampoco tienen cocina ni fogon. En estas, deja de ser una costumbre y una cosa periódica y habitual el alimentarse: allí solo se come por acaso, por casualidad, por coyuntura ú ocurrencia fuera del órden regular; del mismo modo que se va á un concierto, que se recibe una invitacion, una carta ó una visita.

La última gradacion de la guardilla *vividera* es la que, sobre carecer de las demás oficinas de que acabamos de tratar, no tiene mas que un solo cuarto, al que se ha desdeñado dar distribucion el arquitecto. El individuo que suele vivir allí es completamente feliz: está casi desprendido de todo lazo terrestre, y solo le falta un par de alas para parecerse á un querubin y para subirse á los cielos, único asilo, única patria que aun le espera.

Nos habíamos olvidado del cuarto *aguardillado*, clase mista, que pertenece á la guardilla solo por la

comba que describe alguna parte del techo hácia la calle; siendo lo restante plano y horizontal como en los pisos inferiores, y con ventanas, y aun á veces con medios balcones, en lugar de buhardas. Esta especie de vivienda formaria un eslabon intermedio entre el último cuarto y la guardilla, una especie de transicion y de punto de contacto entre esta y aquel, si la vanidad no fuese una cosa tan intratable, tan inhumana y antisocial como lo es por desgracia; pero los aristocráticos habitantes del cuarto aguardillado suelen ser, de toda la casa, los que miran con mas desden y tratan con mas desprecio á los vivientes de la guardilla, siendo los que mas contribuyen á aislarlos. Asi sucede en todo. Los pueblos limítrofes de uno á otro reino ó nacion se aborrecen: los rayanos de las provincias confinantes se tienen oposicion: no es muy raro el que los vecinos que habitan en la línea de demarcacion de sus barrios respectivos se miren con saña y recelo. El hombre es verdaderamente un tesoro inagotable de odio y de mala voluntad.

El cuarto *aguardillado* indica la existencia de un órden doble ó triple de guardillas, formado por las zonas superpuestas en que se divide el cuerpo total de la techumbre de aquellas casas que, por tener mucho buque ó fondo, la necesitan muy ancha

y elevada. Por consiguiente, todo bien mirado, aquellos cuartos pertenecen en todo rigor á la guardilla, de la que son, digámoslo asi, el primer piso. ¿Por qué, pues, tanto orgullo, tanto barreno en sus moradores?... Por qué?... Yo se lo diré á V. Por la misma tenuidad de la diferencia en que fundan la pretension de distinguirse; por el peligro inminente y que conocen perfectamente aquellos, de que se les confunda con los habitantes de la verdadera guardilla, de que solo los separa un átomo. Este flujo de inquieta y recelosa presuncion, de alarmada y brutal vanidad, se encuentra en todos los matices estremos que, en cada categoría, confinan y se hallan casi en contacto con la inmediata inferior. El carnicero, mas que nadie, se horripila al aspecto del verdugo: el contrabandista invoca á voz en grito el poder de las leyes, cuando oye hablar de ladrones: el ateista se santigua cuando le señalan á un judío: la muger galante por vicio, hace alarde de despreciar á la que lo es por oficio: la que tiene un amante cada noche, se escandaliza de la que se entrega á media docena cada dia: en fin, segun las épocas, segun las circunstancias, el liberal de pocos quilates se mueve como un endemoniado, para que no le tengan por un moderado neto; y este oye tres misas y zampa la mano hasta el codo en la pila del

agua bendita, para que no le crean republicano.

Despues de todas estas especies de guardillas, y siempre en orden descendente respecto á categoria y comodidad, se presenta la guardilla á teja vana, que ya no merece la distinguida calificacion de *vividera*, sin embargo de que muchas de ellas se hallan habitadas. Los mas incómodos campamentos, la intemperie que acompaña á la vida á cielo raso, los *plomos* del palacio ducal de Venecia son preferibles á aquella especie de vivienda, que parece hecha para morir. Allí el calor es horrible en verano, y el frio atroz en invierno. La humedad, el aire, el crujido de los vientos, el retumbo de los carruages, la necesidad de ir encorvado en la mayor parte de la estancia, y arrastrando en las demás, todo contribuye á hacer de aquella tormentosa mansion un lugar infernal de padecimiento y suplicio sin fin. Con todo, aun en ella hay sus grados de comodidad negativa. La menos mala es la que comprende una seccion de tejado, de ala á ala y en la direccion de su ancho; porque en ella hay, debajo del caballete y por su largo, un espacio de seis, ocho ó diez pies, en el cual se puede mantener la cabeza levantada. La que sigue despues es aquella que solo se estiende desde el centro del caballete hasta el estremo de uno de los aleros. En ella la posicion enhiesta solo puede

obtenerse en una periferia menor de la mitad que la anterior.

En fin, hay el desvan gatero, que por lo comun sirve para depositar las esteras y los cachivaches inútiles de las demás habitaciones de la casa; y sobre todo, como lo indica su denominacion, para favorecer el natural independiente del gato, y proporcionar á esta especie casera el desahogo que sus instintos y sus amores necesitan.

Hemos llegado al término de la escala guardillesca: nos encontramos en el último escalon: mas allá no hay mas que el cielo. Aqui sí que puede decirse que *los estremos se tocan,* pues que, tan inmediata á la mansion de los ángeles, es sin embargo la guardilla la de los condenados.

## Un grande hombre futuro.

Determinado á aprovecharme del talisman que con tanta galanteria habia depositado en mis manos el señor Asmodeo (alias el Cojuelo), me dirigí un dia, á cosa de las ocho de la mañana, á una casa de la calle de Hortaleza, con el obgeto de visitar á la ventura alguna ó algunas de sus guardillas. Al instante esperimenté que el diablo era sugeto formalote y fiel á su palabra; la llave le vino como de molde á la cerradura en que la introduje, y á la primera vuelta se abrió la puerta y entré, como Pedro por su casa, en una guardilla bastante pintoresca, y compuesta de dos piececitas, á las que la luz brillante de un sol despejado, que entraba de lleno por la ventana, comunicaba una grande claridad, aumentada aun por el reflejo de las paredes, cuya blancura inmaculada manifestaba una enjabelgadura reciente, indicio probable de que el in-

quilino de aquella mansion no era muy antiguo en ella.

Resuelto á sufrir todas las consecuencias de mi temeridad, me arrojé á la última prueba, colocándome precisamente debajo de la ventana, y enfrente de una mesita en la que estaba escribiendo un jóven, al parecer, de unos veinte y cuatro años de edad. Pronto me cercioré de mi completa invisibilidad: mi cuerpo, aunque bañado totalmente por el sol, no produjo sombra alguna, y el dueño de la habitacion permaneció impasible, cual si ningun obgeto nuevo se hubiese presentado delante de él. Tranquilizado entonces sobre las consecuencias del allanamiento que yo acababa de verificar, me dediqué sosegadamente á examinar la estancia en que me hallaba.

La pieza mas pequeña estaba evidentemente destinada á servir de cocina: habia en ella un fogoncito con su correspondiente campana de chimenea, y un reducido vasar; pero la ausencia absoluta de cenizas y de las vasijas y enseres necesarios para guisar daba lugar á que se congeturase que el amo del cuarto, ó no comia en casa, ó que indudablemente debia pertenecer á la especie del camaleon. Los únicos menages que alli se veian eran una tinajita sin pie, de la cabida de un par de cántaros.

con su tapa de madera y una jarra pequeña de oja de lata, y encima del vasar un plato sopero único, de la fábrica de la Moncloa, cargado á la sazon de dos enormes tomates y de cuatro muy puntiagudos pimientos, de aquellos que francamente y sin recelo alguno se dejaban llamar *guindillas*, antes de que la organizacion del cuerpo de empleados denominados del *ramo* viniese á dar á aquella distincion genérica cierto viso siniestro y reaccionario, que la caracterizó de sospechosa y eminentemente bulliciosa y revolucionaria. Todos aquellos enseres tenian traza de ser nuevos: la jarra y el plato, sobre todo, parecian acabados de sacar de la tienda.

La segunda pieza, á la cual se entraba por el pasito estrecho que, dejando la cocina á la derecha, se prolongaba á lo largo de ella desde la puerta, estaba tambien muy escasamente amueblada. Debajo de la comba, determinada por la inclinacion del tejado, y á la izquierda de la buharda, se hallaba una exigua y austera cama, compuesta de un tablado pintado de verde, con sus dos banquillos de hierro, un jergon con bastante relleno de esparto, un cabezal de dos palmos de largo y uno de ancho, una sábana doblada, y una angosta manta de jerga, todo de tegido burdo y grosero, pero limpias todas estas prendas, y ostentando su flamante

uso, por la bronca desigualdad de su áspera superficie, y por la rectitud é inflexibilidad de sus pliegues. La cabecera de esta cama estaba arrimada á la pared mas elevada de la habitacion, al lado opuesto al de la ventana, y casi frente á ella; lo que podia servir de ligero indicio para deducir que el individuo que en aquel lecho acostumbraba dormir solia levantarse temprano, ó que cuando menos no temia afrontar el torrente de luz que vertia desde el amanecer el disforme postigo que de este modo se le presentaba cara á cara.

A la derecha de la cama é inmediato á su cabecera, se veia, haciendo las veces de mesa de noche, una sillita de asiento de madera, de aquellas que suelen servir para el mueblage de las cocinas, y sobre ella una palmatoria de barro, en la que habia una vela de sebo consumida hasta su mitad, y coronada de una pieza de dos cuartos que, por su posicion y lo pegada que estaba á la parte superior de la mecha, manifestaba claramente haber sido empleada á guisa de apagador. Al pie de la palmatoria yacía una entrega del *Libro do los Oradores*, echada de bruces, con la abertura hácia abajo. A los pies de la cama, y á muy poca distancia de ella, habia un cofre de pequeñas dimensiones, sobre el cual estaban tirados, con el descuido

del primer movimiento y por el órden sucesivo que suele presidir al acto de desnudarse, una levita negra, ya bastante disfrutada: un chaleco de capricho, no de los mas modernos; una corbata de raso negro; un camisolin de batista cuya blancura era ya algo pasada; dos puñitos postizos de la misma tela; y por último un pantalon de patencur de mediana calidad, sentado muy sériamente sobre la cubierta del baul, y descansando en tercera sobre el suelo los pies de ambos borceguies, aun introducidos por las aberturas inferiores de aquella prenda. El divan de este cuarto que reunia en sí las múltiples atribuciones de antesala, salon, gabinete y alcoba, y sin duda tambien de comedor, consistia en dos sillas ordinarias, de madera de pino sin pintar, y de asiento de anea, de aquellas de respaldo vertical, cuyos travesaños, no solo presentan la grata configuracion de una curva convexa que únicamente como tangente puede entrar en contacto con el cuerpo del desgraciado que se vé obligado á recostarse en ellos, sino que, por sus prominencias y broncosidad, obran como cuñas sobre los intersticios del costillar, y como rallo sobre el vestido y las carnes; sillas fementidas, hechas no por cierto para el descanso, sino mas bien, al parecer, para mantener la parte superior del cuerpo en

la posicion rígida y violenta del recluta, y alejar en lo posible todo solaz y comodidad; sillas pérfidas, semejantes en su aspecto y efectos á los potros ó aparatos destinados á domar las jibas rebeldes, y á enderezar los talles y hombros torcidos. Confieso que la identidad completa de aquellas dos malhadadas sillas con las de que disfrutamos en los paseos públicos, mediante una ligera retribucion, me dió un mal pensamiento: llegué por un momento á persuadirme que el inquilino de la guardilla las habia sustraido del salon del Prado, cediendo á una innoble tentacion, ó tal vez mas bien á las sugestiones de una idea filantrópica; del mismo modo que podria creerse del que pensando librar á unos sentenciados á muerte con hacer desaparecer los instrumentos de su suplicio, se diese ó robar horcas, guillotinas y aparatos de garrote.

Completaban el ajuar de este pobre albergue una jofaina de barro colocada humildemente en el suelo, y cuya hechura pudiera equivocarse con la de una cazuela; una servilleta muy concisa colgada de un clavo, y que sin duda cumulaba, además de las funciones indicadas por su hechura, las de tohalla, mantel, y quizás algunas otras mas íntimas y de mayor ó menor representacion; en fin una mesa casi nueva, de pino sin pintar, de cinco cuartas de

largo y tres de ancho, con un cajon endeble y de poco fondo, que tenia un fuerte boton de madera en vez de cerradura. Por el sitio preferente en que se hallaba colocada esta mesa, por el paralelismo que observaban sus líneas mayores con la proyectada por la abertura de la ventana; por el firme y bien proporcionado aplomo de los pies que la sustentaban, y sobre todo por los efectos que la cubrian, podia inferirse que este era el mueble favorito del dueño de la habitacion ; su taller probablemente; su esperanza quizás, su santuario, sin duda. Casi toda ella se hallaba llena. A la derecha se veia un diccionario muy manoseado, tres tomos encuadernados y de diferentes tamaños, y cuatro ó cinco en rústica y bastante maltratados: á la izquierda, dos legajos atados, varios cuadernos de apuntes, y un librito de memorias. Lo demas de la mesa estaba enteramente revuelto, y ofrecia una mezcla anárquica de cartas desdobladas, de contestaciones principiadas, de borradores entrelazados y superpuestos los unos á los otros; de hojas sueltas, con títulos ó pensamientos aislados; y en medio de todo esto, una periferia irregular de papeles amontonados, sobre los cuales una mano blanca y delicadamente formada conducia, con movimiento unas veces acelerado, y otras lento, in-

cierto y remiso, una pluma ligera y bien cortada. El recado de escribir se reducia á un fragmento de tintero de asta, y á dos cajitas hechas de papel doblado, una para los polvos, y otra para las obleas. A la derecha de la mano que escribia, habia, entre ella y el diccionario, una libreta de pan, empezada á pellizcos, y un encendido y magnífico tomate, que parecia primo hermano de los que yo habia visto en la cocina.

Muchos muebles y enseres de primera necesidad faltaban en la pieza que yo me habia dedicado á inventariar. El que sin duda mas echara de menos una muger habria sido la escoba; pero un hombre! Cá!.. ni por pienso... ¿Y por qué esta diferencia? No es muy fácil responder á semejante pregunta, cuya solucion se enlaza quizás de una manera poco comprensible con los misterios de la organizacion, de los que surgen sin duda los matices morales é intelectuales, y los fuertemente instintivos que caracterizan la diversidad de sexos. Sobre esto nos limitaremos á decir que seria muy de desear que todos cuantos tenemos la honra de constituir al prógimo, tuviéramos siempre la llaneza de no meternos á esplicar lo que no entendemos. De este modo, no fabricariamos tantos raciocinios necios, tantos contrasentidos, tantas demostracioaes que nada de-

muestran, ni jugariamos finalmente de continuo á la gallina ciega con el sentido comun. La sencilla espresion: *no sabemos*, se sustituiria entonces ventajosamente á la mayor parte de los razonamientos, teniéndose presente que el que ignora no se engaña, mientras que al contrario el que sabe, casi siempre se equivoca.

Felizmente para nuestros lectores, que al entrar aqui en una disertacion huera, que empezariamos á oscuras, y de que saldriamos triunfalmente envueltos en las mas espesas tinieblas, nos ha impuesto, mas que de costumbre, la larga série de disparates campanudos que, reducidos á átomos mas ó menos obtusos, se han presentado á la punta de nuestra pluma. Asi que volviendo á envainar toda la cáfila verbosa que amenazaba al público con una improvisacioncilla de un par de pliegos, que le hubiera dejado tan enterado como si hubiese asistido á una discusion de presupuestos, nos limitaremos á tratar de las simpatias y antipatías de la escoba, tales cuales nos aparecen; sin meternos en el sí que, no que, porque, cómo, ni qué razon haya ó deje de haber para que tan interesante útil sea bien tratado de la muger, y mal mirado del hombre.

Está demostrado, no por el raciocinio, porque el raciocinio se asemeja muchísimo á una simpleza

cuando no es mas que una deduccion llana de los hechos, y es casi siempre un embolismo cuando aspira á presentarse como induccion ó consecuencia de los mismos; está probado, decimos, por la observacion sencilla de lo que pasa respecto á la escoba, que ella tiene una grandísima afinidad con la muger, y una descomunal oposicion al hombre; que la muger y la escoba se atraen mútuamente; mientras que, al contrario, hay siempre repulsion entre el mango de esta y el brazo de aquel; que la escoba es un obgeto de predileccion para la muger, siendo asi que esta se le une con amor, que la abraza, la acaricia con ternura, y se complace en dirigirla y manejarla; al paso que la mira el hombre con ojeriza y rencor, sin que le sea posible halagarla de otro modo que con un puntapié ó una ojeada colérica, si por desgracia se la encuentra al paso; siendo tal y tan arraigada la antipatía de nuestro sexo hácia ella que aun aquellos hombres maricas y comineros que naturalmente se complacen en el desempeño de las faenas caseras y domésticas, solo por consecuencia agarran la escoba; lo que demás se echa de ver en el desaliño y falta de garbo con que la manejan, y en lo desairado de los movimientos que le comunican. En efecto, cualquiera que haya parado la atencion en la actitud del grupo formado

en aquel caso por el hombre y la escoba, habrá observado el envaramiento del primero, la descoyuntada posicion de sus brazos, la descompostura de su mecanismo, y la grotesca ridiculez de su modo de funcionar. Pero hay otra afeccion característica que observar en este cuitado, y es el mal humor y aun la espresion trágica de su semblante, mientras se halla enlazado con aquel adverso instrumento, con aquel forzoso colaborador. Se conoce cuán de mala gana lo admite, y que entre ellos no hay ni unidad de sentimientos, ni uniformidad de principios, ni elementos de conciliacion, y sí solo un mero compromiso de posicion respectiva. La escoba es en este supuesto un yugo impuesto; un tirano tolerado, pero no aceptado; un influjo maléfico, mirado constantemente con suspicacia, con alejamiento y despecho.

En cuanto al hombre que no gusta de espumar el puchero, de esgrimir el fuelle ni de fregar la vagilla, no transige de ningun modo con la escoba: la aborrece de muerte, y nunca la encuentra sin lanzarle una mirada de basilisco: quisiera verla desecha, reducida á tacos, á ceniza, aniquilado hasta su nombre, hasta el recuerdo de sus inicuos hechos; pues, para el hombre, la escoba no es un instrumento de limpieza, sino de porqueria y perenne sucie-

dad, que le aparece constantemente bajo el aspecto fatal de un agente revoltoso y perturbador. Ella es la que, manejada por la asesina mano del ama de huéspedes, limpia el suelo para ensuciar los muebles, y cubrir de un espeso y pegajoso polvo el sombrero, la corbata, el frac, los guantes, la camisola, el lente y el targetero; la que, inmunda y desatentada, revuelve audazmente cielo y tierra, y tierra y aire, confundiendo en un horrible caos los libros, los periódicos, folletos, papeles, cartas y apuntes esparcidos sobre la mesa del despacho, en momentos de solaz en que contaba un mísero mortal con el reposo de los elementos y la paz del hogar (no se acordaba el desdichado de que existia aquel desapiadado traste); la que trastornadora y bulliciosa como un pronunciamiento, todo lo echa á rodar, auxiliada por una inconsiderada mano, que culpable sócia de tales desmanes, los aumenta aun poniendo lo de arriba abajo, mudando, cambiando y trocando de sitio las cosas; trayendo al medio del cuarto las que descansaban tranquilamente en los rincones, y arrinconando las que campeaban con descaro fuera del arrimo de las paredes; llevando al gabinete las botas que tenia usted en la alcoba; al desvan el baston que habia dejado en el comedor; al depósito de ropa sucia un pañuelo blanco que

acababa de sacar de la cómoda; y á la espuerta de la vasura un billetito perfumado, en el que, sobre un fondo color de hortensia, se destacaba una adorada inicial, y en caracteres inciertos, trazados por una agitada mano, la hora afortunada de una amorosa cita.

De todo lo que llevamos dicho debe inferirse que no habia ni por asomo debia de haber en el cuarto que yo registraba escoba alguna, en todo ó en parte, con mango ó sin él, ni cosa que remotamente se le pareciese; y que la ausencia de aquel enojoso enser me hizo juzgar muy favorablemente del huesped de la buhardilla, hombre sin duda bastante lógico para preferir su limpieza personal á la del suelo que pisaba, y demasiado pulcro para no odiar de todo corazon al polvo y á cuanto puede levantarlo.

Antes de dejar este asunto, debemos manifestar que hay ademas un espíritu de orden y de economía en execrar el régimen de la escoba. Desterrado este, todas las cosas se mantienen en su lugar: nada se rompe ni desgasta: nada se estravia ni pierde. Si es usted algo metódico en sus vicios, en fumar, por egemplo, puede, por las puntas de cigarros sembradas por su cuarto, llegar en conocimiento de los dias ó semanas que hace que vive en

la habitacion, ó que dejó de surtirse de tal ó cual estanco; y si, en una época de rígida escasez, no tiene para comprar tabaco, puede, reuniendo los residuos arrojados en mejores dias, fumar de valde haciéndole una higa á la miseria que pensó encontrarle desprevenido.

Dominado por la influencia del concepto favorable que yo acababa de formar respecto al dueño de la habitacion en que me encontraba, concentré entonces en él toda mi observacion. Parecia de una estatura inferior á la regular. Sus miembros eran delgados, aunque tenia el busto ancho, saliente y bastante carnoso: su cabeza, proporcionalmente algo grande, tenia buenas dimensiones: la cabellera era negra, poblada, lisa, bastante larga, y cortada á cepillo en sus caidas posteriores, que descansaban sobre un cuello fornido y de un blanco ligeramente teñido de bistre, cuya piel, algo biliosa, parecia poco propia á ostentar nunca la trasparencia sonrosada de la sangre. Por delante, aquella cabellera estaba compartida graciosamente en dos masas desiguales, por una línea ondulosa que se inclinaba hácia un lado de la cabeza, y estaba recogida sin afectacion detrás de las orejas, á escepcion de algunos mechones copiosos y ligeramente ensortijados en sus estremos. El rostro del

desconocido era redondo y poco prominente, aunque ofrecia sin embargo contornos bien pronunciados: todo en él presentaba entonces la espresion de una honda cavilacion, interrumpida, ó mas bien fuertemente marcada á veces con la depresion ó instantánea elevacion de unas cejas sinuosas, prolongadas, estrechas y negras como el ébano; con la transicion lenta y meditabunda de una mirada preocupada por alguna consideracion mental; y con la compresion súbita de unos lábios delgados, que en sus contracciones y dilataciones sucesivas descubrian á veces dos hileras de dientes pequeños, iguales, blancos y perfectamente alineados. Todo ese semblante, á la sazon reposado y casi tranquilo, indicaba sin embargo ser susceptible de mucha animacion y contractibilidad: se reconocia en él una grande predisposicion mímica, y ciertas impresiones satíricas, gravadas ya con leves surcos en los ángulos de la boca, y en las sinuosidades laterales de los párpados inferiores. Los ojos, bien rasgados, indicaban, con la fijacion tenaz de la mirada y con el ardor de la pupila, una voluntad obstinada y un gran tesoro de deseos. Casi toda esa personita estaba envuelta en un gaban de bayeton verde muy raido, con cuello y vueltas de una cosa que habia sido terciopelo, pero de un color ya ina-

veriguable. De los tiempos brillantes en que este gaban habia llevado sin duda la vida de cortesano, y de sus mocedades, en que se habia arrojado tal vez á hacer visitas, solo le habian quedado dos disformes botones, con los cuales atendia su propietario á dos atenciones principales, á saber: á cerrar la entrada de arriba, y á impedir la salida de abajo; á abrigar el cuello, y á tapar las irregularidades que pudiesen encontrarse en la ropa de las regiones inferiores. El gaban, asi asegurado por los estremos, y comprimido además por el doblez que la postura del que le llevaba puesto le comunicaba, abria por consiguiente una enorme boca, por la cual se entreveian una camisa de lienzo ordinario, no muy sucia todavía, y la parte superior de un pantalon de cutí, que indudablemente volvería á ser blanco luego que le lavasen, pero no sano, pues tenia muchas aberturas casuales é innecesarias en las pocas partes que de él se veian; indicios que hacian sospechar que debia ser, cuando menos, contemporáneo del veterano gaban. El lector no dudará, por esta descripcion, de que, para armonía completa del trage, los pies de nuestro protagonista irian á parar á unos zapatos viejos, rotos, descosidos, desbocados y completamente desmoralizados. Pero nada de eso: aquellos pies, desnudos,

limpios y primorosamente cuidados, jugueteaban medio fuera y medio dentro de unas babuchas, si no elegantes, á lo menos decentes y bien conservadas, de piel encarnada imitando al tafilete. Se conocia que el amo de esos pies tenia cierta dósis de presuncion, ó quizás de esperanza, depositada en ellos: de toda su persona, estos y la cabellera eran las partes mas cuidadas, los dos estremos opuestos. Esta singularidad llamó mi atencion: me pareció que no debia ser una persona de sentimientos absolutamente comunes, la que, rodeada de tanta miseria, y eshausta de los recursos, dijes, muebles ó enseres mas necesarios, conservaba sin embargo la esquisita delicadeza, y al mismo tiempo la constancia y la serenidad suficientes para dedicarse á un cuidado tan esmerado. Es verdad que todo esto podia tambien ser únicamente un capricho obstinado, una manía inveterada; pero uno y otro probarian siempre, ó una grande fuerza de perseverancia, ó bien el haber nacido en cierta esfera de comodidad y bienestar social, y el haberse criado con algun esmero ó distincion.

Lo que tampoco dejaba de darme que pensar era aquel tomate crudo, puesto sobre la mesa encima de varias hojas sueltas, á manera de las frutas imitadas, de piedra ó marmol, destinadas á

sujetar los papeles. Pero aquella produccion presentaba un aspecto de identidad demasiado natural para equivocarla con una mera imitacion. No cabia duda: era un verdadero tomate, un tomate descarado, tangible y apetitoso que estaba diciendo: comedme. Probablemente era la parte amena, y, como dicen en Estremadura, el *cundido* del almuerzo: asi parecia demostrarlo la libreta de pan colocada á su lado. Pero zamparse un tomate crudo!... Me repugnaba algo la idea. Sin embargo, era acaso esto mas chocante que el comerse del mismo modo una cebolla? No: sin duda mucho menos. La cebolla sin cocer comunica al álito un olor insufrible, capaz de hacer retroceder á un cabo de gastadores: el tomate, por lo contrario, al mismo tiempo que tiene un sabor agradable, no deja en la boca ningun gusto ni emanacion trascendente. Habia por consiguiente tacto y delicadeza en esta sustitucion, supuesta la necesidad de facilitar el paso del pan con algun estimulante capaz de ello. Admití pues, en virtud de estas sútiles reflexiones, la posibilidad de desayunar con pan y tomate.

El jóven escribia á veces rápidamente algunos renglones; y otras, quedaba sumergido en sus reflexiones, parada la pluma, y echado el escrito á un lado. Le ví sucesivamente estender asi varios pár-

rafos, en diversos papeles; pero los en que mas se repetia esta operacion eran dos manuscritos, de igual número de hojas, al parecer; si bien escritas muchas de ellas en el uno, y pocas en el otro, y mas manoseado tambien aquel que no este; lo que daba márgen á congeturar que el primero se habia empezado antes que el segundo.

Autorizado en algun modo, por mi diabólica mision, á enterarme francamente y sin reparo, de los secretos personales mas íntimos, y asegurado además de poderlo hacer impunemente, privilegio del que pocos tendrian la generosidad de no usar, y muchos, la bajeza de abusar, me situé detrás del desconocido, de modo á poder leer con comodidad los papeles mas interesantes que encontrase sobre la mesa. El que por de pronto fijó mi atencion fué el primero de los cuadernos de que he hablado. El membrete ó título de su contenido decia sencillamente: *Apuntes críticos sobre las constituciones democráticas*. Pero antes de este letrero, se habia escrito, en carácteres pequeños, poco legibles, trazados con descuido, y segun aparecia, solo para inteligencia del autor, las singulares anotaciones siguientes:

*Democracia jesuítica: oposicion al ministerio, cualquiera que sea; á todo lo hecho; á cuanto se*

*piensa hacer; á todo lo existente; á la oposicion misma (se observará en el contesto de este escrito el dejar campo para todas las tergiversaciones posibles.)*

La postura que tomó en este momento el jóven, que, por un movimiento brusco se volvió, dando casi la espalda á la mesa, me permitió leer las primeras hojas, á favor del tiento y silencio con que las fuí volviendo. El testo que seguia á aquellos membretes decia asi:

«No existe ni quizás es posible que exista jamás »ninguna carta constitucional, que deje de encerrar »en su contenido los elementos infalibles de su des»truccion: triste verdad, que quisiéramos poder »mirar como una paradoja.

«Prescindiendo de la ley universal, que pone »límites insuperables á todas las creaciones huma»nas; y de la invalidacion causada de contínuo en »los pactos políticos por el progreso ó decadencia »á que, en todos sentidos, se hallan sujetas las na»ciones y los individuos, las instituciones y las dis»posiciones legislativas, no menos que la prosperi»dad y las influencias de todas especies; hay »además en los estatutos políticos, que *han tenido »á bien darse los pueblos*, una vaguedad fatal, una

»latitud indeterminada, unas reticencias peligrosas
»é imprudentes, que por todas partes llaman, per-
»miten ó provocan las invasiones del poder ó de la
»anarquia.

«Los pactos constitucionales, tales cuales los
»vemos redactados, no son, en verdad, otra cosa
»que la fórmula inconcreta y general de un deseo
»filantrópico; un programa incierto y vacilante de
»derechos inseguros, y de obligaciones mal deslin-
»dadas; una promesa insignificante, en vez de un
»compromiso flagrante y sin efugio; un contrato
»sin garantia, y un testo esplotable á lo infinito
»para usurpaciones de todas clases y calibres; una
»esperanza nebulosa y remota, mas bien que una
»realidad inmediata; un catecismo, un tratado de
»moral política en fin, en lugar de un código verda-
»deramente fundamental. Esto proviene de que,
»hasta cierto punto, se invocan en cada página de
»las cartas constitucionales, para su indispensable
»complemento, el concurso y participacion de las
»leyes orgánicas; leyes, no, como aquellas, de pura
»teoría, y digámoslo asi, impalpables; sino concre-
»tas y de estricta egecucion, inmediatamente apli-
»cables y llenas de accion y efecto; leyes tan
»poderosas de consiguiente, no solo para ordenar é
»interpretar la letra de la ley fundamental, sino (lo

»que es tan evidente como digno de reparo) para »modificarla, alterarla, trastrocarla y hasta tras-»formarla en contraproducentem, como lo seria una »mezcla para falsear la ley de un metal; la adicion »de unos ingredientes, para mudar la virtud de una »medicina; el aumento ó supresion de un vocablo, »para cambiar el sentido de una cláusula; como, »sobre todo, lo será siempre una voluntad viva y »eficaz, para hacer entender á su modo el valor »pasivo de un mero testo, y el significado mas ó »menos espreso de una intencion inanimada. ¿Nece-»sitaremos de demostracion para esplicar nuestro »pensamiento? Hé aqui una que nos parece sufi-»ciente:

«Un artículo especial y de base de todas las »constituciones actuales permite á los ciudadanos »*imprimir y publicar libremente sus ideas, sin* »*prévia censura, con sujecion á las leyes.* Pues »bien: el efecto muy legal y muy legítimo de esta »reticencia puede fácilmente llegar á ser tal, que »anule de hecho la libertad de imprenta; la que, en »virtud de las disposiciones derivadas inmediata y »directamente de aquella restriccion, se halla es-»puesta á que, sin que se combata de ningun modo »la letra de la ley fundamental, sean tales las mo-»dificaciones que se le apliquen, que sea equivalente

»aquella decantada libertad á la que se dejara, »por egemplo, para andar, hablar, comer ó dormir, »á cualquier hombre al que, por el mismo orden, »se hubiese cortado las piernas ó la lengua, echado »vidrio molido en los alimentos, ó al que se pincha»se con alfileres para ayudarle á conciliar el sueño. »Tambien podria compararse esa dichosa libertad, »tan esplícitamente coartada por el testo mismo de »la ley política con sujetarla á disposiciones legis»lativas posteriores que podrán modificarse mil ve»ces y de mil maneras, á aquella gracia que con»cedia cierta madre á la importunidad de un hijo »travieso: *irás á pasear*, le decia, *siempre que tu* »*padre lo permita*. En efecto, ¿no se reduciria la »pomposa libertad de imprenta consignada en todas »las constituciones vigentes, á un insultante sarcas»mo, si las leyes orgánicas destinadas á fijar las re»glas con que hubiese de egercerse, le ponian tales »travas, que la hiciesen completamente ilusoria? ¿Si, »por egemplo, se llegase á exigir, para la publicacion »de cualquier periódico, un depósito de tres ó cua»tro millones de reales, y la garantia de un editor »responsable que reuniese condiciones imposibles »de encontrar en la clase de personas conducidas »naturalmente á admitir semejante compromiso? »¿si, para cualquier otro género de escritos, se

»hallasen espuestos de contínuo los que los publica-
»sen, á encierros, ó á tener que pagar multas enor-
»mes, además de persecuciones, tropelias y veja-
»ciones de todas especies? Pues todo ello cabe en
»la letra, sino en el espíritu, de tales leyes políticas;
»sin que valga decir que el correctivo de aquella
»indispensable restriccion se halla en la institucion
»del jurado que ha de fallar sobre los delitos de
»imprenta, sujetos indefectiblemente á ser juzgados,
»no por las luces y conciencia de tales jueces, sino
»segun las convicciones y la influencia de sus opi-
»niones políticas.

«Toda acta constitucional es pues una utopia,
»un bello ideal, cuya realizacion depende, *quizás*
»*absolutamente*, de la índole de los gobernantes;
»garantía miserable, que la esperiencia parece ha-
»ber tomado á punto desacreditar.

«Sin embargo, no atribuimos enteramente á
»falta de reflexion esta inconsecuencia, ó digamos
»mas bien esa insuficiencia, que tan abultadamente
»resalta en los pactos constitucionales de todas las
»épocas; porque conocemos la suma dificultad y la
»imposibilidad frecuente que se encuentran para la
»aplicacion de las disposiciones categóricas y abso-
»lutas. Solo, sí, deseamos dos cosas: la primera,
»que, por ser las generalidades esencialmente tras-

»gredibles, se limiten estas cuanto sea posible, si »es que en la formacion de los testos constitucio»nales se aspira mas bien á fundar y asegurar las »franquicias de un pueblo, que á escribir un trata»do de ideología política; y la segunda, que no se »engañe jamás la esperanza de los pueblos, dándo»les, como cosas corrientes, problemas sin resol»ver; y como principios firmemente establecidos y »practicables, meras abstracciones, que la insufi»ciencia, la ligereza, la falta de meditacion, la »pereza, ó tal vez lo intratable de la materia no »han permitido traer á la esfera de la realidad, y al »terreno de las cosas positivas.»

Despues de estas generalidades, venian ataques en masa á las incoherencias del sistema representativo, á la tibieza del partido liberal, al marasmo de la democracia, á las demasías del poder, á la irresponsabilidad de los ministros, á la arbitrariedad de sus actos, á la independencia é indisciplina de sus agentes, etc., etc. El escrito empezado, como se ha visto, bajo la influencia de un escepticismo político, degeneraba rápidamente en libelo; era un bota-fuego, una tea incendiaria, adelantada, al parecer, como fanal para descarriar y exaltar aun las opiniones mas estremadas y demagógicas. La so-

lucion de este desbordamiento de entusiasmo revolucionario se revelaba, como la palabra de una charada, con una notita puesta entre paréntesis debajo del último párrafo, y que decia: *(Se llevará esta detraccion hasta la impudencia, si es necesario: el obgeto es llamar la atencion, cueste lo que cueste.)*

Volví una mirada oblícua hácia el nene que, al parecer, por la semejanza de la letra del cuaderno con la que poco antes le habia visto hacer, era quien tan desaforadamente esgrimia la pluma. Su semblante seguia meditabundo y preocupado ; pero esto no habia sido óbice para que dejara de abalanzarse al formidable tomate, y de devorarlo, casi colérico, revuelto con sendos bocados de pan, que embaulaba á medio mascar el joven, interrumpiendo solo de cuando en cuando esta acelerada faena, con las singulares esclamaciones siguientes:

Por lo pronto comamos tomate: al digerirlo será ello... Allá veremos... Cuidado! carísimos compatricios, que no se lo devuelva hecho un veneno, y se lo escupa á la cara trasformado en ácido prúsico! . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Os habeis reido de un sesto oficial de gefatura política: habeis tenido razon. Para vosotros el talento y la capacidad no son una creacion, sino un

resultado, una personalizacion, representada únicamente bajo la forma de una categoria elevada ó de un empleo superior: para vosotros es indubitablemente tonto todo aquel que nada tiene y nada es. .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Gracias. Vuestros necios sarcasmos me han despertado, como la mordudera de un vicho venenoso: vuestras saetas me han hecho saltar, como al generoso corcel de la Arabia el punzante acicate. Gracias, repito: me habeis lanzado en la aventurera carrera que justos recelos me impedian emprender. Parto de muy abajo; pero nada me detendrá hasta que os pisotee, hasta que las ruedas de los carruages que en este momento oigo se fabrican para mí, salpiquen de hediondo barro vuestros trages macerados y vuestros insulsos rostros.. . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . .No habeis querido de mí como simple elector, eh? dentro de poco, lo espero, me buscareis para diputado: quizá con el tiempo tendreis que sufrirme como ministro.... No sé gran cosa, es verdad: fuí mal estudiante: tengo poquísima instruccion, y esta descoyuntada y sin base; pero he hojeado algo en la gefatura política: me he atracado de folletines: he aprendido de memoria algunas nomenclaturas: leo con regularidad el *Semanario*

*Pintoresco* y el *Museo de familias*, y comprendo el intríngulis de los periódicos, y la maquinaria de los *artículos de fondo*. ¿No he sido corresponsal de dos de las mas encopetadas redacciones, una *situacionera*, y otra *jamancia*? Además he escrito centenares de esposiciones y de artículos comunicados. ¡Capáz soy yo de plantificarle una representacion al *Sursum corda!* Bailo el bolero, la *galop*, y un si es no es de *polka*. He hecho de traidor en muchas comedias caseras, y de Dux en la *Conjuracion de Venecia*. ¡Cáspita! se me olvidaba lo mejor: ahí es nada! Comensal que fui de un periódico furibundo de la capital, ancho, largo, imparcial como un empleado en actividad, verídico, sincero, leal, filosófico como una patata; tan pronto pez, tan pronto rana. ¡Qué buenas cosas aprendí allí, además del cierre y de la mas acertada elaboracion del engrudo, cuyo ramo me era esclusivamente confiado, y que, con la confeccion del folletin y de los artículos de relleno, me valia trescientos reales mensuales! ¡Escasa aurora para un ministro! se dirá; pero algunos llegan de mas léjos en esta dichosa tierra de los tomates y de los alcornoques. En fin, además de todos estos preciosos antecedentes, tengo charla y descaro; una *predisposicioncilla* no floja á enriquecerme; aplomo como el primero, y con-

fianza en mí, cual el mas ignorante; aunque sea mala comparacion (añadió con sonrira burlona y un tanto presumida). ¿Qué mas se necesita, prosiguió, para abalanzarse á ser un grande hombre al estilo del dia?... nada absolutamente. Voy por consiguiente á ser al momento un publicista consumado; un hacendista capáz de dar á luz en un dia, si me apuran, diez y siete proyectos, á cuales mas ingeniosos, estupendos é impracticables; un marino de agua dulce; un economista, que me rio yo; un gefe político de mi flor (esta es mi cuerda favorita); un hombre de estado completo (esto es lo menos: hasta los mozos de cafés son hoy sobresalientes en esta ciencia); en fin un politicon atroz, y un diplomaticon suficientemente consumado para dejar atrás en tropiezos, pifias y salidas de tono, á todos los tocadores de violon de esta heróica villa. Ya! ya vereis lo que puede llegar á ser un escribiente desdeñado!. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . Tomate crudo! sí, tomate hoy; pero mañana, jamon; pasado mañana, pabo y Champaña; y á otro dia, palco y carretela... Cuidado conmigo! no os haga encausar, por conspiradores, ó deportar á las Californias, por perturbadores incorregibles!!!. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . Hum! la dificultad está en hacer punta, en alzar una vez la cabeza en medio de la cloaca en que por siempre quedan sumidas las existencias vulgares... Pero ya, ya! Comprendo esta dificultad, y la venceré: todo lo que en cualquier sentido sale de la línea de lo comun y adocenado es un principio y un elemento de celebridad... Manos pues á la obra, sin que nos detenga la pusilánime aprehension del encarcelamiento, del destierro, de la deportacion y de las persecuciones de todas clases. ¡Ojalá lluevan cuanto antes sobre mí estos títulos de marcante distincion, esos estigmates brillantes que, con razon ó sin ella, señalan, á la multitud embaucada, los individuos que ha de elegir para que sean sus prohombres. . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El primer brinco es terrible, estupendo, descomunal: casi imposible, es que en él no se pierda algun tanto el equilibrio; pero se recobra despues. El primer esfuerzo que tiene que hacer el hombre oscuro para salir de la nada, no puede menos de llevar inevitablemente consigo algo de inmoral. La carrera que tiene que tomar para salvar la valla,

por fuerza le ha de precipitar mas allá de su primer obgeto; pero cómo ha de ser! Luego se retrocede, si es necesario. En conclusion, la moralidad vuelve con el dinero, pues está probado que la prosperidad es estraordinariamente virtuosa. . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Los actos son el diablo!... Y bien! y qué? SE EQUIVOCÓ UNO: SE DEJÓ LLEVAR POR EL ARDOR DE SU PATRIOTISMO: LA JUVENTUD ES TAN CANDOROSA! PERO DESPUES HA HABIDO DESENGAÑO Y ARREPENTIMIENTO; y de enmienda en enmienda, y de conviccion en conviccion se han vestido y repudiado sucesivamente todos los colores, y se ha hecho una coleccion tan numerosa como curiosa de profesiones de fé política, tan diversas como fementidas. . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Sí, si: todo esto es bueno y conveniente: todo ello está en el órden: todo ello está en la marcha natural, y en la muy apreciable y muy acrisolada consecuencia del espíritu humano. . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . El primer cuadernito no está del todo mal: lanzémoslo, y salga lo que saliere. En cuanto al segundo....

Aquí se estampó en la fisonomía del ministro en perspectiva la impresion fugaz de una inesplica-

ble espresion de malignidad, acompañada de una sonrisa de satisfaccion satánica.

. . . El segundo cuaderno, prosiguió despues de una corta pausa, y engulléndose con una especie de furor concentrado el último pedazo de tomate; el segundo cuaderno es un trozo admirable de perfidia, reservado á abrirme camino, si se ofrece, en direccion opuesta. Se lo encajo al primer papanata, quiero decir, al primer grande hombre que se descuide.... No se sabe lo que puede suceder: es siempre bueno tener dos bases de operaciones. En política, sobre todo, esta máxima es sublime.....

Conociendo por la emocion del jóven aspirante, y por lo que se agitaba sobre su silla, que nuevas ideas fermentaban en su cabeza; y persuadiéndome de que, terminado su frugal almuerzo, no tardaria en volverse hácia la mesa, para seguir escribiendo, me apresuré en leer, hasta donde pudiese alcanzar, el segundo cuaderno; fuertemente estimulada ya mi curiosidad por el monólogo que acababa de oir.

Habia primeramente en aquel escrito una nota semejante, en la forma y caracteres, á las del primer cuaderno, y que decia así:

*Párrafos altamente esplotables á favor de la monarquia pura, ó sea del despotismo ilustrado.*

Se leia despues lo siguiente :

*Rusúmen de los cuatro dilemas que casi todas las constituciones contemporáneas dejan sin solucion ni salida.*

1.°

*Si el censo electoral está muy elevado, los elegidos representarán solo los intereses de una pequeña parte de la nacion, que será la rica y privilegiada: Si dicho censo se halla escesivamente deprimido, entrará en la categoría de los elegidos un crecido número de casi proletarios, que no pudiendo menos, por su posicion, de ser esplotados por la clase acomodada y por la elevada, vendrá, por último resultado, á representar, del mismo modo, los intereses y pretensiones de estas.*

*La conclusion inmediata que resalta de los dos estremos de este dilema, es que la masa respectivamente enorme que constituye al pueblo, en ningun caso ni supuesto se halla representada de hecho en los gobiernos llamados representativos. (¡Así van sus intereses y bienestar!) Se subsigue de esto que la verdadera, la genuina representacion nacional queda reducida, en todos casos, á una mera ficcion, á un ente de razon, y que la cabal y exacta espresion de las voluntades públicas es una mentira.*

Seguia á cada uno de los dilemas una notita en-

tre paréntesis, á manera de tema de comentario: la primera decia así:

### Amplificacion.

*(Dignísimas, notabilísimas y preciosísimas cosas pueden decirse sobre el particular, inclinando la balanza insensiblemente, y con raciocinios plausibles en estremo, hasta dejarla completamente vencida á favor de las dos aristocracias positivas, la de casta y la del dinero, presentando en último término y como en perspectiva el trono y el altar. Así como así, ¿qué viene á ser el gobierno representativo? una oligárquia organizada, una oligárquia pura y neta de hecho, en que el poder se pluraliza y dice:* MANDAMOS, en lugar de, YO MANDO.*)*

### 2.º

*Si la libertad de imprenta existe completa y sin trabas, ella podrá tal vez llegar á suicidarse, causando una desorganizacion que en pos de sí traiga la ruina de la libertad política y civil, y el entronizamiento de la tiranía. Si, al contrario, se deja á algun poder, aunque sea al legislativo constitucional, la facultad de enfrenarla, logrará in-*

*defectiblemente á la larga el ejecutivo ponerle tales trabas, que la destruya del todo.*

**Amplificacion.**

*(Supuesta sin efugio aquella alternativa, no será dificil probar, hasta el punto que se quiera, que en semejante cuestion lo mas conveniente y menos peligroso es que prevalezca el sistema de las corta-pisas. Amenísimas y deliciosísimas cosas pueden aducirse en apoyo de este modo de opinar.)*

3.°

*Si la milicia ciudadana depende del gobierno, será nulo el alto obgeto político que se atribuye á su institucion: si, al contrario, obedece á otra influencia, habrá un poder independiente mas en el estado; un poder de accion, adversario permanente y natural del ejecutivo, y consiguientemente dos fuerzas casi siempre desacordes, encontradas y rivales, en la nacion. En el primer supuesto, la tendencia invasora del poder carecerá de un elemento contrario y activo que la contenga: en el segundo, estará la revolucion á la órden del dia.*

## Amplificacion.

*(Aquí la cuestion de hecho se halla reducida, como se vé, á preferir el poder sin contraste, á la anarquía, ó esta á aquel. Sin mucho esfuerzo podrá probarse que lo primero es lo menos malo. Una rebozadurita bonitamente dada, tocante las garantías que ofrece, para la mejor conservacion de las* LIBERTADES PÚBLICAS, *el saber, la ilustracion, honradez política y virtudes* PROVERBIALES *de los gobernantes, vendrá aquí como de perlas para esforzar el argumento.)*

4.º

*Si el gefe del estado puede indefinidamente rehusar la sancion, será fácil que el pueblo no obtenga jamás otras leyes que las que convengan y agraden al poder: si se limita aquella prerogativa, el rey se verá forzado irremisiblemente á admitir aquellas que mas contrarias crea á la marcha y deberes de su gobierno, y por consiguiente á abdicar, ó á obrar contra su conciencia y su voluntad. Hasta ahora la solucion que se ha dado al primer supuesto, ha consistido en pretender que el negar-*

*se repetidas veces la sancion tendria por efecto inevitable una revolucion. ¡Mal desenlace de una situacion, y mala consecuencia de un sistema de gobierno, es el que su práctica conduzca á semejante resultado!*

*El asunto del* VETO *es una cuestion árdua, de muy dificil, quizás de imposible solucion; de lo que resulta quedar tan intransigible y tan inextricable este último dilema como los tres primeros.*

## Amplificacion.

*(Si conviene se estrechará aun mas los términos de la cuestion, diciendo: ó el poder ejecutivo se impone de aquella manera definitivamente al legislativo; ó á este se le faculta, en último resultado, para que pueda usurpar la mas elevada y mas necesaria atribucion de aquel, la de dar vida, fuerza y ejecucion á las leyes. De aqui á hacer ver que en semejante conflicto sea el* VETO *absoluto una cosa conveniente y superlativamente buena, no hay mas que un paso. Unas cuantas alharacas, rebozadas con la manoseada especie de dar paz á los pueblos á toda costa, servirá de argumento concluyente para decidir victoriosamente la cuestion, á favor del poder.)*

Apenas tuve tiempo para leer hasta aquí. El futuro ministro se volvió bruscamente hácia la mesa, cogió con ardor el cuaderno que estaba debajo de mi vista, y se puso á escribir velozmente en él, y casi sin detencion alguna; tal era sin duda la afluencia de ideas y conceptos que á borbotones se precipitaban de su pluma. Entre tanto que el inspirado caminaba asi en posta en el camino de la inmortalidad, recorrí los demás papeles que estaban hacinados sobre la mesa; pero se hallaban de tal modo encajados unos con otros, que solo encontré, en lo poco que de ellos podia leer, cláusulas interrumpidas y fragmentos incompletos; á escepcion sin embargo de una carta, de fecha reciente, puesta por lo mismo encima de todo, y cuya primera llana contenia lo siguiente:

«Mi querido N***... ¡Con cuánta satisfaccion veo, por tu primera y última carta, que, despues de tener el arrojo de abandonar un destino (miserable sin duda, pero que al fin te daba de comer) y de engolfarte impertérrito en el torbellino madrileño, sin protector, sin guia, y lo que es peor, sin dinero, haces no obstante frente á la mala suerte, con aquella constancia arrogante y obstinada que, á la larga, suele triunfar de todos los obstáculos.

He leido con enternecimiento é interés los por-

menores de tu instalacion: Habilidad es, para un recien llegado á Madrid, el conseguir alhajar su habitacion por ciento noventa y siete reales y ocho maravedises; siendo, como me lo dices, todo nuevo, ó como nuevo Habiéndote estado en dos duros el viage, y costándote tres reales y tres cuartos la manutencion diaria, calculo, que, dejando por de pronto á un lado las impertinentes pretensiones de tu casero, debes aun poseer moneda para defenderte del hambre unos veinte dias. Animo! pues, ancha Castilla! Aguza la pluma y el ingenio, y verás qué campo se te abre. Yo, por mi parte, haré por reunir y mandarte unos cuantos reales. No me des las gracias por ello: no hago sino sembrar: con usura me pagarás cuando seas ministro; pues aquí contamos con que no dejarás de observar el gran principio de proteger y ensalzar á las medianias, y de echar diestramente el apagador sobre todas las capacidades que pudieran subírsete á las barbas, medio el mas seguro para pasar á poca costa por un hombre superior. Fiado en esto y lleno de fé en tu signo ó sino, te digo, como el buen ladron al Salvador: *Señor: acuérdate de mí cuando estés en el reino de los cielos.* Ah! ahora que me acuerdo: si llega el caso de que tengas que terminar tu propia historia con una transicion algo brusca, que todo

puede ser, te advierto que ni te tires al canal, ni te atraques de fósforos: ya sabes que aquí en el pais se tienen por muy ordinarios, y se hallan ya desacreditados del todo estos dos modos de tomar la posta para el otro mundo. Si tal te sucede, imagina algun suicidio elegante, alguna cosa original ó estrafalaria, que haga honor á tu caletre, y dé renombre á los naturales de esta tierra clásica de los nabos.»

Con esto acababa la plana, y como no se la podia volver sin llamar la atencion del que tan apriesa seguia escribiendo, y que por otra parte poco me quedaba que observar respecto á él, me decidí á retirarme; lo que hice haciendo votos porque, con la pronta exaltacion de aquel grande hombre futuro, viésemos en fin cuanto antes una capacidad á la cabeza de la administracion.

## Dos pimpollos.

Cierto domingo, entre ocho y nueve de la mañana, me dirigí á una guardilla de la calle del Baño, en la que, segun habia observado, vivian dos modistas que acostumbraban trabajar en un obrador muy concurrido de la Carrera de S. Gerónimo. Habia elegido yo aquel dia, por ser el mas á propósito para el obgeto que me proponia respecto á la clase de individualidades que iba á examinar; pues que, en los no festivos, suelen salir demasiado temprano de sus nidos aquellas arrulladas palomas, para que sea dable estudiarlas al natural; queremos decir, á puertas cerradas, en la pura originalidad de su tipo, y en toda la ingenuidad de su vida interior. Sin duda era algo indiscreto el visitar tan temprano dos muchachas; pero además de que el diablo me habia autorizado para tratar á uno y otro sexo con toda libertad y franqueza, me era indispensable

hacerlo asi en esta ocasion, si queria sorprender á la humanidad en fragante, y á la verdad en pelota. El hombre toma la máscara al salir de su cuarto, al calzarse los guantes, al coger su baston; pero la muger se la encaja con sus primeros adornos, al peinarse, al ponerse los pendientes, al enlazar una flor ó una cinta en su cabellera. A su primera mirada al espejo, se compone su semblante, su mirada: se acuerda del efecto que de tal ó cual modo supo producir; de las actitudes, de las muecas de ayer; de las lisonjas que obtuvo; y su naturalidad huye vergonzante, rebosada en el pañuelo que ciñó su cabeza durante la noche, ó encerrada en la papalina de dormir que arrojó sobre la cama: gracias si aun no queda á veces desterrada aquella de la alcoba.

Prevenido pues con la llavecita, empujé con tiento la puerta de la buhardilla, y entré en un zaquizami revuelto, que ofrecia una rara miscelánea de obgetos de muy diferentes usos. Allí no faltaba la escoba: me la hallé de centinela á la entrada; pero no me pareció que gozaba de mucho crédito en aquel recinto, en que, á juzgar por el estado del suelo, debia desempeñar su servicio con poca exactitud.

Se sentia, al entrar en aquella pequeña vivienda,

la impresion de un ambiente tibio y algo cargado de vapores; pero esta atmósfera no tenia nada de desagradable: era la emanacion suave y escitante de la muger jóven, llena de salud, de vida y de amor, á la que se mezclaban tal vez la fragancia espirante de una rosa manoseada; la vivaz y dulce exhalacion de un magnífico clavel, destinado á figurar aquel dia sobre una linda cabeza; los últimos efluvios del aceite oloroso aplicado el dia antes á la cabellera; ó quizás tambien la aroma complicada y semi-evaporada de una preciosa gota de perfume almizclado, obtenida festivamente de alguna señorita elegante, al irle á probar un vestido ó una capota.

La pieza principal, de las tres en que se dividia la guardilla, era la que habian elegido las dos jóvenes para alcoba, y casi para todo, segun lo indicaban los muebles y efectos que en ella se encontraban. A la derecha, al entrar, habia un sillon viejo y casi arruinado, del que se escapaban en dispersion rapacejos de antiquísimo damasco y fragmentos encadenados de pelote y crin apelmazado, que en mejores tiempos formaban el relleno del respaldar y del asiento, ya enteramente hundido, de aquel venerable mueble. Sobre sus brazos y sobre las partes mas salientes de su esqueleto, destinadas,

segun parecia, á hacer las veces de perchas, se hallaban colocados dos bonitos vestidos de *barege*, de última moda; un sombrerito blanco, de elegantes cabos, matizados ligeramente de azul celeste muy caido; un chal liso de crespon de la India, de color de hueso; una mantilla negra, y un sútil manton.

Debajo del formidable sillon asomaban furtivamente cuatro puntas de zapatitos pequeños y estrechos, de tabinete negro.

En una silla de haya, de asiento de paja amarilla, bastante cabal todavia, que estaba mas allá del sillon, y poco mas ó menos sobre su misma alineacion, se hallaban, tendidas sobre su respaldo, una camisa y dos enaguas bastante finas, reciente y primorosamente aplanchadas; y desenrollados sobre el asiento dos pares de medias de algodon, mas blancas que la nieve. Seguian todavia dos sillas mas, de la misma especie que la que acabamos de describir, bien que algo mas deterioradas; pero estas se hallaban destacadas sin simetria, en medio del cuarto. En la una habia una jofaina con agua, no muy limpia; una pastilla de jabon de olor, á medio gastar; y dispersos, como accesorios, sobre el respaldo y palos inferiores de la silla, una tohalla bastante sucia; un vestido de percal muy manchado; dos medias, cuyos pies, llenos de roturas,

se habian ido doblando por sus estremos durante siete dias consecutivos, segun lo indicaba igual número de rayas manchadas impresas sucesivamente por la parte superior del borde del calzado; en fin, un pañuelo muy zurcido, de batista de mala calidad, y unos guantes blancos de algodon, lavados poco há, y que se secaban encaramados en las perinolas de aquel mueble tan bien aprovechado; asemejándose á primera vista á esos estremos de yeso que suelen encontrarse en los talleres de los dibujantes ó estatuarios. La otra silla estaba cerca de la parte esterior de la cama. Habia sobre ella un candelero, esto es, una botella comun de vidrio oscuro, á la cual se habia adaptado por tapon una magnífica vela de sebo de á dos cuartos. Al rededor de este condelabro de nueva invencion andaban revueltos dos pares de pendientes de similor, bastante bonitos; una cadena del mismo metal; tres anillos de muy buen gusto, no podemos decir si finos: sin duda eran prendas de amor, ó puros homenages; y solo conociendo á los tributarios, ó siendo lapidarios, pudiéramos hablar afirmativamente. Habia además un collar de amatistas falsas, dos alfileres de esmalte, en fin toda la *bisutería* diaria; y al lado de este lujo oriental, una carta arrugada, y un tomito de *Madrid y sus misterios*, medio cubierto de

una enorme chorreada de sebo, que, segun se advertia por el estado del candelero cuya elegante descripcion llevamos hecha, habia corrido de la vela hasta la total estincion de la misma, la que probablemente no habian tomado la precaucion de apagar las dos jóvenes, vencidas sin duda por el sueño, sin advertirlo.

La única mesa que se encontraba en la habitacion habia sido apresuradamente desembarazada de los infinitos diges y cachivaches que la llenaban, lo que podia inferirse con ver confusamente hacinados á sus pies un peine, una papalina de tul bordado, una rosa artificial, blanca y algo ajada; dos cepillos de boca muy gastados; un papel con polvos dentríficos; tres pastillas de chocolate; una de benjuí; dos velas; una jícara desportillada, con tinta y pluma; un espejito roto; dos platos sucios; dos tenedores de metal y un vaso. Esta mesa se hallaba cubierta en aquel instante con una manta, tapada en la parte superior con un lienzo, encima del cual habia una rejilla para colocar la plancha, y una camisa tendida patéticamente, con los brazos abiertos y el cuerpo á medio aplanchar.

En el rincon mas oscuro del cuarto se hallaba una cama, de la anchura apenas suficiente para contener dos personas; pero completa, bastante

limpia, y cubierta en parte con una sobre-cama de percal estampado, que, en dibujos de color de rosa, representaba las aventuras de Robinson Crusoe.

Una de las ninfas estaba tendida en aquella cama, brazos y piernas en dispersion, ansiosos sin duda aquellos y estas de dilatarse con libertad, despues de reducidos toda la noche á solo una parte del ámbito, que, por la ausencia de la mitad de la guarnicion, ahora disfrutaban en totalidad.

La jóven casi se habia cruzado sobre la anchura del lecho, y apoyaba, con la espresion de apacible delicia que imprime en el semblante el sueño satisfecho, una linda cabeza de diez y ocho primaveras, sobre las almohadas, y casi al borde esterior de la cama, encogido el brazo derecho, y semidoblada su mano contra la mejilla; mientras que un piececito blanco como la nieve sobresalia de la sobre-cama hácia el ángulo opuesto, señalando asi el estremo de una línea ondulosa que, elevándose suavemente, pero de una manera muy saliente, despues de algunas sinuosidades de menor estension, dejaba sospechar las mas preciosas formas, y el voluptuoso contorno de una de esas divinas caderas, destinadas á llevar con su solo aspecto la turbacion en los ánimos mas tranquilos y pacíficos; caderas insultantes y provocativas, capaces de alucinar á la

tumba misma, y de multiplicar sin término el milagro del Lázaro; caderas anárquicas y bulliciosas, á propósito para promover rebeliones y alborotos sin fin, y para revolucionar y poner en combustion á una comunidad de trapenses, á despecho de todas las acelgas y espinacas del mundo; verdaderas caderas de pronunciamiento, en fin, que los agentes *del ramo* (no del ramo de pronunciamientos, se entiende) deberian perseguir de muerte.

Sin embargo de esa pomposa é imponente prominencia, y de la notable anchura del busto, la depresion breve del talle y las dimensiones poco abultadas de las demás partes, daban á conocer que aquella muger era mas bien delgada que gruesa: su estructura esbelta y fina indicaba que su organizacion debia sin duda ser delicada y muy impresionable. La cabeza, bien proporcionada, sobresalia asi puesta sobre la almohada, por la oposicion marcante de un pelo negro y abundoso, y de una tez marfileña, apenas animada de un ligero tinte de carnacion. Los rasgos que mas llamaban la atencion en el semblante de la jóven, eran la intencion apasionada de su mirada, y el juego á un tiempo melancólico, malicioso y jovial de su fisonomía. Tan pronto esta fisonomía, singularmente movible, espresaba una ternura profunda ó un estremado senti-

mentalismo: tan pronto manifestaba una risa burlona ó una alegria loca. Se recordaba, al contemplar en ella la sucesion casi instantánea de afectos tan diversos, aquellos dias suaves de abril, en que á un tiempo llueve y hace sol. Cuando entré, la traviesa y caprichosa criatura parecia, por la impresion dolorosa de su palmito de beata, hallarse entregada á muy penosas cavilaciones; al mismo tiempo que á su compañera la iba tirando, una despues de otra, con ronceria y sorna, cuantas cosas encontraba á mano.

Esta compañera era una moza rolliza, de unos veinte y cuatro á veinte y cinco años, al parecer; algo morena, pero de una carnacion animada y brillante; cariredonda; ojos negros, grandes y rasgados, vertiendo á ráfagas el placer y la vida; boca pequeña, purpúrea como una guinda, y movida por una risa frecuente, que no dejaba de venir siempre muy al caso para descorrer el tesoro de dos hileras bien alineadas de dientecitos blancos é iguales, preciosamente engastados en unas encias bermejas como el coral; pelo castaño muy oscuro, y que, en magníficas y copiosas ondas, se escapaban de un pañuelo de seda doblado en venda al rededor de la cabeza.

Esa linda y apetitosa personita era pequeña y

bien hecha, aunque de formas salientes, llenas y redondas. Todas las bellezas y calidades del temperamento esencialmente sanguíneo se ostentaban en este tipo. La espresion del rostro era franca, vivaz y marcada: el alma se traslucia en las miradas, y los afectos en la fisonomia. La portada de estas significantes insignias indicaba que la muger que la llevaba debia ser de aquellas de que se suele decir que tienen el corazon en la mano. Pero esto es una figura: lo que entonces tenia verdaderamente en ella, la jóven, era una plancha, que acababa de traer de la hornilla de la cocina, y que en aquel instante se aproximaba á la cara, á fin de juzgar de su grado de calor, antes de aplicarla á la camisa, que, como hemos dicho, estaba estendida sobre la mesa, esperando, en actitud muy teatral, el que se concluyera para ella la interrumpida operacion del aplanchado.

—Amalia, no me tires mas chismes, decia la de la plancha: mira que sinó, voy en persona á aplancharte el cuerpo, empezando por donde quiera, y acabando por donde pueda.

La contestacion de Amalia fué tirarle á su amiga, con tan atinada punteria uno de sus zapatos, que fué á plantificarse su suela, á manera de bofeton, medio por medio de uno de los carrillos de la

aplanchadora; la que amostazada con el golpe, ó mas bien deseosa de enredar y de emprenderla con su compañera, se abalanzó á ella con la casi rusiente plancha en la mano, amagando, con su proximidad y con su intenso calor, las diversas y poco escogidas partes que en lo recio de la lucha iba descubriendo á mi vista, en verdad algo turbada, la provocativa Amalia. Temerosa sin duda esta de que la viveza de su amiga la condujese á cometer alguna fechoría, y poco segura de que su atolondramiento le permitiese en tal caso elegir con alguna discrecion la parte en que la quisiese castigar, se habia ocultado primero la cabeza y los hombros; y no siéndole posible dirigir en este estado con acierto sus movimientos, la misma violencia y multiplicacion de estos la obligaba á ir descubriendo cada vez mas las partes restantes de su cuerpo. Imaginando entonces que la intencion de su adversario era otra que la de quemarla, á lo menos en la inmensa periferia que no podia desconocer tenia descubierta, cesó del todo de moverse, y dijo:—Paca; por qué no me aplanchas? ¿quién te lo impide?

—Es que no quiero que sea precisamente en donde mas se sienta, sino en donde mas se vea. Eres una perra á quien se le dá poco de sufrir un dolorcito; pero muchísimo, de que se le eche á

perder esa carita de mogigata. ¿No vés que te conozco? pero no te escapas sin un chirlito, cuando menos en la frente.

—Oh, no! Paca mia! replicó con un acento lastimero, de inimitable zalameria, la espresiva voz que salia de debajo de las mantas. Perdóname: fué una tentacion: estabas tan mona asi de medio lado y escuchando lo que te decia la plancha, que no he podido resistir al deseo de darte un beso con el zapato, ya que no podia con la boca. Créeme: ha sido un cariño, una caricia, como la que antes de anoche queria hacerte.... Y terminó la maliciosa muchacha su frase con una descompuesta carcajada.

—Ah! te ries, basilisco, y me vienes con caldos trasnochados, en vez de desenojarme! Pues ahora lo verás. Mira! sabes lo que me ocurre?

—No, no sé, contestó la niña pálida, desenvolviéndose bruscamente de la ropa que la cubria, y poniéndose con increible presteza acurrucada sobre la cama, sostenida la cabeza con ambas manos, apoyados los codos sobre las rodillas, muy sério el semblante, y clavados los ojos, con una indecible espresion de desfachatez, en los de su amiga.

—A mí no me impones con tus ojazos; que los tengo tan grandes como los tuyos, y no muy insignificantes, como tienen la bondad de decir ciertos vichos.

—Atiende vicha: capitulemos, como te dice N***... De aquí para abajo márcame en donde quieras, continuó la misma, señalando con el índice de su mano derecha un arco de círculo de hombro á hombro.

—De ahí para arriba será, con el permiso de usted, señora mia: una rosetita en cada carrillo te dirá perfectamente: eres tan pálida!

—Todas las mugeres interesantes son así.

—Y yo ¿cómo soy? pendon!

—Tú eres una jóven sen...si...ble.

—Gracias, pero no me recalques las letras.

—Las letras, eh? Muger! dí sílabas: mira que se te reirán las gentes!

—Qué tonta eres! Ya se vé! como á mí no me cortejan abogados!

—Ah! Oye: ahora que me acuerdo ¿sabes que anoche al volver de casa del ama encontré á ***...

—De veras? y qué? te habló de mí?

—Mas de media hora, no podia echarle: ¡un miedo tenia de que***... acertase á pasar por allí y me viera con él!...

—Cuéntame, cuéntame todo; pero no, aguarda un momento: así como así, se ha enfriado la plancha: voy á arrimarla al fuego, y vuelvo.

Amalia se sonrió silenciosamente, acompañan-

do sin embargo con una mirada de tierno interés, mezclada de alguna tristeza, á su amiga, la que alarmada por el reclamo que tan hondamente habia vibrado en su corazon, volvía, pronta como el rayo, despues de dejar arrimada la plancha á la lumbre.

—¡O dime! dime, mi querida Amalia, si todavia puedo esperar que vuelva á quererme el malvado!

La muger es profundamente patética cuando ama. Cualquiera que sea su clase, su educacion y la especie de sociedad con que se roza, siempre se muestra brillante de elegancia y de gracia cuando habla bajo la influencia de la pasion. Su voz, naturalmente sentimental; sus ademanes, el ardor de su mirada, el movimiento fascinador de sus facciones, la espresion inefable de su fisonomía, el efecto escitante y lleno de interés de toda su accion, dan al giro de sus ideas una fuerza, y al mismo tiempo una intensidad y una delicadeza de concepto, que dejan muy atrás á la elocuencia de los oradores y al prestigio escénico de la declamacion. ¿Quién, aun sin hallarse interesado personalmente en ello, ha podido jamás oir sin una profunda emocion las amorosas quejas, el afectuoso despecho, las fervientes reminiscencias de una muger apasionada? Asi

es que aquella tierna plegaria resonó en mi oido cual si fuese una invocacion sublime.

Paca, á su vez, se acurrucó sobre la cama, en la misma actitud que poco antes habia tomado su compañera, mirándola de hito en hito, como quien pregunta y quien escucha. Aquellas dos mugeres jóvenes, medio desnudas, y agrupadas cual si estuviesen sobre el divan de una estancia del Oriente, me parecieron dos Odaliscas, que se referian misteriosamente los delcitosos ensueños de sus fantásticos amores.

—N***... aun te ama, replicó Amalia: si no ¿cómo se habria detenido tanto rato en hablarme de tí? Pero no cuentes con él por ahora: está comprometido, mas de lo que quisiera, en echarla de consecuente.

—*Mas de lo que quisiera!* no te entiendo.

—Sí. Aquella francesilla de ojos azules, ya sabes? esa que hace tantas cortesias, y tiene una vocecita tan dulce y una risita tan falsa.

—Sí: esa angosta figurita, escurrida y lisa como un palo de escoba. Pero ¿has podido figurarte jamás que N***... me dejaria por semejante estantigua? . . . . . A mí! á mí! prosiguió mirando ufana su bien formado pecho y sus torneados brazos... á mí que tanto le amaba! continuó sollozando.

—Qué quieres! esas malditas francesas son tan dengueras y tan gazmoñas! Pues, señor, viendo sin duda, la muy trasto, que, por mas *mondiu* que hacia, no podia mas que tú, *ha hecho mas que tú.* ¿Comprendes ahora?

—Ya!...

Quedó por un momento absorta en sus pensamientos la abandonada niña, el rostro oculto entre sus manos, humillado al parecer y abatido el ánimo; pero saliendo bien pronto de su cavilacion, mostró á su amiga un semblante sereno y satisfecho, y levantando erguida la cabeza.

—Me alegro, prosiguió animosa y radiante de esperanza. Si no es mas que esto, poco cuidado me dá. Imposible es que la posesion de esa escasa criatura no me sirva mucho mejor que su resistencia: ¿No te parece que debo ganar en la comparacion?

—No sé, replicó maliciosamente la taimada Amalia, hasta qué punto podrán estenderse las comparaciones de tu gachon.

—Qué mala eres! Pero vén acá, trasto! ¿se necesita ser un Sineca para...

—Séneca has de decir.

—Pues bien, sea como quiera, es preciso, digo, ser un *adevino* para...

—Paca, vas hablando el castellano absoluta-

mente como una *prima donna* del Rastro: hazme el favor de decir: *adivino*.

¡Cuidado que estás fastidiosísima! Desde que hablas con aquel desavorío de las melenas, no hay quien te aguante. ¿Acaso no me has entendido? pues bien: calla y escucha. Decia, ó queria decir, que no se necesita acercarse demasiado á una muger, para enterarse de si lo que oculta corresponde á lo que lleva descubierto. Por el hilo se saca el ovillo, y no me digas á mí que haya hombre, por San Lesmes que sea, que deje de comprender á la primera ojeada todas las incógnitas, como tú dices, de la muger que él mire con alguna atencion.

—Tambien estoy en eso; pero si, como debe ser, esa razon vale en pró como en contra; ¿cómo es que la misma observacion, aplicada en sentido adverso, no ha retraido en esta ocasion á tu Adonis, de meterse donde no le llamaban?

—Por qué? yo te lo diré. En primer lugar porque, en el punto de que tratamos, son los hombres en general unos foragidos; y además por lo que los deslumbra el palmito; pero esa ilusion no llega sino hasta cierto punto, y no resiste por sí sola á la última prueba, cuando no la acompañan sendas realidades.

—Eres muy sabionda.

—Pero dime; ¿te habló de mí con mucho interés?

—No solo con interés, sino con pasion, con delirio.

—Dame un abrazo, y déjame; que voy á aplancharte magnificamente aquella camisa.

Al proferir estas últimas palabras, saltó Paca con ligereza al suelo; y con semblante alborozado y lleno de contento, fué por segunda vez á coger á la lumbre la plancha, y empezó de nuevo á maniobrar con ella hasta dejar lisa y brillante, como si se hubiese satinado, la camisa que estaba sobre la mesa.

Mientras tanto la perezosa Amalia se habia vuelto á arrellanar en la cama, y daba muestras de hallarse decidida á emprender un nuevo sueño; pero viendo de muy mala gana su compañera esa malhadada disposicion á desperdiciar parte de un dia tan precioso como para ella lo era el de fiesta.—No, Amalia, prorrumpió, no creas que te deje dormir. Esto es abusar de mi bondad. Me ves atareada desde que ha amanecido, en aplanchar tu ropa y la mia, y tú entre tanto sigues repantigada en la cama, como si fuera yo tu doncella, y nada tuvieras que hacer. Eso no es regular.

—Pues si no quieres tú ser mi doncella, yo seré tu criada ¿Qué manda la señorita?

—Primero, que te levantes. No sé como, echándola tú de tan sensible y tan amartelada, puedes dormir así.

—Pues, señor, estariamos frescas, sí, por sentir y amar, no pudiéramos conciliar el sueño.

—Corriente! pero entre conciliar el sueño y dormir diez horas de una asentada, me parece que hay alguna diferencia.

—Vaya! ya estoy levantada. Y ahora ¿qué hago?

—El almuerzo: ahí hallarás los huevos y tomates que ha dejado al paso nuestro vecino Pedro: haznos un buen pisto; que tengo ya un hambre como un esclaustrado.

—¡Qué poco fino es eso de tener hambre!

—Pues mira, entonces están las calles atestadas de gente ordinaria. Ah! ahora que me acuerdo: no como contigo: estoy de convite hoy.

—Y de consuelo?

—No lo creas; pero, la verdad, ya que me aseguras que aun me ama N***..., quiero hacerle rabiar de celos, y para esto me viene de perilla el que me acompañe un primo que ha venido de Olmedo.

—Pero hablemos claro: es un primo en toda propiedad?

—Sí señora: un primo por todos cuatro costados.

—Ya! es que no sé cómo se hace que sea tanta la abundancia de primos que anda por el mundo.

—Qué quieres! eso lo hace Dios. Con que es preciso que me pongas bonita; que me peines con aquel primor que tú sabes; que me arregles el lazo; que me des una vuelta al rededor; y en fin, que me eches la bendicion antes de salir, diciéndome: *Paca! estás monísima: ánimo! le vas á volver loco.*

—¿A quién, al primo?

—No, majadera! al otro.

Pues para eso seria mucho mejor que ni almorzaras ni comieras: así tendrias menos colores, y aparecerias con todo el interés que inspira naturalmente una muger lánguida y sentimental.

—Esto es bueno para tí y para los espiritados que te hacen carantoñas. A mí me dice muy mal el echarla de romántica: quita allá! á N** le dá asco la gente enfermiza. Colorada y muy colorada! solo así conseguiré yo que tambien se ponga encarnado al verme.

—Pues manos á la obra: voy á ponerte como una novia de aldea que vá á vistas.

—Y tú que haces hoy?

—Toma, lée esta carta.

—A ver: calla! qué bonita es!... y qué bien huele!... Qué lindo color de papel!

Volvió y revolvió Paca, por dentro y por fuera, el elegante billete, y al fin leyó, aunque no muy corrientemente, lo que sigue:

«Angel mio: mañana á las doce terminaré la »enojosa tarea que desde ayer me roba la dicha de »verte, y á aquella deseada hora volaré al parage »que me señales. No tardes ni un momento, Amalia »mia: puedo consagrarte todo el tiempo que quie- »ras, puedo estar contigo hasta que tengas la cruel- dad de decirme: vete. Pero no me hagas perder »ni un solo minuto de los que me prometas: quiero »agotar, si fuera posible, en aquellos felicísimos ins- »tantes el inesplicable placer de mirarte, de oir tu »hechicera voz, de sentirla vibrar en mi corazon: »quiero que una dulce palabra, mil veces repetida »de tu adorada boca, inunde de delicias á tu

E....»

—¡Sopla! esclamó Paca, algo turbada despues de su lectura, y qué acalorado que está el señorito! Si me parecia una ave fria, un soso, un....

—Oh! no blasfemes, querida mia; no conoces á esta clase de hombres: si supieras!....

—Mira, Amalia, no me vengas á mí con pinturas: podrás ser mas susceptible, mas novelesca que yo; pero no te lo cedo en amar y sentir, ni tampoco en delicadeza de sentimientos, en llegando el caso. Todo lo que acabo de leer me parece muy lindo; pero no me suenan menos bien al oido las sencillas y naturales espresiones del hombre que yo amo. No me dice sublimidades, no compone una novela á mi lado; pero su mirar apasionado, sus suspiros, la ternura ingénua y sin artificio de sus protestaciones, el sonido dulcísimo y lleno de amor de su voz afectuosa me conmueven y me dán tanto placer como te puedes tener en escuchar á tu romántico amante. Sé franca: díme si ninguna de esas primorosas frases podrá jamás producir, en un verdadero corazon de muger, el efecto divino de estas sencillas palabras: *Amalia mia: yo te amo.*

No es esto decir, continuó Paca, despues de una pausa y viendo á su amiga silenciosa y pensativa; no es esto decir que no seas amada: es solo poner cada cosa en su lugar. A tí te adoran en verso: á mí me aman en prosa. El asunto se reduce á una cuestion de oido. Sé feliz con tu poeta: yo lo seré con mi castellano rancio. Pero te he preguntado qué hacias hoy, y me has contestado dándome á leer aquella carta: por

consiguiente es claro, clarísimo, y sin género de duda, que saldreis al campo á arrullaros lo restante del dia, como dos tórtolas; que comereis, qué sé yo en dónde; y que por fin de fiesta ireis al Circo á identificaros con las ninfas y los ninfos que aman, se esplican, se cortejan, se casan y mueren bailando. ¿No es así?

—Justo: has adivinado; pero no sé si iremos al Circo.

—Pues qué! no te gusta ya?

—Sí, pero.....

—Ay! ay!... ya te comprendo: no te agrada ir á la *Ignominia* (1).

Al oir esta palabra, un encarnado súbito coloreó fuertemente por un momento las pálidas mejillas de Amalia.

—Nuestras dos pasiones están juzgadas, prosiguió la amiga de esta: en la tuya hay vanidad: en la mia no hay mas que amor.

No quise oir mas. La sentencia de la señora Paca me pareció una magnífica peripecia y un soberbio final de entremés. Arreglé mis zancadas de modo á no tropezar con los cachivaches esparcidos

---

(1) Nombre vulgar que se ha dado á las gradas corridas del anfiteatro de aquel teatro: bien se lo merecen.

en el suelo, y salí de la guardilla, no sin haber antes echado una mirada de tierno interés hácia aquellas dos agraciadas muchachas, lanzadas, como dos aves de paso, sobre esta tierra ingrata é inhospitalaria.

## Los ladrones de última categoría (1).

Deseoso una mañana de variar mis observaciones, tomando por obgeto de ellas clases distintas de las que hasta entonces me habia dedicado á examinar, me introduje en una buhardilla de las casas de peor aspecto de la calle del Cuervo.

Un olor desagradable y nauseabundo me detuvo al entrar en aquella nefanda estancia; olor empachoso y repugnante, capaz de revolver el estóma-

(1) Quizá en el discurso de esta obra tengamos ocasion de presentar al público una clasificacion bastante bien caracterizada de las seis ó siete categorías en que comprendemos pueden subdividirse las honradas individualidades, que en las diversas gerarquias sociales, se dedican á tan noble y provechosa carrera. Para la necesaria inteligencia del epígrafe de este capítulo, nos limitaremos por ahora á indicar que la primera de dichas categorías se compone de aquellos eminentes y distinguidos fulleros, dotados de la habilidad necesaria para husmear los secretos del estado, esplotarlos, y negociar la ruina del pais; mamones atroces é insaciables que se quejan de flato, si de cada engullida no se tragan, cuando menos, la renta de una provincia.

go y de hacer desfallecer el corazon; olor de aquella especie que tiene por base el aire naturalmente viciado de los cuartos que permanecen cerrados; y por elementos, mas ó menos impuros y combinados, las emanaciones corpóreas, de todas clases, de personas que, por la escasez de sus recursos y la penuria de su existencia, no es de creer suden esencia de rosas; olor impregnado de vapores espesos, húmedos, pegajosos, casi palpables, cuyo contacto pringoso contrae el cútis y dá escalofrios; olor inesplicable, que participa del que reina en los hospitales y del que se respira en las prisiones; olor á pobre y á enfermo, en que trasudan todas las miserias, todos los vicios, y todas las degradaciones.

Mucho me costó vencer mi repugnancia; pero al fin pudo mas la curiosidad que el asco, y cerré la puerta tras de mí, quedando en un zaquizami sucio y hediondo, compuesto de una sola pieza bastante grande, apenas alumbrada por la escasa luz que penetraba por el postigo entreabierto de la buharda, y que rarificada aun al atravesar una atmósfera pestilente, que de puro compacta podia cortarse, no me permitió por de pronto distinguir sino confusamente los obgetos que se hallaban en la estancia. Poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á aquella empañada claridad, y pude entonces regis-

trar hasta los tenebrosos rincones en que, por dos de los costados, terminaba la guardilla, debajo de las líneas diagonales formadas por los estremos de los aleros del tejado.

Podia dudarse de si en algun tiempo habian sido blanqueadas las paredes que se elevaban en los dos lados opuestos que servian de sosten y base esterior al caballete: probablemente solo habian sido revocadas al construirse, con yeso, de aquel que llaman *negro* los albañiles; denominacion poco exacta respecto al primitivo color de aquel material, pero que en la actualidad cuadraba perfectamente con el que á fuerza de tiempo, de descuido y desaseo, habian adquirido ambos muros. Del mismo modo, aparecia problemático el pavimento, el que, ya estubiese enlosado en su origen, ó formado solo de una capa de mortero ó de yeso batido, se hallaba cubierto ahora de una costra desigual y negruzca, compuesta sin duda de las infinitas porquerias que de continuo y como á porfia se procrean y multiplican en el asilo del pobre, cual si fuesen una produccion natural é inseparable de la miseria, y un fruto de maldicion del desamparo y de la poquedad. Cualquiera que supiera hacer la análisis de aquella argamasa superpuesta, en la que cada generacion habia estampado su sello, y cada inquilino habia dejado alguna im-

presion, sin duda descubriera en ella misterios de todas especies, y advirtiera que esas mil materias, á cuales mas impuras y heterogéneas, habian sido amasadas á veces con sangre, y casi siempre con lágrimas.

Todo se hallaba malparado y decadente en aquel triste y deslucido albergue. Un barreñon desportillado y colmado de cenizas yertas, que daban frio, yacia en medio del cuarto, como empotrado en un monton de inmundicias, en cuya superficie sobresalian algunas cabezas de sardinas y cáscaras de castañas. A poca distancia se habia detenido en su rotacion un jarro de la mas ínfima loza, el que vacio y volcado hácia un lado, dentellado al rededor de su boca, y privado casi enteramente de su primitivo vidriado, enseñaba por donde quiera hendiduras ennegrecidas por los sedimentos impuros del Valdepeñas á tres cuartos el *chico*. Al otro lado del barreñon, y como para hacer juego con el beodo y trastornado jarro, se veia una espuerta de esparto, tan mugrienta y embutida de porqueria, que no hubiera sido posible atinar á cuál de los dos servicios estaba destinada, si para la compra, ó para recoger la basura; á no conocerse al instante, por la inspeccion de la vivienda, verdadero basurero permanente, que, fuera de casos mayores, solo se hacia

habitualmente uso del cenacho para el primer objeto.

No habia mas muebles en aquel miserable caramanchon: ni sillas, ni mesa, ni cofre ó baul, ni ajuar de cocina. En el suelo se encontraban, á lo largo de las dos paredes de que hemos hablado, algunos harapos que carecian de forma determinada; un sombrero gacho, de medio uso; otro de copa redonda, en bastante buen estado todavia; y una gorra vieja, de piel de nutria, medio repelada, con una visera torcida y relumbrante de puro grasienta. Mas hácia el centro del aposento habia un cajon descubierto y de poco fondo, en el que se hallaban colocados con bastante órden varios libritos de papel para fumar, y fósforos de diversas clases. Un pie de tigera y un farolito, en aquel momento apagado, se hallaban inmediatos, y demostraban que este último grupo de enseres constituia una de aquellas innumerables tiendas portátiles que son el amparo y recurso de los fumadores poco metódicos. La reunion de estos tres efectos fijó mi atencion: eran los únicos que, asi como los que contenian el cajon, estuviesen dispuestos con algun cuidado y arreglo: todo lo demás se hallaba tirado con incuria y desaliño. Esta diferencia notable establecia una contradiccion singular, presentando sobre un

mismo término dos voluntades encontradas, y como dos sistemas en oposicion: por una parte el órden y la especulacion; por otra, la negligencia y el abandono: por aquella, la vida calculada, con una base, una esperanza y un obgeto; por esta la existencia inmediata, sin mas móvil que la necesidad, ni otro porvenir que los estravios de un deseo aventurero é irrazonado. Esto podia comprenderse, si habitaban dos personas en aquella vivienda; pero si solo la ocupaba un individuo, entonces tan singular divergencia llegaba á ser un problema estraño, y uno de los muchos enigmas impenetrables, cuyo sentido misterioso se oculta por siempre en los abismos del corazon.

Absorto en los pensamientos á que daba nacimiento la contemplacion de la reunion insólita de dos elementos tan contrarios como son el arreglo y el desórden, la curiosidad y el desaliño, el trabajo y la pereza, se lanzó mi vista á buscar en todas direcciones nuevos obgetos que fuesen capaces de aclarar mis dudas y de darles alguna solucion. En fin descubrí, en las profundidades de uno de los aleros de la buhardilla, una aureola de humo azulado en cuyo foco centelleaba una chispa, que, apareciendo y desapareciendo alternativamente de momento en momento, manifestaba ser alimentada por

una fragua humana. Me aproximé al instante á aquel lugar, y ví un hombre tendido boca arriba, y fumando con resignacion un tabaco corrompido, capaz de hacer toser á un muerto, y de apestar al mismo cólera-morbo en persona. El impertérrito fumador tenia un aspecto triste y meditabundo, y representaba ser de edad como de unos cuarenta años. Su mirada, dirigida hácia el techo, era fija y austera : habia en ella una inesplicable espresion de dolor, mezclada de fervor y al mismo tiempo de despecho : parecia implorar sin esperanza, al paso que reprochar desdeñosamente al destino la fatalidad de un hado insuperable. La nariz era descarnada, muy móvil en su parte inferior, y perfectamente formada. La boca era grande, bien hendida, y marcada en cada uno de sus ángulos con dos arrugas fuertemente articuladas, que daban á conocer la frecuencia con que una risa de escarnio y malicia se imprimia sobre aquel desesperanzado rostro. Los carrillos eran hundidos ; la barba, demasiado saliente, se comprimia con facilidad: las cejas, negras y muy dilatadas, tenian la movilidad comun á todos los temperamentos biliosos. La tez, igualmente pálida, súcia, y algo amarillenta, tenia aquel color mate y enfermizo que se nota en los encarcelados, en los presidiarios, en los tercianarios y en las per-

sonas de mal vivir. Un mal pañuelo de fular, hecho girones, y doblado á manera de venda encima de la frente, ceñia la cabeza del desconocido, dejando flotar una cabellera abundante y despeluznada, cortada desarregladamente, y mezclada, casi por iguales partes, de pelos blancos y negros. El hombre parecia ser de una estatura mas que regular: estaba echado, á medio desnudar, sobre una manta deshilachada, estendida encima de una ligera capa de paja: su cabeza descansaba sobre un lio de ropa que hacia las veces de cabezal; y su cuerpo se hallaba imperfectamente cubierto con una capa parda de paño burdo, ya muy raido, por cuya orilla inferior sobresalian unos pies descarnados, semejantes á los de un cadáver, y sobre los que la porqueria, dirigida caprichosamente por el sudor y la humedad, habia llegado á formar herborizaciones bastante parecidas á las que se notan en el mármol.

El conjunto de este personage, el desaliño que le rodeaba, todo hasta la dejadez de su actitud, hasta la espresion vaga é indeterminada de su semblante se hallaba en armonia con la incuria y el abandono que reinaban en la estancia. El obgeto principal no desdecia del accesorio que ayudaba á caracterizarlo: uno y otro representaban, con rasgos bien marcados, la existencia aventurera é indepen-

diente del individuo que solo ha aceptado el pacto social para mancillarlo ó destrozarlo ; del que comprende la vida como el beduino del desierto ; y para quien la civilizacion es un sarcasmo, el órden una injusticia, y la equidad una paradoja. Bajo este punto de vista, habia acabado de descubrírseme del todo la incógnita, con una manifestacion muy espontánea del desconocido. Embebecido en sus cavilaciones, llegó á apurar el cigarro que fumaba, hasta quemarse muy de veras los labios en una última aspiracion del pestilente humo. Maldito tabaco ! prorrumpió entonces arrojando con cólera, al medio del cuarto, la punta casi consumida : hasta el que cojemos á los señorones es rematado de malo, y eso que lo robado siempre parece mejor: sí, mejor, mucho mejor, prosiguió con una sonrisa acre y burlona, volviéndose hácia el parage en que yo me hallaba, y estendiendo la mano con negligencia á un montoncito de pañuelos de seda desdoblados y arrugados, que se hallaban en el suelo é inmediatos á su cabecera. Veamos la presa, continuó con mas animacion, y el ojo enardecido por el aspecto de un obgeto que, al parecer olvidado, volvia á cautivar toda su atencion. Uno, dos, tres. ¡ Qué poco pesa este !... Ya lo creo ! esclamó despues de desenrrollar uno de los pañuelos y de exa-

minarlo poniéndolo por delante de la luz: pues si es una criba! Fiése usted ahora en la facha de esos mozalvetes almidonados, que no parece sino que llevan un potosí en las faltriqueras!... Condenados lechuguinos! engañar así á un hombre honrado!...

Y el hombre honrado acabó de destrozar al veterano pañuelo, enganchándolo con ambos pies por los agujeros menos comedidos, y desgarrándolo con las manos hasta dejarlo reducido á varias tiras, que fueron á caer al estremo inferior de la cama.

—Ah! ah! esto ya es otra cosa, prosiguió el ladron, examinando los dos pañuelos restantes. Vea usted; ¡quién habia de decir! Este se lo *alivié* (1) á un pobre señor que tenia una espantable cara de cesante; y este otro, á una criada que pelaba la pava con un guardia civil. Bueno es vivir para aprender. Tia Covacha! añadió alegremente el honrado industrial, agitando en el aire con ambas manos los dos pañuelos. ¿Cuánto me vá á dar su reverencia por estas banderas? Cudiao con hacérseme demasiado la tiñosa, porque á mí, *denguno* me *dengunea*, y si no me trata como merezco, podrá ser que le dé páa tabaco; pero cá! si la tia

(1) Se lo robé.

Covacha es mu guapa! lo menos me vá á dar por estos guiñapos un par de pares de pesetas. ¡Qué gusto, gritó casi el ratero, incorporándose en la cama y restregándose las manos, con un movimiento febril: caballero hasta la noche: comida al figon de la Tomasa, y media azumbre del güeno en...... Calla! creo que hoy es dia de toros: pues á los toros con la Pelilasa... Y despues, prosiguió con ojos enardecidos.... pero encontrándose á la cuenta su vista, al recorrer ardorosa y veloz la estancia, con la tienda portátil de que hemos ya hablado, se interrumpió el curso de sus ideas, y tomando estas un nuevo giro. Ah! perra! papelera de Barrabás! *fosfórria* de mis pecados. ¡Todavia estás ahí haciéndome guiños, eh? Toma! y que el infierno te confunda, con el alcalde de barrio, el celador de barrio, los serenos del barrio, y todos cuantos en el dichoso barrio tienen la majadería de meterse á enderezadores de tuertos.

Y esto diciendo, lanzó el inquilino de la buhardilla, con todas sus fuerzas, hácia el inocente cajon que tanto le alteraba la bilis, la ropa que le servia de cabezal; la que, desdoblándose al volar por la estancia, descubrió en su revoloteo dos mangas y un corpiño de una tela parecida al merino negro, unido todo á una ancha falda de percal blanco,

presentando asi, á mis asombrados ojos, una vision fantástica algo parecida á la de una hada decapitada que, segun que sus afecciones fuesen de una naturaleza mas ó menos poética, tomase su vuelo hácia la ventana ó hácia la chimenea.

—¿Qué tienes? dijo, al entrar, un jóven rechoncho, parecido en su trage y aspecto á un mozo de cordel, aunque con manos menos bastas, y calzado mas fino. Calla! esclamó mirando con estrañeza la funda de muger estendida en el suelo con los brazos abiertos ¡que me condene si este no es el vestido de pecar de la señora Pelilasa!... A vér.

Y se bajó el recien venido, al parecer con propósito de reconocer de mas cerca el atavio mugeril; pero no bien hubo manifestado con el ademan su intencion, cuando un violento empellon de su camarada le lanzó al otro estremo del cuarto.

En donde quiera que dos ó mas personas, aunque sean de igual clase, se hallen reunidas, allí se declara en el momento en alguna de ellas una influencia, una especie de superioridad tácita, que descuella enseñoreándose desde luego de las demás voluntades, como para demostrar que el órden no puede existir sin subordinacion, ni clase alguna de sociedad, sin cabeza. La escena que yo presenciaba me hizo comprender al instante cuál de los dos

hombres que estaban á mi vista, era el dominador, y cuál el dominado. El que acababa de entrar se quedó clavado en el punto en que le habia arrojado la pujanza de su compañero; y este recogió y dobló tranquilamente el despatarrado vestido, colocándolo en el mismo sitio y de igual modo que antes estaba; despues de lo cual tornó á meterse en la cama, volviéndose hácia la pared, y murmurando entre dientes, con muestras de muy mal humor.

—¿Sabes, continuó el primero cruzándose de brazos, que no ha sido mala idea enajarle á la señora Pelilasa el ropon? Se me antoja lo mismo que quitarle á un aficionado á la caña, el cebo y los avíos de pescar.

Una especie de rugido concentrado fué la sola contestacion que obtuvo el imprudente autor de esta malhadada comparacion.

—Vaya! no te enfades, prosiguió el mismo: ya sabes que soy hombre de intencion recta, y que lo que digo no lleva malicia. Venia á hacerte referencia de nuestro *Belen* (1) de anoche...

Viendo el interlocutor, al llegar aquí, que su compañero permanecia inmóvil y silencioso, dando

(1) Robo combinado.

asi muestras de hallarse poco dispuesto á admitir disculpas y escuchar relaciones, acudió al medio que sabia ser el mas eficaz para llamar la atencion de su colega, sacando cuatro duros y tirándolos de uno en uno al suelo á la inmediacion de la cama, como quien juega al tángano. En efecto, el ruido seco y metálico causado por el choque de las monedas contra el pavimento, produjo una especie de movimiento galvánico en toda la organizacion del atufado amante de la Pelilasa; el que no pudiendo resistir al prestigioso efecto de tan elocuente interpelacion, se volvió é incorporó bruscamente, estendiendo las manos con contraccion nerviosa, mirando en derredor de sí con ojos encendidos y semblante desencajado, y gritando alborozado, fuera de sí y con un acento de salvaje: ¿Qué es esto? qué es esto?

—*Parneses* (1), replicó el compañero; *chulés* (2) para los que se están repantigados en la cama, mientras que sus camaráas sudan el quilo para regalarlos con esta música.

—Uno, dos, tres, cuatro: ochenta reales. ¿No hay más?

---

(1) Dinero.
(2) Duros.

—Si te parece poco!... Para el trabajo de estarse en la piltra (1) durmiendo á pierna suelta, como lo habrás hecho desde que te dejé, me parece que no es mala cantidad.

—Ya sabes que cuando es necesario, no me hago atrás. Pero vaya! siéntate aqui, y cuéntame por la menuda lo que ha dado de sí la *cherinola* (2), y cómo se ha *trabajado* (3) esta noche.

—Como *cofrade de pala* (4) que has sido en el negocio, te hallas ya enterado de que el parroquiano, que vive calle de la Cava baja, número***... es un médico bastante acomodado, que tiene muchas visitas en todo aquel barrio, y aun en los del Humilladero y de Embajadores.

—Como que yo fui quien os avisé de que acababa de recibir 6,000 rs. en dinero, por su parte de no me acuerdo qué herencia, y que los conservaba en onzas de oro en un cajon de su papelera.

—Oyes! No me has dicho de qué modo llegaste á tener soplo de eso.

—Fue por la *cotarrera* (5) que les hace los re-

---

(1) Cama.
(2) Junta de ladrones.
(3) Robado.
(4) Ayudante de ladron.
(5) Muger baja y comun.

cados á las *hurgamanderas* (1) del *quel* (2) donde sabes que tengo yo la jembra. Ha hecho la maldita que se encariñe con ella la *garda* (3) del médico, que es una pobre muger muy fiel y muy clara, pero *garlona* (4) hasta dejarlo de sobra; con cuya caliá la *cotarrera*, que tiene muchas camándulas y es un culebron que se pierde de vista, le va sonsacando cada dia lo que pasa en casa de sus amos; y como estos tienen una entera confianza en la criada, motivada de que es una infeliz y que hace quince años que la tienen en su compañia, mira, tú, por qué no le ocultaron, ni que recibian aquel dinero, ni el sitio donde lo colocaban; lo que, creyéndolo quizás mas seguro asi, descubrió la muchacha á aquella víbora de muger, cediendo á ese flujo de charlar, de que sabe sacar tan buen partido esta, para hacer *dupas* (5).

—Eres un *aguilucho* (6) de los güenos!

—Vaya! Sigue.

—Pues señor, nosotros, por el Pinche y el Corracho, que, como no ignoras, son muy *bariles*, (7)

---

(1) Mugeres públicas.

(2) Casa.

(3) Muchacha.

(4) Habladora.

(5) Este nombre se dá, en *caló*, á las personas engañadas.

(6) El ladron que entra en parte con los ladrones, sin hallarse en los hurtos.

(7) Astutos.

tuvimos noticias segurísimas respecto á las entradas, salidas y dingolodangos del médico y de su gente, reducida esta á su muger, que por cierto es una guapísima morena de la edad que todavia me las recetan á mí, de un niño de dos á tres años, y de la parlanchina de la criada, de que acabo de hablarte.

Supimos pues:

Primero: Que los demás vecinos de la casa son gentes de buen vivir, que se recogen temprano y duermen como unos lirones, sin dárseles un bledo de que se maten en la vecindad, y teniendo por regla de conducta el apretar el cerrojo y echar una vuelta mas á la llave, en el momento que oyen gritos ó pendencias. Debemos esceptuar del número de estos honrados inquilinos el zapatero de viejo que ocupa una de las buhardillas, hombre *cruo* que tiene un chirlo que le coge la mitad de la geta, y que cada vez que se emborracha, que es decir una docena de veces á la semana, arma con su parienta una contradanza de mogicones y puntapiés, que canta el misterio.

Segundo: Que de noche se llama á la habitacion del médico, con dos golpes y repiquete en la puerta de la calle.

Tercero: Que al verificarse esta señal, saca el

amo la cabeza por la ventana, y entabla conversacion con los que aporrean la puerta, preguntándoles quiénes son, qué quieren, y las señas de la casa y habitacion á donde ha de acudir, cuando, lo que es lo mas regular, le llaman para asistir á algun enfermo. En aquel momento suele observar el médico, en cuanto se lo permita la oscuridad, la traza del ó de los que platican con él, pues es ladino, y sospecha de su sombra.

Cuarto: Sale este siempre bastante tiempo despues que le han llamado: baja solo la escalera llevándose el llavin y la llave de la puerta de la calle; y despues de encargar perennemente á la criada que no abra á nadie sino á él, y de asegurarse de que esta ha *trincado la quilichi* (1), deja la palmatoria en el rincon de la derecha del último escalon; apaga el cabo de vela colocado en ella; abre la puerta, y la vuelve á cerrar por fuera con ambas llaves, las que se mete en seguida en la faltriquera izquierda del gaban.

Quinto: En estas escursiones nocturnas el médico lleva un baston de estoque, y camina á paso largo, rodeando con cuidado las esquinas.

---

(1) Echar los cerrojos.

Sesto: Al volver á su casa, de vuelta de estas espediciones, abre con tiento la puerta de la calle: la cierra en seguida por dentro: saca un fósforo: enciende la vela que dejó en la escalera: sube sin meter ruido; y llama á la puerta de su habitacion, de cierta manera, conocida solo del ama y de la criada.

Sétimo: Esta se aturrulla con facilidad y carece de travesura y espedicion. La muger del médico es, al contrario, vivísima y varonil; pero adora á su marido, y tiembla siempre de que, en sus visitas á deshora, le suceda alguna desgracia.

Octavo: El cuarto en donde duerme el matrimonio es bastante interior; y luce en él toda la noche un lamparillero trasparente, colocado en la rinconera mas inmediata á la alcoba.

Noveno: Se sabe, con toda certeza, que la muger del médico tiene en su poder la llave de un *neceser*, en el cual se hallan todas las demás, inclusa la de la papelera.

Décimo: En fin, los serenos del barrio son mas modorros que los siete durmientes, y además algunos de ellos son amigos.

—Caramba! qué cabeza y qué memorion tienes! ¿Sabes que valdrias tú peso de oro para sacristan ó fiel de fechos?

—Dios ayudando, pienso recibirme de cualquier cosa luego que me retire de los negocios. Antes de darme á *ostagar* (1) he sido pasante de curial, allá en mi lugar, y me tiran las tretas por escrito tanto ó mas que las que se hacen *sangrando con las anclas* (2).

—Vaya! á lo que estamos, tuerta.

—Al corriente ya de todo, formó su idea el Jaque, y nos apalabró para anoche en el *quel* (3) de la plaza de la Morería: ya te acordarás? aquel que cae á las Vistillas. Denguno sabia, á las claras, para qué era llamado; pero naide faltó; y nos encontramos allí el Jairo, el Fosco, Chírria, Mancorro, el Pulío, Guardapostigos (4), el Marquido (5), tres ó cuatro novatones (6) de los mas *arredomados* (7), y un servidor de las ánimas benditas. El Jaque repartió al momento los papeles, y nos esplicó en un santiamen, con el aquel que le conoces, lo que cada cual teniamos que egecutar. A mí me tocó hacer de *piloto* (8) en la primera salida, como vas

(1) Robar.
(2) Robando con las manos.
(3) Véanse las notas anteriores.
(4) Criado de mancebía.
(5) Marido de muger pública.
(6) Principiante, y sin esperiencia.
(7) Astuto.
(8) Ladron que va guiando.

á ver. Todo convenido, sacó el *Choro* (1) en gefe la *tea* (2), segun acostumbra en tales ocasiones, y dijo, clavándola sobre la mesa en donde habiamos empinado el *chingaró* (3): muerte á todo el que fuese *zaino ó jilí* (4). Ea! Oxte! cada cual atienda á su juego, y cudiao con el Cristo!

Serian como cosa de las dos de la mañana: hacia un frio que nos chupábamos los dedos. Llegamos el Pulío y yo á la calle de la Cava, y llamamos bonitamente á la casa en que vivia el médico. Al poco rato se asomó este preguntándonos quiénes éramos, y qué era lo que queriamos. El Pulío contestó que le rogaba tuviera la bondad de venirse al instante con nosotros, para asistir á una persona á quien acababa de darle un accidente que la dejaba sin palabra y sin movimiento. El médico, sin commoverse, respondió con cachaza que no necesitaba que nadie le acompañase; que le diesen las señas de la casa, y que, si no estaba demasiado distante, iria. —Pues entonces, replicó mi camarada, sin porfias, vaya usted calle de la Redondilla, número 8, cuarto principal de la izquierda, y pregunte por D. Juan

(1) Ladron.
(2) Puñal.
(3) Vino.
(4) Traidor ó cobarde.

Eslaba, empleado en el Tesoro. Pero, por Dios! véngase usted al instante. La casa es la segunda á mano derecha, entrando por lo alto de la calle de los mancebos.

—¿Son ustedes sus criados? preguntó el taimado doctor, como calculando el número de sirvientes varones que en todo rigor podria sustentar un cuarto principal de la calle que se le habia indicado.

—No señor: yo solo lo soy, replicó el compañero. Este caballero vive en la misma casa que mi amo, y como es amigo suyo, ha hecho el favor de venirse conmigo para llevarme á buscar á otro médico que él conoce, en el caso de no encontrar á usted en casa.

—Bueno, respondió el mata-sanos: allá voy: pueden ustedes marcharse.

—¿No tardará usted, no es verdad? mire usted que mi amo está muy malito, repuso el maula de mi camarada, con tono compungido y haciéndose el interesante.

De manera, respondió con calma el otro, que si á su amo de usted le corre mucha priesa el morirse, muy buen provecho le haga. No he de salir yo en camisa para estorbarle ese gusto: sino, que tenga paciencia, que en vistiéndome y tomando mi taza de té, estoy allá en un salto.

—Vaya! no sea usted machaca, dige entonces al Pulío, á media voz, pero de manera que pudiera oirme el médico. El señor conoce cuán necesaria es su pronta presencia, y nos hará el obsequio de no tardar, sino lo menos posible.

Aqui el amante de la Pelilasa interrumpió al narrador.

—Eso digiste? esclamó; pero está muy bien palrado. ¿Sabes que cuando quieres charlas como presona de forma? Diantre! ni un lechuguino!

—De todo se necesita para egercer el oficio en Madrid. Figúrate que yo hubiese soltado en aquel entonces algun *bufido* (1), ó alguna gracia en *caló* (2): páselo usted bien: la *dupa* (3) se *guiñaba* (4), y nos hacia un besamanos con la mano izquierda, y quizás nos bautizaba con algun caldo mas que trasnochado.

—No hay duda. Mira, tú, por qué no quiero meterme á esas lindezas: al instante lo echaria todo á rodar. Anda! sigue tu cuento.

—Oimos cerrar la ventana, y nos marchamos calle arriba, hácia la Plazuela de la Cebada: segui-

---

(1) Grito, ó voz descompuesta.
(2) El habla gitanesco.
(3) El que se trata de robar, ó el robado.
(4) Se marchaba ó huia.

mos por Puerta de Moros, y llegamos á la entrada de la calle de los Mancebos, que subimos hasta llegar á su parte mas alta, en donde encontramos á Mancorro y al Jaque, á quien dí cuenta del recado que acabábamos de dar al médico.—Está bien, dijo el segundo: ese hombre tiene traza de ser algo desconfiado; y por lo mismo puede ser que, en lugar de venirse por el camino mas corto, que es el que habeis traido vosotros, se vaya por el mas largo, pasando por el callejon de S. Andrés y la Plazuela de la Paja, y tomando, por abajo, la calle de la Redondilla, aunque sabe, por lo que le habeis dicho, que el múmero 8 cae en lo mas alto de ella. Por consiguiente, es preciso disponer un doble aguardo, y ocupar las dos esquinas opuestas. Vamos! al avío! tú, Mancorro, y tú, Pulio, os apostareis en la que dá á la bajada de la calle de la Redondilla, y el Piloto y yo en la otra. Por cualquier lado que venga el parroquiano, se le deja volver la esquina, y se le toma la retaguardia por un recorte, al mismo tiempo que los de la otra esquina vuelven y me lo cogen de frente. *Cudiao* con *avizorar* (1) al sugeto con tiento y sin *abis-*

(1) Mirar con recato.

*parlo* (1), y *atrincarlo* (2) sin que *bufe* (3): tener prontos los *atacadores* (4) y los *filichis* (5), y *soniche* (6).

Cada cual se fue á su puesto. El Jaque y yo nos plantamos, agarrados de una mano, á la vuelta del recodo de la calle de los Mancebos, por la parte de arriba, y aguardamos muy callados la llegada del médico. La noche era bastante oscura, y nos permitia, por lo tanto, sacar la cabeza para registrar, sin riesgo de que nos viesen, toda la ancha subida que teniamos á nuestra izquierda. Aquel sitio es magnífico; es el degolladero mas seguro que hay en Madrid: el espacio que se encuentra de esquina á esquina, las que ambas podrán distar entre sí unos treinta pasos, forma una especie de plazueleta pequeña, cerrada en sus dos estremos, por una entrada estrecha: allí ni aun de dia se encuentra alma viviente, y las pocas casas que dan á aquel parage parecen inhabitadas. El lado de la calle que está opuesto á las esquinas detrás de las

---

(1) Sin espantarle.
(2) Asir ó aprisionar.
(3) Sin que grite.
(4) Puñales.
(5) Pañuelos.
(6) Silencio.

cuales estábamos ocultos, forma en el medio un rincon, hácia el que por fuerza ha de tirar todo aquel que se vea acometido por retaguardia; lo que hace que tenga que andar mas camino que los que estén hácia el otro lado, y que vaya precisamente á colocarse en el punto mas escondido y de menos defensa de toda la calle. Es preciso ser justo: el Jaque es un perro; pero no hay otro para hacer un aguardo, y arreglar un *Belen.*

Habria como cosa de un cuarto de hora que estábamos agazapados, cuando oimos un ruido de pisadas que, desde la entrada de la calle que correspondia á nuestra esquina, se iba aproximando; y cuando, á favor de la vislumbre escasa que hacia, vimos, ya cerca de nosotros, un hombre con capa, que se avanzaba desembozado y con alguna precaucion. Yo apreté la mano del Jaque, que me correspondió de la misma manera, y permanecimos ambos inmóviles y en el mas completo silencio. Poco despues, el hombre que subia la calle se desvió de la acera, rodeándola á bastante distancia, á la cuenta para evitar el ser sorprendido, y empezó á volver poco á poco á la derecha, aproximándose á la acera que se hallaba á su izquierda. En aquel instante el Jaque volvió á apretarme la mano, y los dos nos arrojamos á la izquierda, colocándonos detrás del

hombre de la capa, de modo á estorbarle enteramente que pudiese volver atrás: al mismo tiempo acudieron los dos compañeros de la esquina opuesta, y poniéndole los puñales á la garganta, le cogieron la accion, amenazándole de *baraustarlo* (1) de lo lindo si daba un grito ó un paso.

¿Es usted el médico del número***... de la calle de la Caba baja? le preguntó el Jaque en voz baja, llegándose á él.

—Sí, respondió este, con bastante serenidad.

—Bueno, repuso el primero, agarrándolo fuertemente por el brazo derecho: véngase usted sin miedo con nosotros, en la inteligencia de que no se le hará daño alguno si se porta bien; pero que morirá sin remedio, en el momento que se detenga, grite ó haga el mas pequeño ruido. Ea! que le venden los ojos; que le coja otro por el brazo izquierdo; los demás detrás; arriba los puñales, y vamos andando.

Dicho y hecho: fuimos bajando en buena formacion por la calle inmediata á la plaza de la Morería, en cuya primera esquina encontramos al Tosco, que estaba en ella *aplastado* para *refilar* (2): atravesamos prontamente la plazuela, y entra-

(1) De matarlo.
(2) Agachado para observar.

mos con el *godo* (1) en el *quel* (2) que está á la vuelta del otro estremo, y en cuyo umbral nos aguardaba sin luz el Marquido. Inmediatamente cerramos la puerta, y subimos todos al cuarto del Jaque.

—Sentarse, caballeros, dijo este al entrar. No, nada de cumplimientos, prosiguió, encarándose con el médico, al ver que este parecia querer permanecer en pie. Aquí gastamos, como usted ve, muy buenos modos. Siéntese usted: asi trataremos mejor del asunto.

Se sentó con resignacion el médico.

—Perfectamente, continuó el Jaque. Vamos á ver: usted tiene, en un cajon de la papelera de su despacho, 6,000 rs. en monedas de oro, que le estorban muchísimo, y que á nosotros nos vendrán perfectamente.

—Es verdad, contestó el hombre, con mucha tranquilidad de ánimo, y con un si es no es de chuscada; pero tienen ustedes noticias de ayer, y yo las tengo de hoy. Aquella suma ha estado en el cajon que dice usted, hasta esta mañana, que la

---

(1) Rico.
(2) Véanse las notas precedentes.

depositó en casa de un comerciante amigo mio, que vive en la calle de Postas, y se llama.....

—No se moleste usted con las señas, interrumpió el Jaque con aquella risita de demonio que le conoces: yo las tengo mejores, y sé que los dichos doblones le están mortificando á usted todavia. Vaya! no perdamos tiempo, prosiguió, echando al médico una de aquellas miradas que pinchan como un albacete. La broma se reduce á un juego de máscaras que voy á esplicarle. Usted, por de pronto, se queda aqui con nosotros, á beber, fumar ó contar cuentos, como quiera; mientras que uno de estos niños, el mas parecido á usted, se viste con su ropa, y se marcha á su casa á hacer una visita á madama, y á pedirle con toda cortesia sea servida entregarle los 6,000 del pico; los que una vez traidos aqui, le damos á usted suelta con toda finura, sin exigirle siquiera que calle la ocurrencia.

—Pero mi pobre muger se morirá del susto, dijo el médico, perdiendo visiblemente su serenidad, y como acosado por una de aquellas ideas endinas que punzan como si fuesen un manojo de espinas.

—Pues qué! tan medrosa es! Diga usted: me ocurre una cosa. ¿Es muy dormilona la señora?

El médico, sin responder, miró, entre dudoso y sobresaltado, al Jaque.

—Es que, continuó este, se podria quizás, si asi fuese, sonsacarle la llave del neceser en donde están encerradas las demás, sin que lo sintiese, ó á lo menos sin que lo estrañase, viendo entre sueños que quien le anda al rededor es una cosa muy parecida á su marido.

—Pero señores, dijo el *atrincado* (1), enardeciéndose y levantándose con decision, qué necesidad hay de todo esto? Mi casa no está distante. ¿Qué cosa mas sencilla, pronta y segura que llevarme dos ó tres de ustedes á ella, del mismo modo que me han traido aqui? Entraremos asi todos sin dificultad en mi habitacion; yo les entregaré aquel dinero, y se lo llevarán, benditos de Dios, sin riesgo alguno, y sin causarme otra estorsion que la de privarme de aquella cantidad, que me parece es ya bastante.

—Quia! no señor, repuso con tono burlon el Jaque. Mi idea es mejor; podrian volver á llamarlo á usted, y echábamos á perder el negocio, quedándonos nosotros sin el gato, y usted con alguna gatera en el bulto.

---

(1) Preso.

Entonces, volviéndose hácia nosotros, como para escoger al que, al menos en talla y corpulenlencia, ya que no en las facciones, se asemejase mas al médico.

Vaya, dijo al Pulío, sacándolo al medio del cuarto: así de noche y con la luz algo soslayada, te pareces muchísimo al señor. ¿No es verdad? prosiguió encarándose con este ¿no cree usted que le remedará perfectamente?

El médico dirigió una mirada recelosa al que se le presentaba, examinándolo con ojos de basilisco, y con un meneito corajudo de cabeza que parecia indicar el temor de ser demasiado bien sustituido. Conociendo entonces sin duda el Jaque el mal pensamiento que escarabajeaba las mientes del médico, se acercó á el, y le dijo con sorna:

—Hombre! no sea usted aprensivo. Este mozo, tan galan como usted le vé, es incapaz de una mala partida, y tan segura estará la señora con él, que con usted mismo.

(Aquí dió el médico un repullo de vara y media).

—Además, continuó el Jaque señalándome á mí, le acompañará esta buena pieza, que no gusta de gorros, y que es un verdadero perro de hortelano. No tenga usted cudiao: la cosa se hará en regla. En fin, yo respondo de todo.

—Dios mio! Dios mio! esclamó el médico, cogiéndose la cabeza con ambas manos, como si temiese algun desastre.

—Ea! á cambiar de vestidos al instante, prorumpió con imperio el Jaque, arrimándose al Pulío y diciéndole algunas palabras al oido.

En un momento se despojó este de su chaqueta, y se acercó al médico, al que desembarazó en un credo del gaban, del chaleco, de la corbata y del sombrero, cuyas prendas se fué poniendo, arreglándoselas lo mejor que pudo, y de manera á parecerse á un señor, mal comparado.

—Ahora, dijo al paciente el Pulío, poniéndose con desfachatez las manos en las faltriqueras del gaban, y remedando á los lechuginos: déme su merced los fósforos y las llaves de la puerta de la calle, que, segun parece, se han mudado de estas fundas.

El médico sacó refunfuñando los efectos que se le pedian, de los bolsillos de sus pantalones, que, por no creerse necesario, no habian entrado en el trueque de prendas, y los entregó, aunque de muy mala gana.

—Ahora, entérate bien, le dijo el Jaque al que se habia puesto de gaban; y pronto á la calle; que estamos perdiendo tiempo, y se vá haciendo tarde.

— ¿Cómo llama usted á la puerta de su habitacion? preguntó el Pulío al médico. ¿Hay alguna seña convenida con la criada? ¿qué palabras suele usted decirle antes de que abra la puerta, ó al entrar?

—Cudiao! camaráa, le dijo el Jaque al parroquiano, llamándole la atencion con voz que daba poca gana de reir: no se le olvide que de la exactitud de lo que diga en este momento, pende su vida; en la segura inteligencia de que truena irremisiblemente como un *triquitraque*, si la criada no abre.

Entonces el médico, preguntado de una en una las cosas que hacia al volver á su casa, esplicó muy detalladamente su modo de subir la escalera; el menudeo de sus pasos; los dos golpecitos que daba con el remate redondo de una de las llaves de la puerta de la calle, en la de la habitacion; la llegada de la criada, su manera de mirar por la regilla arrimando á ella la luz; y aquello de, *abre*, *Martina*, con que correspondia el patron á este reconocimiento. El Pulío repitió mas de una docena de veces aquellas palabras, procurando imitar la voz y modo de decir del médico, que por su parte las pronunciaba con toda formalidad, pareciéndose á un maestro de francés que enseña á un lechuguino á decir: *Oui, monsiur*.

—Bien! médico, esclamó el Jaque: me parece que se va usted portando como hombre de razon. Ahora es la ocasion: puede usted elegir: ¿quiere usted que este chaborro tenga que despertar del todo á la parienta descubriéndole clarito la tramoya, para que entregue por sí misma el dinero; ó bien prefiere usted decir, sin rebozo, en dónde, al meterse aquella en la cama, suele guardar las llaves; á fin de que, ya sea sacándosela con tiento, sin que se despierte el consorte, ó contestándole acorde é imitando el habla de usted, si está medio traspuesta, pueda verificarse el alijo sin susto ni jarana? A mí me parece que esto último sería lo mejor, y aun lo mas seguro para todos; pero en fin usted dirá.

El médico oia esta proposicion rascándose la frente á dos manos; mirando de hito en hito al Pulío, como para valuar sus brios; y murmurando entre dientes: buena seguridad nos dé Dios! Por último, reflexionando, á la cuenta, que de todos modos era muy fácil que quedase mal parado, se decidió á hacer del ladron fiel, y á atacarnos por la parte sentimental.

—Señores, dijo, echándola de generoso: no porque lleven ustedes esa especie de vida, infiero yo que son unos desalmados. Dénme ustedes palabra

de no quitarme mas que el dinero, y me avengo al parecer del gefe.

Se la damos, contestaron todos, menos el Pulío, que levantando la mano é imponiendo silencio, dijo con mucha seriedad.

—Poco á poco: el comprometido aqui en estos dáres y tomáres, soy yo; y antes de decir, como caballero, de esta agua no beberé, quiero saber á lo que me obligo. Diga usted, señor *canguelo* (1). ¿La señora es rubia ó morena?

Al oir esta pregunta estrafalaria, todos soltaron la carcajada; menos el médico, que atónito de tal sandez, se quedó mirando con ojos desencajados y con semblante entre colérico, asombrado y desconfiado, al que acababa de soltar esta impertinencia.

—Se admiran ustedes de cualquiera cosa, prosiguió el del gaban. Sin embargo el asunto es de lo mas sencillo que se pueda oir. Claro está: cada uno tiene su alma en su almario, y á cada cual le hacen ó no tilí ciertas cosas. Con las rubias, no respondo de mí: con las morenas, es otra cosa.

—¡Qué asco! las morenas, esclamó con soflama

(1) Miedo.

el socarron del Jaque, escarbándose los dientes con un *churí* de dos palmos: ¡ si todas ellas huelen á chotuno!

—Pues señor, mi muger es muy morena, esclamó el médico con estupenda necedad, sin saber ya casi lo que se decia, y entontecido de tener que desempeñar un papel sério, en el mismo momento en que, sin duda ninguna, conocia que todos le embromaban.

—Siendo así, dijo el Pulío, contoneándose y dándose muy buena traza en el manejo del gaban, déme usted esos cinco y no tenga recelo ninguno. Aquí, prosiguió plantificándose una fuerte palmada en el pecho; aquí, en tratándose de gente morena, tiene usted un hombre de bronce.

Al oir estas últimas palabras, dió el médico un corcovo, como si le hubiesen metido alfileres por las pantorrillas.

—De mármol, he querido decir, continuó riéndose el compañero. ¡Cudiao que de todo se asusta usted! Vamos al asunto: dando por supuesto que el ama esté así medio dormitando cuando yo entre en su alcoba, dígame usted como me he de portar para obrar acorde.

—Cómo acorde! esclamó atemorizado de nuevo el pobre marido; tan avispado se hallaba que en

aquel momento le parecia que todas las palabras acababan en punta.

—Pues ya se vé ! replicó el otro. Es preciso que yo sepa lo que le he de decir, y con qué tonillo la he de arrullar, si, medio soñando ó medio despierta, y pensando que soy como usted, me sale con algunas de las cosas que suele.

Ya fuese que el hombre temiera sinceramente para su muger los efectos de un susto, ó que, todo bien mirado, prefiriese que, en caso de mala ventura, quedase á lo menos oscurecida esta, en cuanto al punto mas quisquilloso y á las consecuencias mas delicadas y escabrosas, entre los dudosos recuerdos del sueño, teniendo por máxima que una desgracia de la especie de que tratamos, apenas lo es mientras la ignore uno de los interesados, que es á lo que mas me inclino, pues he reparado que esos diablos de médicos tienen unas ideas muy revesadas, y un raro modo de considerar las cosas... Pero ¿comprendes lo que te voy diciendo?

—Ni una jota: al principio tal cual; pero lo que es ahora, te entiendo lo mismo que si hablaras en latin. Se me antoja que tocas las folías, con acompañamiento de castañuelas.

—Hombre! ¿no te acuerdas de que ayer, no mas tarde, me decias, hablando de las andanzas de

la Pelilasa, que en cierta clase de asuntos, el mal no estaba sino en la intencion, y que cuando esta era buena, las cosas malas se volvian escelentes? Pues bien: aplica al caso la sentencia.

—Ya! ya caigo, dijo con un suspiro lleno de despecho el ratero: es decir que el médico pensaba quizás que tomada la cosa de cierta manera, podia ser insignificante el chuvasco, y aun recaer en pró, mirando el asunto por el buen lado; y que por otra parte le sucedia al buen señor lo que á aquel marido maricon, que no sentia perder su dinero al juego, siempre que no lo supiera su muger.

—Cabalito. Pues señor, ya fuese, como iba yo diciendo, que el médico lo tomase por arriba ó por abajo, pareció avenirse á lo que se le proponia; y asi, aunque con la resignacion forzada de un condenado á muerte, contestó al camaráa de esta manera:

—Ante todo, y valga por lo que valga, déme usted su palabra de... de lo que quiera, añadió despues de dudar un momento, y prométame no despertar *de ningun modo* á la pobre muger. Está enferma de bastante gravedad, y cualquier sorpresa ó ventilacion puede cortarle la traspiracion, y costarle la vida.

—Toque usted, replicó con ademan de come-

diante el Pulío alargando el brazo: palabra y mano. Y ahora dígame usted pronto lo que venga al caso para que no la echemos á perder. Vaya usted desembuchando, que ya escucho.

Al verse apremiado segunda vez en estos términos, dió el atribulado médico un profundísimo suspiro, y con palabras derrengadas, como el reo que se reconcilia antes de ser ajusticiado, fué dando á su sustituto, aunque con parsimonia, algunas nociones, que bien que sencillas, nos dieron mucho que reir, por los detalles y ademanes con que las acompañaba, y por la identidad y exactitud con que le remedaba el maldito del Pulío.

Viendo el Jaque que estábamos corrientes y listos, impuso silencio y nos despachó, diciéndonos solo: al avío y no tardar: ya sabeis lo que teneis que hacer.

Al instante salimos del *garlito*, y nos fuimos escurriendo hácia la calle de la Cava Baja, sin chistar y *avizorando* (1) á todos lados; el del gaban delante, y yo siguiéndolo á poca distancia y muy pegado á la pared. Llegamos así sin novedad hasta la casa del médico: mi camarada abrió la puerta sin

---

(1) Mirando con recato.

titubear: la cerró, despues que hubimos entrado: encendió un fósforo, y en seguida la vela, que halló en la palmatoria, exactamente en el sitio designado. Subimos entonces la escalera, aquel siempre delante, sin meter ni mucho ni poco ruido; y yo detrás, descalzo para que no se oyesen mis pisadas, y con los zapatos en las manos. El Pulío, con el cuello del gaban muy levantado, el sombrero echado á los ojos, y la luz puesta al frente de la rejilla, para encandilar mejor á quien viniese á abrir la puerta, llamó con los dos golpecitos indicados por el médico; y yo me retiré en aquel momento, colocándome al lado de la entrada y de modo á no ser visto desde adentro. No tardó la criada en acudir á la señal: la cosa pasó como se nos habia esplicado, y el compañero contestó imitando tan perfectamente la voz del amo, que la muchacha abrió al instante sin asomo de recelo. En el momento de entrar y al tiempo que esta se volvia para cerrar la puerta, el Pulío puso prontamente en el suelo la palmatoria que llevaba, y cogiendo con destreza la cabeza de la criada con ambas manos, logró taparle la boca con el pañuelo que llevaba dispuesto, sin que diese ni el mas pequeño grito.

—Calla y no forcejes, sino quieres morir al instante, le dijo el compañero en voz baja al oido,

acercándole el puñal á los ojos. La muger quedó inmovil mirando espantada y sin pestañear la hoja que brillaba tan inmediato á su vista, y yo entré en la habitacion, cerrando en seguida la puerta.

Llevamos á la cocina á la pobre criada, que temblaba como un azogado, y allí la pudimos tranquilizar algun tanto, diciéndole que no corría ningun riesgo ni tampoco su ama, siempre que no tratasen de alborotar. La atamos en seguida fuertemente de pies y manos, y la metimos en el cuarto mas interior de la habitacion, despues de prevenirla de que moriria cosida á puñaladas, en el momento que se moviera ó metiese el mas leve ruido. La dejamos sola, y nos dirigimos al cuarto en donde se hallaba el ama, sin entrar yo en él, sino en la parte de afuera, pero pegado á la puerta del mismo, de modo á poder ver cuanto en él pasase; á fin de ayudar al camarada, en caso necesario, y de atender al mismo tiempo á lo que pudiese ocurrir por fuera.

El Pulío se coló, como si tal cosa, en el cuarto: se quitó el sombrero; lo puso sobre una cómoda que inmediato á la puerta se encontraba; y se entró en la alcoba, con la misma naturalidad que si toda su vida hubiese sido hombre de alcoba, cómoda, muger y gaban; sin por esto dejar de prestar un

oido atento á la respiracion de la consorte del médico, á fin de arreglar por ella sus movimientos, y en caso necesario el correspondiente desempeño del papel que habia tomado á su cargo. Cerciorado, despues de un rato de observacion, de que aquella se hallaba profundamente dormida, fué introduciendo con mucho tiento su mano derecha por debajo de las almohadas, y al cabo de un momento de brujuleo, sacó una llavecita, sin otro contratiempo que un ligero movimiento de la muger, que en breve recobró su tranquilidad y pareció entregada de nuevo á su pesado sueño. Entonces el compañero se salió de la alcoba, de puntillas, y divisando sobre la cómoda en que habia dejado el sombrero, el *neceser* en cuestion, se acercó á él para abrirlo; pero habiendo, al verificarlo, hecho algun ruido la caida del pestillo, se despertó á medias el ama de casa, y entresoñando dijo con languidez, suspensas las palabras, y con la voz mas musical y zalamera que he oido en toda mi vida: *Pepe...ven... cógeme... tengo frio.*

El Pulío se estremeció, no sé de qué; pero acordándose al instante de su papel: — Voy al instante, Manuela mia, contestó con tono afectuoso, imitando á las mil maravillas el que habiamos oido al médico.

Todo volvió á quedar en silencio : la respiracion de la soñolienta recobró á los pocos momentos su movimiento pausado é igual, y el fingido doctor se acercó pasito hácia mí, y dándome el manojo de llaves que acababa de sacar del *neceser*, y diciéndome : ya te ha indicado la criada en dónde está la papelera : coge las *moas* (1) con tiento, y vente.

En un momento tuve en mi poder los seis mil reales, y volví con ellos al aposento en que se habia quedado el camaráa escuchando cómo dormia la salerosa morena.

—¡Qué pronto has despachado! me dijo con un tonillo muy amartelado el mocito, viniéndose hácia mí.

—Pues está bueno el reparo! contesté yo : cuanto mas pronto mejor.

—Es que es tan mona la patrona!.... no acierto á dejarla.

—Esas tenemos! pues no está mala la chanada!.... ¿Y la palabra que diste al marido?

—Qué palabra ni qué calabaza! si es un ángel aquella muger! Mira! no he podido contenerme: le he dado un beso, un beso sobre la boca; pero qué

---

(1) Monedas.

boca! creí morirme al tocarla con mis labios. Pues bien: ese beso me ha trastornado: el aliento que en él he tragado me ha emborrachado: no sé lo que me pasa: déjame por Dios! déjame un momento con ella...... Atiende: tú eres buen mozo: quizás no le disgustaría un rato de conversacion á la muchacha que tenemos atada allá dentro: anda, suéltala y cuéntale algun cuento: ella te lo agradecerá, y yo tambien.

—Estás en lo que celebras? pues si es mas fea que Lucifer!

—Anda, hazlo por mí.

—Ni por el diablo.

—Pues déjame solo por un momento con aquella preciosa criatura.

—Sí! pues bonito soy yo para dejarme poner el gorro por nadie! Vaya! andemos, que aquí estamos muy demás, y no es esto lo tratado.

—Cierto que no; pero ya que eres un perro, no quiero que nos vayamos..... no puedo, añadió despues con una especie de bramido sordo, y con ojos encendidos de rabia y de qué sé yo qué.

—Pues yo sí que puedo, le contesté: ahora mismo me salgo, me llevo las llaves, y tú te manejarás con el ama y la criada, amen del médico, que

voy á soltarte y que se te agarrará como un alano que huele la sangre del matadero.

—¡Que seas tan mal compañero! repuso el diablo del hombre, en tono de súplica, é inquieto como si tuviera el baile de San Victor. Si la vieras, qué hermosa está!

Sin saber cómo, esta conversacion me habia acalorado. El sonido particular que tenia entonces la voz del camaráa; el recuerdo del palmito de la niña, que me acordaba haber visto en mis pesquisas y averiguaciones anteriores; la proximidad de la alcoba, de que nos separaba solo el estrecho gabinete y la puerta entreabierta que daba á la sala en que nos encontrábamos, y desde la que, en los momentos de silencio, oiamos la respiracion tranquila é igual de aquella muger; el aire suave y caliente de la habitacion; qué sé yo! la noche, el mismo peligro que corriamos; en fin el ardor frenético del Pulío, que sin duda ninguna debió de tener en aquel momento el diablo en el cuerpo; todo esto, digo, me movió de tal manera, que me ocurrió un mal pensamiento.

—Hombre! le dije: hablando se entiende la gente. A mí tambien me gusta la prenda.

Al oir esto, me miró el desatentado mozo, de un modo estraño, como quien desea y teme com-

prender. Entonces prendiendo tambien como una yesca mi cuerpecito, con el fuego que aquel maldito le habia comunicado, hize á este una proposicion algo desgalichada, que ahora me alegro no haya admitido. Calló luego que la hubo oido: se puso muy encendido: escuchó por un momento la respiracion siempre serena que de la alcoba llegaba á nosotros, en los intérvalos de nuestra plática; y cogiéndome por último con fuerza la mano: —No, dijo con resolucion, mejor es que nos vayamos.

Salimos de la sala: nos llegamos á donde estaba la criada: la desatamos, la enteramos de que su ama no se habia despertado, y de que el médico, que ibamos á soltar al instante, queria que, en el caso de haber sucedido las cosas como en efecto habian ocurrido, se procurase absolutamente que su muger lo ignorase todo. Hecho esto, obligamos á la muchacha á que bajase con nosotros hasta la puerta de la calle, de la que nos volvimos á llevar las llaves, dejando allí á la moza, no sin la correspondiente intimacion de que acudiriamos al instante con las calladeras, si intentaba alborotar.

—Pues señor, no ha escapado de mala el bueno del médico! esclamó el hurtador de pañuelos; el que llevado insensiblemente por el interés de la narracion, se habia incorporado en la cama, recogi-

das las piernas en cuclillas, apoyados los codos sobre las rodillas, y la barba sobre ambas manos, cuyas uñas se roia distraidamente con los dientes, á manera de autor que rumia un enredo ó anda á caza de un concepto.

—Seguramente que no le arriendo la ganancia si la cosa se arregla de otra manera. Pero hay hombres que nacen de pies, y aquel es uno de ellos.

—Vamos, y qué hicísteis en seguida?

—Traspusimos prontamente la calle de la Cava y la de los Mancebos, y llegamos á donde estaban aguardando los demás compañeros.

—¿Se ha concluido el negocio? preguntó el Jaque luego que nos vió.

—Aquí está la contestacion, le respondí yo poniendo los seis mil reales sobre una mesita, que se habia traido al medio del cuarto, para colocar en ella un vaso y un jarro de vino, con el cual entretenia el tiempo la gente, hasta nuestra vuelta.

El médico hizo un gesto de endemoniado, al ver correr sus monedas sobre la mesa ; pero haciéndose sin duda cargo de que este era asunto que ya no tenia remedio, se encaró con mi compañero , preguntándole con zozobra si se habia despertado su muger.

—Si acaso, será muy poco , le respondió con tono medio sentido, medio burlon, el Pulío.

Esta contestacion poco formal no tranquilizó al médico, y mucho menos la mirada encendida y la espresion de zambra que todavia conservaba el semblante de quien la daba, y que examinaba y escudriñaba aquel con mirada encapotada y recelosa, como si observase la lengua de un enfermo, ó como cazador que busca en el monte la pista de un zorro. Creo que de buena gana le hubiera tomado el pulso al mozalvete del gaban ; pero hubo de contentarse con lo que pudo ó supo rastrear en la cara, mas mohina que satisfecha, de mi compañero de espedicion, que, por mas que le instó el médico, se empeñó en dejarlo á oscuras, dándole solo respuestas descoyuntadas y estrambóticas. Viendo pues, que por este medio le seria imposible saber de positivo hasta qué punto habia sido *remedado*, se dirigió á mí, haciéndome, ya fuera de sí, preguntas á cuales mas destornilladas y estravagantes, á las que fuí contestando de manera á dar cuerda á su sobresalto, hasta que cansado al fin de este entremés, le dije con desentono. ¿Y á mí á qué me pregunta usted, si yo durante todo el tiempo he estado allá dentro con la criada?

—Dios nos asista ! Ay ! qué noche ! qué noche ! esclamó el médico con desesperacion. Vaya ! señores, prosiguió con muestras de muy mal humor;

no lo perdamos todo: venga mi gaban y mi sombrero, si es que no les hacen ya al caso, y déjenme que me vuelva á casa.

—Es muy justo, dijo el Jaque: comida hecha, compañia desecha. Devuelva usted al parroquiano sus prendas: véndenle los ojos, y déjenlo en donde ya saben.

Asi se hizo: salió el médico, conducido por dos de los nuestros; despues de lo que el Jaque hizo la distribucion del dinero, y nos despidió.

—Sabes? dijo el hombre acurrucado en la cama, y mas interesado al parecer por la suerte del médico que por el resultado material de la espedicion: ¿sabes que habrá sido cosa muy curiosa la llegada del médico á su habitacion, y sobre todo sus coloquios con la muger y con la criada?

—El médico es ladino: de creer es que despues de serenarse durante el tránsito hasta su casa, haria su composicion de lugar, y que andaria con mucho pulso en las preguntas que hiciese á una y otra; prefiriendo sin duda el ignorar algo, mas bien que esponerse á hacer concebir sospechas que, en caso adverso, pudieran medrar hasta causar menoscabo en su bienestar, como marido.

—Vamos ahora á la reparticion de los seis mil reales. Yo no me quejo: en vuestro *tan-*

*go* (1) no soy mas que un *aguilucho* (2), y mal me estaria pediros cuenta; pero, somos amigos: tengo curiosidad de saber lo que te ha tocado de tanto dinero.

—Diez duros.

—No más?

—No, y en eso no tengo nada que echar en cara al Jaque, que es la equidad misma, en tratándose de darle á cada uno lo que le corresponda.

—Pues ¿adónde ha ido tanta moneda?

—Primeramente, aunque no nos hemos reunido arriba de doce para este *belén* (3), de los que cuatro estubieron de *linces* (4) en las avenidas cercanas al sitio en que aseguramos al médico, y al garlito en que le tuvimos *apiolado* (5), y otros tantos en los estremos de la calle de la Caba Baja y de las inmediatas, sin embargo, ya sabes que entre *Altaneros* (6) *Ventosos* (7) *Golleros* (8) *Buzos* (9) y *Bai-*

(1) Reunion ó sociedad.
(2) Véanse las notas anteriores.
(3) Idem.
(4) Idem.
(5) Idem.
(6) Ladron que hurta por lugar alto.
(7) Ladrones que hurtan por las ventanas.
(8) Ladron muy diestro y que vé mucho.
(9) El que roba en aprieto de gentes.

*ladores* (1) netos, somos hasta veinte y dos en la pandilla; y eso sin contar los *cofrades* (2) y los espias á quienes es preciso darles tambien su parte, aunque no trabajen todos de una vez en el *belen*.

—Ya, pero los que no trabajan en él, solo cobran la mitad.

—Es verdad; pero ¿y el fondo para los *trincados* (3) en la *trápala* (4), y para la contenta de los que han de hacer la vista gorda en los *asuntos*? Mira! créeme: en eso solo se vá la mitad del valor de la *mercadería* (5).

—Pues señor! yo me quedo en mis trece, replicó el galan de la Pelilasa, restregando un fósforo contra la áspera piel de su talon izquierdo, que desnudo presentaba el aspecto de una cuña de madera sin pulimentar, y encendiendo una punta de cigarro que inmediato á la cama encontró en el suelo. No me gustan esas embrollas, ni que, despues de sudar uno el quilo y esponerse á que le aprieten el garguero, por toparse alguna cosa, vengan otros á llamarse á la parte, y á tomarse con sus manos la-

---

(1) Ladrones.
(2) Véanse las notas anteriores.
(3) Presos.
(4) Cárcel.
(5) Lo hurtado.

vadas lo que no pudieron ó no supieron agenciarse. Por esto no quiero entrar en vuestro *rancho* ni en otro alguno. Viva la independencia! El buey suelto bien se lame. A mí me gusta bandearme solito, sin que naide se me venga á atravesar por delante: *fondear* con *los dátiles* (1), de cuando en cuando por mi cuenta, una faltriquera, ú *ostabar* (2) en un *gollero* (3), sin necesidad de *aliviador* (4) ni de cosa que lo valga.

—Asi serás toda tu vida *raton* (5), y nunca llegarás á medrar.

—Sabes por qué he escogido este oficio? Pues mira, no ha sido mas que por dos cosas: la primera, por no sugetarme á naide ni á nada en este mundo; la segunda, por no trabajar; y esto último no creas que sea por flojedad ó pereza: nada de eso: con ánimo y disposicion me siento yo para afanarme ó atarearme como el que mas; pero no en un oficio ni en ejercicio alguno en que haya que hacer y repetir siempre, mil y mil veces y de igual modo

(1) Con las manos.
(2) Robar.
(3) Aprieto de gentes.
(4) Ratero que auxilia al ladron, recibiendo inmediatamente la prenda hurtada, á fin de que no aparezca en poder de este, en caso de ser cogido en el acto del robo.
(5) Ladron de faltriquera.

una misma cosa: Para eso no soy yo: primero me tiraria á un pozo ó mataria al demonio que se me pusiese delante, que no volverme una de esas máquinas de carne que se menean siempre en un sentido, y no son mas que un muelle ó una rueda suelta que se engancha desde por la mañana á un telar, á un yunque, ó á una mesa. Quita allá! el hombre está hecho para andar y moverse á todos lados, segun mejor se le antoje; y no para dar vueltas á una noria, como una caballeria. El ser oficial de ladron, y el estar sugeto á un amo y obligado á hacer todos los dias ciertas cosas, dispuestas y mandadas por otro, sería tan fastidioso y tan malo para mí como ser oficial de sastre ó pasante de abogado. Y digo mas, y es que para vivir aperreado del mismo modo, y seguir amarrado de contínuo á la voluntad de otro, mas vale ser del todo hombre de bien; que así siquiera está uno libre de andarse á salto de mata.

—Y eso de restregarse los ojos, al despertar, con cuatro duros ¿te parece tambien fastidioso?

—No, sino muy bueno y muy divertido; y así puedes contar conmigo cuanto quieras para hacer, siempre que ocurra, de *aguilucho* ó de *espía*; sin que por esto dependa yo, ni por asomo, del Jaque ni de otro alguno. No me disgusta, ocuparme al-

guna vez en esto, siempre que sea solo, cuándo y cómo á mí me dé la gana; pero en cuanto á entrar en *cherinola* (1), obedecer á la voz, y *murciar* (2) á compás, como soldado que hace el egercicio, necuacuam: para eso me hubiera metido á picapedrero ó á serpenton de catedral.

Por única contestacion el *Piloto* (3) se encogió de hombros y se puso á cantar unas coplas tan subidas de punto en eso de colorado, que aun en el lenguage germanesco en que fueron pronunciadas, nos avengonzariamos de reproducirlas.

—Mira! le gritó interrumpiéndole el *Aguilucho*: hoy te toca cargar con la alacena de los fósforos: no te me vayas haciendo el sueco.

—No puedo: hoy tengo mucho que hacer.

—Pues yo tampoco; que hoy tengo muchísimo que divertirme.

—Y qué! déjalo: yo la llevaré mañana ó pasado. Teniendo cuidado de restregársela por los hocicos al celador de policia ó del barrio, basta con sacarla á la vergüenza una vez á la semana.

Válgame Dios! dije yo para mi capote, sacando

---

(1) Véanse las notas anteriores.
(2) Robar.
(3) Véanse las notas anteriores.

pies de aquella zahurda: siempre, en todas partes, á todas horas, hipocresias, embustes y engañifas. ¿Tambien en una profesion tan libre, tan franca, tan caballerosa, tan natural y generalizada como es el robar, hay sus artificios y farándulas? El cajon de fósforos encubria una cueva de ladrones: un símbolo de laboriosidad servia de mampara al crimen: todo lo que se dice es mentira: todo lo que se manifiesta es ficcion: la virtud es un simulacro: la moral una entruchada, y la vida social un magnífico paño mortuorio, debajo del cual hiede un pestilente y horrible cadáver.

## Las vestales, ó los tres temperamentos.

En la calle ancha de Peligros, hácia el centro de ella, y situada á mano izquierda, yendo á salir desde las cuatro calles á la de Alcalá, se encuentra una casa estrecha, de fábrica antigua y desaliñada, de aspecto innoble, y de entrada cavernosa, delante de la cual no hay hortera, aprendiz algo granado, pasante de abogado, curial, ó jóven recien llegado á Madrid, ligero de bolsillo y preñado de esperanzas, que no acorte algo el paso, ó deje de lanzar oblicuamente una ojeada escudriñadora, una mirada enardecida, y quizás un hondo suspiro de lamentable remembranza, ó un rugido sordo de bestial y depravado deseo, en la boca de aquella cueva tenebrosa. De noche, sobre todo, hasta las diez ó las once de ella, es pecaminoso y fatal ese portal tentador, que, dotado de la atraccion maléfica que se atribuye á ciertas especies de serpientes,

se ostenta descarado sobre la vía pública, cual isla de Circe, cual remolino de agua ó Malestraun (1) maldito, destinado á sumirse cuanto entre en el círculo de su accion ó movimiento.

Allí arrimada á un lado interior de aquel reducidísimo zaguan, que cuando mas, solo tendrá algunos pies de area, y casi confundida en la semiluz de una penumbra dudosa, se vé comunmente, no discurrir, pues no hay espacio para ello, sino oscilar vagamente una sombra, cuyas formas nebulosas se delinean apenas lo suficiente para que las gestiones instintivas del temperamento, ya que no la emocion del corazon, puedan atribuirlas al sexo femenino. Ese simulacro ondulante y sospechoso, que, por la ambigüedad que le presta la escasa claridad del ámbito en que se mueve, asi puede servir de pávulo á las exaltadas visiones de los aficionados, como de aviso amenazador y de amonestacion astringente á los timoratos que tienen bastante domesticado al demonio para poderse acordar de santa Bárbara antes de que truene; esa apariencia

(1) Remolino inmenso y terrible del mar de Noruega, que atrae á mucha distancia, y se traga las barcas y buques que han tenido la inprudencia ó la desgracia de dejarse arrastrar en la esfera de atraccion de aquel abismo.

problemática, reclamo tangible de pecadores, y fanal fatídico de escarmentados, se halla casi constantemente colocada al pie de una escalera estrafalaria, de estilo enteramente desconocido en arquitectura, y que, por su angostura y por lo impracticable de sus atribulados escalones, podria compararse á la del cielo, aun prescindiendo de la paridad de conducir, como ella, á la mansion de la gloria ó de las glorias; con la consabida diferencia de ser espirituales y eternas las unas, y materiales y bastante cortitas las otras: todo sea por Dios!

Suspendida pues la susodicha sombra, cual anzuelo diabólico, cual cebo dispuesto por el espíritu maligno para pescar á rio revuelto en medio de la barahunda de vivientes masculinos, de aquellos que ya poseen, ó de los que todavia tienen la buena suerte de conservar vivita su alma en su almario, se agita lenta y distraidamente la sayuda fantasma, asemejándose, bien sea á una muger apalabrada que aguarda á su galan; á una doncella poco prevenida que en el tenebroso portal acaba de despachar alguna diligencia brusca y exigente, que olvidó poner á raya antes de salir; á una inocente, incapaz de aprovecharse de la ocasion de una galga desatada para enseñar candorosamente los últimos declives de la mas linda pierna; á una desgalichada,

que se dá trazas de bajar; ó en fin, á una retrechera que aparenta principiar á subir la malhadada escalera de que llevamos hecha mencion. No perdamos tan buena ocasion de notar que esta última treta es en sumo grado estratégica, y la mas propia de las marrullerias tradicionales del arte legado por Eva á su traviesa descendencia femenina; de aquel arte eminentemente liberal, ejercido de luengos años acá por las que tienen la fortuna de descender por línea recta de aquellas divinas hembras que no temieron presentarse en cueros vivos á disputar, ante el mas noble y hermoso pastor de la Grecia, el premio significativo de la manzana; cuyo símbolo lo es, alarmante y descarado, de nuestro primer pecado y de nuestros mas deliciosos placeres.

Pero volvamos, no á la gachona que baja, sino á la que sube. A esta última la hemos llamado retrechera, y mejor hubiera sido darle los nombres de buscarruidos, serpiente tentadora, y gancho de Satanás. En efecto, la accion amagada de encaramarse á tales horas y en la semi–oscuridad misteriosa de aquel portal, rebosante de lubridad, por una brecha empinada, en la que por necesidad los pliegues de la falda de la ninfa que sube han de servir de tapa-boca al sátiro que la sigue; esa ac-

cion arrebatadora que atrae naturalmente tras sí, como todo cuerpo que huye; que estimula la curiosidad; que aviva al deseo, porque ofrece inmediata y hace presentir con toda intensidad una peripecia deliciosa, un resultado positivo, un desenlace próximo, indudable y seguro; esa accion que, sin poder esplicar el cómo, ejerce hasta cierto punto sobre todo el que la sufre uno de los efectos materiales y mecánicos del iman, es, ha sido, y será siempre la maniobra mas hábil de cuantas instintivamente pone en juego la muger para atraer al hombre y fijar de una vez sus irresoluciones; para, hablando lisa y llanamente como en esta alegre materia lo hacian nuestros muy verdes y muy picarescos abuelos, hacerle hocicar, arrocinarse y perder del todo la chaveta. En cuanto á nosotros, podemos asegurar que nos consta con toda certeza la existencia de ciertas criaturas bonachonas, sosegadas y pacatas hasta la necedad, que al paso que no se atreven con las mugeres que les hacen frente, se vuelven valientes con las que parecen huirlos, y pierden completamente los estribos, y se trasforman en unos Sardanápalos y unos Holofernes, en las persecuciones á oscuras, y en los tropiezos que se traban en los zaguanes y escaleras. Tuve el honor de conocer muy particularmente á un grave

magistrado, que impasible como mojon de término, á las seducciones y arrumacos de todas las Aspasias del mundo, se encandilaba al columbrar el movimiento de una falda en un portal, y se metia de patitas por cualquier charco que se le atravesase, ciego como una codorniz reclamada, si, en su tránsito mesurado y meditabundo por las calles, le ofrecia alguna casualidad la ocasion de divisar á unas piernecitas menudeando por los escalones arriba de cualquiera casa. Entonces no habia remedio; por ella se metia nuestro hombre; y fuese donde fuese, seguia con furor su caza hasta el último alero del tejado, si la pieza era de las que, como las cigüeñas, anidan en lo mas elevado; ó hasta que la pobre perseguida, agarrada del elegante boton de la sonora y aristocrática campanilla de un primer ó segundo piso, le despidiese con una burlona y sarcástica cortesía.

Aquella casa, aquel portal, aquella escalera, estrevista mil veces al paso, y como cosa, sino apetecible, nunca indiferente, sin darme nunca que sentir, me habia dado muchas veces que pensar, y algunas que desear. Pero el deseo escitado en mí por la observacion fugaz de aquel lugar sospechoso no tenia nada de lúbrico; y aunque tal vez no completamente puro y casto, le constituia sobre todo una cu-

riosidad filosófica, que tenia por obgeto indagar, mas bien que la vida física, la existencia moral de unos seres destinados por la naturaleza á ser los ángeles consoladores del hombre ; y condenados, por los vicios de nuestra vergonzosa organizacion social, á ser un amargo sarcasmo del amor y un lastimoso trofeo de desmoralizacion; pobres víctimas, destinadas á revolcarse en el fango de la depravacion metodizada que ha obtenido la sancion de las naciones llamadas, á despecho de la razon y de la humanidad, pueblos civilizados.

Puesto ya en situacion de poder satisfacer á mis anchas la curiosidad que me aguijoneaba, subí, ligero y conservando admirablemente mi equilibrio, la fementida escalera de la que hasta entonces, timorato y morigeado, solo habia entrevisto la entrada; y aunque con el quebranto de algunos tropiezos, me introduje, á lo mas alto de ella, en una habitacion aguardillada, compuesta únicamente de dos piececitas y una cocina.

Seria como cosa de las ocho de la mañana; hora en que la mayor parte de las madres de familia y de las amas de las casas en donde reinan la laboriosidad y el órden, están ya fuera de la cama; y en que la actividad de una vida metódica y arreglada sustituye al silencio del descanso, dominando

la fuerza de inercia de la modorra matutinal, y triunfando de los esperezos y del embargo de los sentidos. Pero allí no habia ni tal vez podia ya nunca haber ni madre de familia, ni ama de casa, como no fuese de huéspedes, desempeño para el cual, en poniéndose faldas, puede bastar el mismo Lucifer. Allí no habia ni orden, ni arreglo, ni actividad, como no fuese en malgastar la vida y en abusar de la existencia.

Colocado en medio de la mayor de las dos estancias, empezé á hacerme cargo de las cosas que me rodeaban. El ambiente era espeso: habia en él como el producto de respiraciones cansadas por los esfuerzos de la organizacion: los tufos de una orgia descarada é innoble se traslucian en el aire, y afectaban, con miasmas ligeramente aciduladas, el órgano del olfato.

El suelo, cubierto de manchas mas ó menos frescas, presentaba aquella costra mugrienta, húmeda y polvorosa, que denota la ausencia de la escoba y el descuido é incuria de la dejadez. Sobre ese pavimento sucio y nauseabundo, yacian al acaso cuatro sillas dispersas, en el estado poco concertado en que las habia probablemente dejado la accion sobrada violenta y desmandada de los últimos que las habian ocupado: dos de ellas solo

se mantenian en pie. Una mesa estrecha de pino, malamente embadurnada de pintura al óleo de color oscuro, se hallaba estraviada en medio del cuarto, en posicion tan poco clásica, que todas sus líneas, en vez de establecerse de una manera paralela á las de la estancia, iban á parar oblícuamente á estas; indicio casi indudable de que habia sido conducida allí en el arranque de un pensamiento arrebatado, báquico quizás, ó escéntrico cuando menos, y llevado á cabo por gente de vivir no muy arreglado, y amiga de grescas y borrascas. No se crea aventurada semejante congetura. Todo aquel que se dedique á observar al prógimo en sus andanzas y tropiezos, notará luego que ninguna persona metódica, y por consiguiente de buena conducta, segun el sentido vulgar que se dá á este concepto, incurre nunca en la irregularidad de colocar una mesa de modo que sus lados queden diagonales á los de las paredes. Ni todos los conflictos, ni todas las tentaciones, ni todos los repentes, priesas y regaños del mundo podrán obligarla jamás á descuidar el paralelismo, cuando menos aproximado de unas y otras líneas. Una mesa colocada de otra manera, cualquiera que sea la exigencia y el apuro de las circunstancias, le parecerá siempre una monstruosidad, una demasía, un desórden, un principio

de ruina y disolucion para la casa en que acaezca este desman. Segun esta clase de gente, solo un perdido, un desalmado, ó un mala cabeza, es capaz de cometerlo. Nosotros, algo menos rígidos en la materia, opinamos únicamente que una mesa dispuesta del modo que tanto disiente con las nociones admitidas por las personas de costumbres compasadas ó morigeradas, que en la acepcion comun viene á ser una misma cosa, y sobre todo por las buenas amas de casa, es un indicio de vehemencia y arrebato, en general; y puede serlo muy bien de trueno y barahunda, en particular.

Solo dos mugeres ocupaban la cama que se divisaba en uno de los rincones del cuarto; pero aquella cama, aunque no muy sucia, estaba descompuesta y desaliñada: las sábanas, las almohadas y las mantas la cubrian desordenada y desigualmente: mucho, segun podia inferirse, debia de haber pasado en ella despues de la última mano diariamente dada, por los cuidados mugeriles, á su arreglo y compostura. Mas bien que lecho de mugeres, parecia aquel trabajado camastro un campamento de foragidos.

Aquí nos permitiremos hacer una observacion, y es que todos los hombres, aun los mas delicados, nímios y maricas, son unos cafres en la cama. ¡Qué

desaliño! qué descoyunto! qué desarreglo y desórden! Al salir un hombre de la cama, aunque haya dormido en ella como un santito, parece esta un campo de batalla. Qué desbarate! Una de las almohadas queda atravesada; la otra en el suelo ó poco menos: los colchones desvergonzados enseñan por donde quiera sus dibujos escoceses característicos: la colcha, arrollada trasversalmente, se asemeja á una ola embrabecida: la sobre-cama, derrengada y desamparando casi del todo la cama, solo conserva en ella algunos pinitos, á manera de tiendas de campaña: las sábanas apenas se vén: hacinadas en mil dobleces caprichosos, desaparecen por momentos, la una hácia los pies, la otra reunida hácia la cabecera, á guisa de inmensa corbata. La cama, tan alisada, tan estirada y primorosamente apareada, tan aplanada y acariciada por la femenina mano que se esmeró en prepararla, cual si vistiera á una imágen, ha quedado trastornada y revuelta como un capricho de Goya. No es ya una cama, es un caos, una Babilonia. Al contrario sucede con la muger: aunque sea la de peor dormir; aunque sea de edad ó de calidad á propósito para tener el sueño desasosegado de la adolescencia, nada, despues de una larguísima noche, se ha descompuesto ni salido de su lugar: las sábanas,

las ropas caen por partes iguales á todos lados: los mismos dobleces subsisten: solo una ligera depresion en las almohadas, solo un hoyo mas ancho en la cama indican que alguien se ha acostado en ella. Prescindiendo de otros indicios que ahora no vienen al caso, se puede, con la mas somera observacion, distinguir al instante la cama en donde ha dormido un hombre, de la en que ha descansado una muger. La en que reposó esta, apenas se halla ajada: la en que se tendió aquel, está deshecha y, digámoslo así, deshojada: parece que ha estado espuesta á una borrasca, ó que ha sufrido los desastres de un terremoto.

Poco menos sucedia con la que yo tenia á la vista. Los dos colchones que la componian estaban desigualmente sobrepuestos y como desquiciados de su lugar: la superficie del lecho, lejos de ser próximamente plana, se encontraba deprimida en varios de sus estremos: una esquina del colchon de arriba sobresalia de manera á colgar notablemente: las almohadas se hallaban casi cruzadas. Sobre la que estaba mas elevada, yacía una cabeza femenil, adornada de una cabellera fornida, aunque poco larga, de color rubio súcio, y de aspecto áspero y desigual, enmarañada además, y despeluznada como matorral batido por cazadores, ó como

madeja enredada por muchachos. Esta ámplia y desmandada melena servia de marco á una cara redonda, dotada de facciones regulares, pero comunes y adocenadas, salpicadas de aquellas numerosas pecas azafranadas, que con frecuencia abundan en la tez de las mugeres del pelo de la que describimos. El juego y conjunto de esas facciones eran insignificantes y carecian de la espresion pronunciada que, de una manera agraciada ó desagradable, adversa ó favorable, dá las mas veces al rostro aquel caracter é impresion determinadas que llamamos fisonomía. No habia pues espresion ni puede decirse fisonomía en aquella cara: nada en ella tenia significado marcado, ni daba indicio de gusto, propension, pasion ó instinto dominante: era del género de aquellas que suelen pertenecer á los tipos normales del portero, del bedel y del ama de cria; y tambien del marido que lleva el apunte de la ropa súcia; del escribiente que traslada, sin echarlo de ver, la orden que le priva de su destino; del empleado que acude con puntualidad á su oficina, y no lee periódicos; del diputado que pasa por un Séneca en su aldea; del ministro que emplea bravamente, en rumiar la sintásis de un oficio ramplon, el tiempo que asegura á todo el mundo le falta; en fin, de todos aquellos apreciables conciu-

dadanos y conciudadanas, que pasando toda su vida en Jauja, llegan á la vejez sin una arruga en la frente; y á la sepoltura, sin haber esperimentado ni una sola pena grave, ni un solo placer agudo. Una magnífica garganta, blanca como la nieve; un pecho ancho, turgente y elevado, que imprimia parte de su redondez á la ropa que le cubria ; y un cuerpo breve y rechoncho, fuertemente delineado por las sinuosidades esteriores de la manta, completaban la descripcion de aquella muger, apetitosa, sin ser hermosa, y deseable para los amantes tragones y esencialmente antropófagos, que nunca se vén hartos de carne.

Sobre el último declive de la otra almohada, bastante separada de la heroina que acabamos de retratar, y casi al otro estremo de la cama, se detuvo mi vista, poco deslumbrada hasta entonces con la contemplacion de aquella moza rolliza, sobre otra cabeza, que si bien como cuadro, podia hacer juego con la primera, desdecia totalmente de ella, no solo en colorido y en pormenores, sino en espresion y carácter. El rostro de aquella cabeza notable presentaba al primer aspecto una espresion ardorosa y audaz, que hacía bajar la vista, y perturbaba el curso de la sangre de quien se detenia á contemplarla. En esa cara mesalinesca cada fac-

cion era un indicio enérgico del temperamento. Los ojos, negros, grandes, bien rasgados, y dotados de una increible movilidad, sin ser hundidos, estaban abrigados y como en acecho debajo de la parte superior de la cuenca, que avanzaba formando un arco gracioso, aunque algo prominente; forma favorita del cincel griego, y que comunica á la fisonomia un aire de poder y grandeza, y á la mirada una fijeza y una espresion que la hacen provocativa y dominadora. Unas cejas de ébano, algo mas marcadas que las de las georgianas y perfectamente arqueadas, daban, con la oposicion de su color, mucho realce á la ojeada, haciendo parecer menos oscura la aureola que ceñia, con una tinta de bistre bastante pronunciada, al globo del ojo. Estas ojeras, indicio infalible de un temperamento libidinoso, cuando son habituales y debidas únicamente á las irradiaciones de la organizacion, estaban marcadas de manera á llamar la atencion del observador menos reflexivo: ellas le revelaban la existencia de deseos abrasadores, inextinguibles; de aquellos que renacen de cada acto; que la posesion irrita, en vez de aplacar; y que el placer enciende, mas bien que los apaga. Las demas facciones estaban en armonia con las que acabamos de delinear. La nariz, bien proporcionada por otra parte, era

larga y aguileña; y sus cartílagos, delicados y trasparentes en sus remates inferiores, se hallaban dotados de una grande contractibilidad. La boca era algo grande, bien hendida, y formada por labios delgados, de un color encendido que contrastaba de un modo estraño con el matiz blanco mate de la piel inmediata á ellos. Esa boca se contractaba tambien con suma facilidad y frecuencia; y entonces se imprimia fugazmente en cada uno de sus sútiles estremos, arremangados por un momento, un hoyito bastante profundo, y de inimitable efecto. En ese fruncimiento pasagero é instantáneo, aquella linda boca, descubriendo á medias dos largas filas de dientes blancos, pequeños y bien afilados, adquiria una inesplicable espresion de malicia, de deleite concentrado, y de promesa amorosa, llena á un tiempo de halago y desden. La barba era bien formada, aunque tal vez demasiado saliente y encorvada: las orejas, algo mas grandes de lo regular, tenian muy articulado el doblez esterior de sus cartílagos. En general el color del cútis era cetrino; pero la region de las megillas estaba fuertemente coloreada; lo que hacia sobresalir de una manera singular la palidez notable de la frente, de las sienes y de la parte inferior de la cara.

Las viruelas habian cubierto con su fatal cribo

esa cara de predestinada; pero el poder de la fisonomia y la accion calurosa de una sangre rica habian superado el efecto borrascoso de las pecas, hasta el punto que estas, en vez de desfigurar á nuestra pecadora, y truncar la inscripcion característica de su rostro, daban, al contrario, con su desigualdad y con su broncosidad aparente, mayor realce é intensidad á la espresion de su semblante. Las viruelas de que tratamos eran de aquellas que atacan al cutis sin maltratar las facciones; y podrian compararse, en su efecto ó perspectiva, al crespon claro ó al tul poco tupido aplicado sobre una linda cara, en la que, sin afearla ni desfigurarla, estamparia aquel liviano tegido sus leves mallas. No faltaba, para complemento obligado é inseparable de esta clase de cabezas, una soberbia cabellera, negra como el infierno, de hebra fuerte y brillante, y de ondas algo crespas, que se ostentaban particularmente á la inmediacion de la frente, de las sienes y de la parte posterior de las orejas.

Avivada mi curiosidad por el aspecto estimulante de tan positivo frontispicio, se deslizó ansiosa mi vista á registrar las demás formas de la rara muger á quien pertenecia; pero tuve que contentarme con una indagacion muy superficial. Bien fuese porque tuviese frio, ó por otra causa, se ha-

bia liado aquella la ropa de la cama alrededor del cuello, de una manera que no dejaba lugar á ningun examen. No sé por qué me persuadí al instante que aquel cuello tan bien arropado debia de ser seco, descarnado y mal formado: quizás sería por la idea, muy arraigada en mí, de que maquinalmente, y aun hallándose sola, oculta por instinto la muger lo que cree tener feo. Tal vez esta hada seductora, pávulo constante de nuestras mas dulces ilusiones, no tiene valor (otros dirian filosofía) para contemplar ninguno de los defectos que, por intuicion, conoce han de destruir ó menoscabar los incentivos de su sexo; tal es su afan caritativo por mecernos en agradables ensueños y por rodearnos de deliciosos placeres. Paró pues mi observacion positiva y material en la linda y torneada barba de nuestra segunda heroina; pero prosiguió mentalmente por debajo de la sábana, en donde, ayudada por las sinuosidades esteriores de la sobre-cama, y por las inducciones que arrojaban naturalmente los altos y bajos algo bruscos de ella, llegó á inferir que la cabeza característica que yo acababa de examinar, pertenecia á un cuerpo alto y bien formado, dotado de pecho ancho, y de cadera atlética. Las piernas, probablemente poco abultadas, y los pies, que á la cuenta no eran ningunos barcos, se ocul-

taron á mis congeturas, desvaneciéndose insensiblemente en los adentros del lecho.

Habia aun poca animacion en aquel cuarto. Las dos mugeres se movian de cuando en cuando con fatigoso esfuerzo; y subyugadas aun por un sueño de plomo, abrian y cerraban sucesivamente los ojos, luchando todavia con dudoso éxito con el sopor casi letárgico que paralizaba sus miembros. En fin, despues de un largo preludio de esperezos y de maniobras de piernas y brazos, bastante parecidas á las que ejecutan los telégrafos (1), se despertaron del todo las ninfas, y la primera facultad que recobraron fue, como no podia menos de ser entre mugeres, la de la palabra.

—Caramba! cómo duermes! prorrumpió la morena, semi-doblada en la cama, con la popa á la pared, perfilado el cuerpo hácia su compañera, y apoyado el carrillo derecho sobre las últimas falanges de una mano casi cerrada, interpuesta entre la cabeza y la almohada.

—Duermo hasta que me despierto; y no como tú, que cierras los ojos, y estás mas despavilada que novia que aguarda la hora fatal. No sé nunca

---

(1) Nos referimos al sistema antiguo de telégrafos : no nos busque camorra la nueva generacion que no los ha visto funcionar.

cuándo estás durmiendo ó despierta, contestó con un bostezo descomunal la rubia, estendiéndose en aspa, y terminando su ademan de mozo de cordel con dejar sus fornidos y blancos brazos desnudos al aire, y elevados horizontalmente sobre la almohada por encima de la cabeza, con las manos enlazadas por debajo de ella para sostenerla.

—Duermo poco: pienso mucho, respondió con voz fuertemente acentuada, la otra.

—Pues yo, al contrario, duermo mucho, y no pienso nada. ¿Qué haces con pensar?

—Qué haces con dormir?

—Qué hago? no hago nada, que es el quehacer que mas gusta, el único que me gusta. Ah! dormir ú holgar, qué cosa tan buena!

—Tampoco hago nada pensando.

—Bien está: no trabajas con el cuerpo, pero trabajas con el magin ¿qué mas tiene? Y aun es mucho peor: dígalo yo sinó cuando me quisieron enseñar el Catecismo: creí que me volvia loca. No señor, nada de pensar.

—Pero muger, cosas habrá, cosas te sucederán que á pesar tuyo te harán pensar.

—Ninguna.

—No cavilas, por egemplo, alguna vez en tu porvenir? en lo que será de tí?

—Qué tonteria! será lo que Dios quiera, ¿para qué sirve romperse la cabeza en eso? ruede la bola, y pare en donde, y cuando quiera: si al fin ha de ser!

—Sí; pero en parar tarde y en parar bien, consiste el ser dichoso en este mundo.

—Mira, Leonarda, no me metas en honduras.

—Pues bien, vamos por tierra llana: ¿no te gustan algunas cosas?

—Sí, muchas cosas.

—Pero algunas mas que otras? algunas en particular?

—Cuáles? veamos.

—Comer bien.

—Sí.

—Vestir con elegancia:

—Sí.

—Tener dinero:

—Sí.

—Ir al teatro.

—No es cosa.

—A los toros:

—Eso sí.

—A los bailes:

—Tambien; pero mira: lo que me gusta sobre todo es el estar tendida á la bartola, y no hacer

nada, nadita absolutamente en todo el santísimo dia.

—Y por la noche?

Aquí, por sola respuesta, menecó la cabeza, con espresion muy marcada de desagrado, la moza de pelo de cofre.

—No respondes? prosiguió la otra, fijando una mirada burlona en su compañera.

—Ya! replicó la interpelada, algo mohina: de noche es preciso trabajar, y todo lo que es trabajar, sea lo que fuese, me disgusta soberanamente.

—Y qué es lo que llamas tú trabajar?

—Toma! eso que hacemos de noche.

—Una risotada estrepitosa, acompañada de una mueca sardesca y de una negativa de cabeza que manifestaba la mas desdeñosa compasion, fue lo primero que produjo aquella incalificable contestacion. Girando en seguida la que acababa de recibirla del todo hácia su compañera, vuelta pecho abajo, levantada la parte superior del cuerpo, apoyados fuertemente los codos en lo interior de la cama, y sostenida la cabeza en las palmas de ambas manos, tomó la actitud decidida de una persona movida por la curiosidad, hasta el punto de determinarse á sondar el arcano que se le presenta.

—Ah! ya! respondió con soflama: á eso lo llamas tú trabajar. Mirada asi de cierto modo, no deja de hacerme gracia la espresion.

—Mírala como quieras: á mí ni la cosa ni la espresion me hacen maldita la gracia.

—Es posible,! replicó Leonarda, moviendo la cabeza de arriba abajo, con indecible, aunque reflexiva estupefaccion. Quiá! mientes. Pancha: mírame: no basta así; mírame á los ojos: necesito que fijes los tuyos en los mios para creer que dices la verdad, y para comprender, si lo alcanzo, una cosa tan estraña.

Se prestó Pancha á lo que exigia su amiga; y durante un largo rato, la miró de hito en hito, sin reirse ni pestañear.

—Sí, ahora comprendo, prorrumpió entonces la morena, con un gesto de desprecio mal disimulado.

—¿Y qué comprendes?

—Comprendo, contestó Leonarda esforzándose en disimular una conviccion poco favorable, á su entender, á su compañera; comprendo que tu sangre es de muy diferente calidad que la mia.

—Y bien! y qué quieres decir con eso?

—Que allí en donde apenas dejas de tener frio, ardo yo y me consumo; que ciertas cosas que ape-

nas sientes tú, á mí me trastornan y me hacen morir.

—Morir! Ah! ah! ah! ah!... Ahora sí que me rio yo. Pues señor, buen provecho te haga: yo no me muero así á dos tirones.

—Ya! tú, no, porque no tienes....

—Tengo todo lo que hay que tener, señora Leonarda!

—Bien, muger: Todo lo que tú quieras; pero eso consistirá en que, como dicen en nuestros lugares, lo poco agrada, y lo mucho enfada.

—A mí me enfada y me fastidia lo poco y lo mucho.

Aquí Leonarda, con una sorpresa concentrada y con un aspaviento que no pudo del todo reprimir, dejó traslucir de nuevo una admiracion que ya procedia de la conviccion que, sin podérsela esplicar, acababa de adquirir, contemplando y penetrando á fondo el mirar de su compañera.

—Pues entonces, contestó, incorporándose en la cama, cruzándose de brazos con desenfado, y mirando á aquella con la espresion suspicaz de quien cree encontrar la ocasion de echar en cara á otro una contradiccion ó una falta de consecuencia en sus discursos ó conducta: entonces, ¿á qué demonios te has metido al oficio? del que, por otra parte,

no veo que hasta ahora te haya dado muchos ascos.

—Claro está; porque cuando se apechuga con alguna faena, es preciso desempeñarla, sin hacerse de pencas ni echarla de incocorada. ¿Qué culpa tendrá el parroquiano de que á una le guste ó no la cosa? ó no abrir la tienda, ó despachar con modo. Lo mismo me sucedia cuando entraba de criada en alguna casa: maldito lo que me gustaba; pero, con todo, me ponia á fregar como una santa, y frotaba y abrillantaba los tenedores y las cucharas, con el mismo cariño que, si le tuviera, hubiera arrullado á algun hijo mio.

—Buenas entrañas de madre tendrias tú!

—¿Y por qué no? pues mira, me gustan los niños.

—Puede ser que tengas razon, replicó Leonarda lanzando un hondo suspiro, y tomando de pronto sus brillantes ojos una espresion lúgubre y melancólica: la muger ardiente y apasionada no será quizás nunca una buena madre: es preciso ser tan buena, tan generosa, tan desprendida de sí misma, tan completamente de sus hijos, para merecer este nombre!...

Una larga pausa siguió á esta esclamacion: se conocia que en el corazon de la pobre descarriada,

vibraba intensamente una cuerda dolorosa, un recuerdo lacerante; quizá habia tenido un hijo; quizá este hijo desatendido ó abandonado habia sido víctima de los estravios y de la vida lúbrica y desordenada de su madre. La voz tardía de la maternidad se hacía oir en medio del hervor de la sangre y de los rugidos del temperamento. Poco á poco se serenó la desgraciada, y su semblante lascivo y sarcástico volvió á cobrar la espresion que le era natural.

—Con que es decir, prosiguió, que, á tu entender, tan oficio es lo uno como lo otro?

—Tan fastidioso y tan cansado el primero como el último.

—Sin embargo, segun se vé, te ha parecido preferible el segundo.

—Sin duda.

—Con que es decir...

—Es decir que cuando era yo criada, tenia tarea para todo el dia, y que ahora la despacho en un instante; es decir que prefiero la libertad á la dependencia; y el sacrificio diario de algunos minutos, al de las veinte y cuatro horas.

—Bah! siempre te gustará menos el barrer y el hacer mandados, que no el...

—Mira: mandado por mandado, el mas pronto

y el que menos me dá que hacer, es el que mas me gusta. Ahí está el hito de la dificultad. Procúrame tú un medio de vivir y de divertirme á mi modo, sin trabajar, y verás qué pronto te dejo toda la parroquia, y les hago un besamanos ó algo mas á todos esos desgalichaos que vienen á tentarme la paciencia.

—Quizás, pero será para escóger y pecar á tu gusto.

—No lo creas, no sé lo que os pasa á vosotras; pero lo que puedo decirte es que no encuentro cosa mas cansada ni mas monótona que la que tanto os arrebata y hacé perder la chaveta á todas. No comprendo cómo dais tanto valor á una cosa tan comun y chavacana.

—Pero muger! no desearás, no sentirás, no...

—Será así.

Leonarda entonces descubrió la cama, movida por algun secreto designio; y no contenta con eso, se abalanzó á su compañera, y empezó á forcejar con ella, con el obgeto ostensible de despojarla de su ropa, riéndose al mismo tiempo á carcajadas.

—Qué quieres hacer? le dijo la otra, luchando entre tanto jovialmente, aunque con un vigor poco comun, con su corpulenta antagonista.

—Quiero ver si eres una muger, porque hablas como un monstruo.

—Pues señor, soy una muger muy cabal, y no muy malejota, como lo puedes ver, contestó la recia Pancha, lanzándose enteramente desnuda enmedio del cuarto, y egecutando uno de los pasos menos modestos del ole, con toda la desenvoltura que pudiera hacerlo una hija del barrio de Triana.

—Bueno! contestó examinándola con escrupulosa atencion la enérgica morena: tendrás cuerpo; pero en cuanto á alma, psit, ni esto, añadió poniendo el estremo del pulgar de la mano derecha debajo de los dientes y despidiéndolo al frente con un ligero chasquido.

—Ah! esto es decir que no contenta con el cuerpo, quisieras ahora verme el alma: esto es mas dificil, prosiguió la rubia metiéndose precipitadamente en la cama, haciéndose un ovillo en ella, y enrollándose en la ropa hasta las narices; pero lo que no puedes ver, te lo puedo esplicar; y como conozco bastante á mi pobrecita alma, te diré lo que la sucede cuando á vosotras, vueltas una jalea, os suceden tantas cosas. Pues, señor, entonces no le sucede nada, nadita absolutamente: se queda como si tal cosa, tan serena, tan tranquila, tan fle-

mática, y con la misma pachorra que si su cuerpecito se hallase atareado en limpiar unos candeleros, ú ocupado en pegar un boton ó hacer un zurzido.

—De suerte que para tí el hombre es un leño, el amor una mentira, y el placer un ente de razon.

—No tal: el placer de lo que llamais amor es para mí una sensacion, así poco mas ó menos como la de comer, la de beber, y alguna otra tan comun, y todavia menos romántica.

—Qué atrocidad! qué blasfemia!

—Lo que oyes; pero escúchame con paciencia; si no, callo.

—Sigue, sigue: Caramba con la muger!

—No conozco ni eso que llamais frenesí, ni esa otra cosa á que la marisabidilla que duerme allá dentro da el nombre de emocion.

—Vaya! tú sientes absolutamente como una ostra ó un limaco.

—Podrá muy bien ser asi.

—Curiosísimo será que me des algunas muestras de este modo particular de sentir. Por supuesto que en ciertos casos, de todo te acordarás, menos de lo que estés haciendo.

—Justamente: en primer lugar porque hay cosas

que en sí ofrecen poquísimo que pensar, y además porque estoy hecha así de manera que me distraigo muy facilmente. Unas veces me entretengo en ahuecarme los rizos; otras, en alisarme el pelo ó en tamborilear con los dedos, sobre la pared, alguna de las tocatas que mas me gustan. Antes de ayer me acordé á lo mejor de que se me habia olvidado hacer componer la jofaina que se nos rompió el dia antes; y anoche estuve muy entretenida con la disputa que tuvieron los vecinos del cuarto inmediato, y de la que no perdí palabra: si supieras qué cosas tan raras se digeron!

—Calla, muger de Barrabás! calla, aborto, escoria de tu sexo! ¿Sabes que merecias que alguno de esos pobretes á quienes tan indignamente dabas gato por liebre con tus singulares pasatiempos, te hubiese asesinado en el acto?

—Toma! y por qué? cada uno se divierte con lo que se divierte.

—Señor! y no se hunde la tierra para tragarte!

—Ave Maria! aunque fuese algun herege!

—Ah! heregias como, contra el amor y contra la naturaleza, acabas de proferir, no las han dicho ni los mas desalmados de este mundo!

—Pues asi soy yo, y me va perfectamente; y algo mejor que no á vosotras, que con vuestros

ardores, vuestros melindres y vuestros amartelamientos, estais hechas unos entecos y unas espiritadas.

Un suspiro sentimental, aunque ligeramente articulado, partió en aquel momento del cuarto inmediato que formaba parte de la habitacion en que yo me encontraba; y vino á interrumpir, ó mas bien á servir de conclusion á la especie de moralidad con que acababa la rubia de terminar la pintura de sus escasas sensaciones.

—Has oido, Cayetana? gritó la impacientada morena, ¿has oido los horrores que acaba de desembuchar este marimacho de muger; este amfibio, ni carne ni pescado, espanto de la humanidad, escarnio del amor, deshonra de las faldas, y descrédito del gremio?

—Magnífico! Leonarda, prorrumpió riéndose como una loca la pelirubia: ni un diputado á Cortes, ni un Dómine de aldea lo diria mejor.

—Ven tú, embeleso de los papanatas, continuó la morena dirigiendo la voz á su compañera del otro cuarto; ven, arrullo y reclamo de los chaborros y principiantes, ven á confundir con tu pasion y tu ternura á este Belzebú con enaguas; á esta estátua del Comendador; á esta efigie de palo, ó piedra, escapada del nicho de alguna catedral.

—Pues hazme lugar, contestó una voz dulce y patética, impregnada de amor y de melancolía: tengo frio: vosotras me dareis calor.

—Ese avestruz no, que parece hija del Moncayo, replicó Leonarda.

—Pero tú, sí, que lo eres del infierno, añadió la rubia, como concluyendo la frase y antitesis principiadas por la que acababa de hablar.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando salió del cuarto inmediato una jóven como de unos veinte y dos años, mas bien alta que baja, esbelta y de pocas carnes; aunque admirablemente proporcionada, á juzgar por las elegantes y tentadoras formas acusadas de una manera muy marcada por las ondulaciones de los pliegues ceñidos estrechamente á su cuerpo por solo una sábana, que la envolvia desigual y caprichosamente desde los hombros hasta poco mas abajo de las rodillas. ¡Qué muger tan linda, tan interesante! sentí en el corazon como la mordedura de una víbora al ver que tan bella criatura se me ofrecia como un tipo de depravacion. ¡Pobre angel descarriado! quién te ha sumido en esa cloaca inmunda de infamia y degradacion!...

No habia desenvoltura ni inmodestia en el semblante ni en la actitud de aquella muger. Asi medio

tapada por el sútil é inmaculado lienzo que la cubria, hubiérase creido ver á una de esas nayadas graciosas, sorprendidas por el dios de las ondas; ó á una de esas creaciones ideales, de esas figuras sublimes y apasionadas, hijas del pincel de un pintor enamorado. Sin embargo la recien venida no brillaba por el matiz de su tez : tenia poco color, y no era estremadamente blanca ; pero la ligera palidez de su rostro no parecia provenir de debilidad orgánica, ni de falta de salud y fuerzas físicas, sino mas bien de un mal moral, hundido, como la hoja de un puñal, en las profundidades del corazon. Sobre aquella frente llena de dignidad é inteligencia; entre aquellas delicadas cejas, de tinte algo mas oscuro que el color castaño de la abundante y sedosa cabellera que las acompañaba , y llenas de movilidad y espresion, se leia como un sobre-escrito fatal, como una inscripcion de angustia habitual, de abatimiento constante, y de dolorosa resignacion. Las líneas perfectas del rostro, la forma académica de la boca y de la nariz, y la espresion apasionada á un tiempo y melancólica de la mirada, hacian presentir que una risa fuerte y descompuesta no debia nunca agitar ni trastornar aquel semblante impregnado de sentimentalismo; y que solo una sonrisa dulce y patética como la de los ánge-

les podria á veces surcarle ligeramente y de paso. Fisonomías hay en oposicion constante con una alegría estrepitosa: en ellas las contorsiones inseparables de aquella risa franca que llaman de corazon, serian un contrasentido; y la carcajada un fenómeno desagradable, que engendraría mas bien disgusto que hilaridad en los que la presenciasen.

La linda jóven se aproximó á la cama con algo de aquella timidez ruborosa que la semi ó completa desnudez inspira siempre, aun entre mugeres, á la que no ha perdido todo sentimiento de pudor ó delicadeza; y la Pancha, retirando todo su robusto cuerpo al borde esterior del lecho, y dejando en el centro de este un ancho lugar entre ella y su antagonista, dijo con sorna á la recien llegada, señalándole el sitio inmediato á Leonarda:—Entra, Cayetana, cuélate entre las dos; y ya que tienes frio, arrímate á esa estufa con brazos; á ver si te calientо con el fuego que le sobra en la ornilla.

Hízolo así la interpelada, y colocada entre sus dos compañeras, no sin que en aquella maniobra dejasen de descubrirse, respectivas á diversas pertenencias, bellezas y pormenores dignos de mucho aprecio, volvió á cerrarse herméticamente el cobertor, fuertemente ajustado á los cuellos de las tres heroinas, cuyas cabezas solo se veian alineadas so-

bre la almohada, auuque algo desviada la de la moza rubia, de las otras dos. Estas, al contrario, se hallaban en estrecho contacto; y por la elevacion mas ancha, y disposicion particular de las ropas en aquella parte de la cama, podia conocerse que las dos mugeres estaban estrechamente unidas la una á la otra; y que á la que acababa de ser admitida en ese santuario, la tenia fuertemente abrazada la á quien se habia arrimado; bien fuese porque esta quisiera en efecto hacer entrar en calor á la que poco antes se quejaba del frio; bien fuese porque no le era posible á aquella muger vehemente hacer cosa alguna sin imprimir en ella el sello de su ardor y de su energía. Quizás tambien porque, en un temperamento tan inflamable y diabólico, el contacto de un cuerpo tan lindamente formado como el de la atractiva Cayetana fuera bastante para prômover reminiscencias é ilusiones capaces de adulterar los deseos, y de engañar los sentidos.

Sea como quiera, cedió la recien llegada á la atraccion que tan materialmente egercía sobre ella su compañera, quien llevada siempre de la exageracion qne le era natural, añadió la de la palabra á la de la demostracion.

Cayetana, mona mia, prorrumpió, entre festiva y satírica: no te apartes de mí; no toques, ni con

la punta del pie, á esa garrafa, á esa horchata de chufas, capaz de enfriar al mismo Satanás : te helarias, querida mia, si llegases á tropezar con su piel, mas emoliente y antiflogística, como dice el boticario de enfrente, que una cataplasma de linaza ó malvavisco. ¿Has oido las barbaridades que á borbotones se han escapado de la boca impura de esa Maritornes?

—Sigue arrullándome, respondió la Pancha, arrellenándose muy á su gusto en ia parte de cama bastante ancha que le babian dejado, y volviendo la espalda á sus compañeras. Como hay Dios que me parece me va entrando de nuevo el sueño!

—Maldita! Si toda tu vida es un puro sueño; pero un sueño insulso, ramplon, descolorido, pesado é insignificante como el de un liron ó de una marmota.

—Sí, liron, marmota, murmuró Pancha casi completamente amodorrada.

—Déjala, dijo, con su voz dulce y vibrante, la niña descolorida. Dichosa ella! de ese modo, si no tiene grandes placeres, á lo menos no sufrirá amargas, crueles penas, como la que siente, como la que ama.

—Que la deje! No me dá la gana, esclamó la morena egecutando con presteza, asida de su com-

pañera, un movimiento de rotacion, cuyo resultado fue mudar de sitio con ella, y quedarse en el medio de la cama. Quiero, prosiguió aproximándose á la soñolienta y dándole tantos pellizcos y empujones, que al fin consiguió despavilarla; quiero que, asi como me ha apurado la paciencia con cosas que jamás podia imaginar salieran de boca de muger, oiga ahora, para desesperacion y confusion suya, lo que es una hembra cortada en grande, como yo; sí, como yo, llena del alma y del fuego abrasador que á tí te faltan, menguada!

La enardecida Leonarda iba á proseguir enumerando sin duda los ardores que la constituian lo que algunos llaman una muger de calidad ó *caliá*, cuando advirtió que la rubia habia vuelto á sus trece, y que dormia ya como un tronco. Le dió entonces con desprecio la espalda, despues de lanzarla una mirada de desdeñosa compasion.

—Ven, le dijo la otra; deja á la pobre Pancha que comprenda y use de la vida á su modo. Mas que nunca has escitado ahora mi curiosidad. Que sientas de otra manera que nuestra compañera, ya lo comprendo; pero, segun parece, son tus gustos y sensaciones tambien de muy diferente naturaleza que las mias. Por lo que veo, por lo que te oigo, y por lo que en tí he observado, me pareces una mu-

ger singular, y poseedora de dotes, no sé si diga fatales ó apetecibles; pero ciertamente estraños y poco comunes. Díme pues, por amistad y confianza, lo que á aquella le ibas á descubrir por ira y menosprecio. En sentimientos, debes ser un tesoro ó un abismo, una divinidad ó un monstruo.

—Nada de eso: no tengo sentimientos, sino arrebatos. En mi corazon abrasado no hay amor, sino pasion; no hay ternura, sino frenesí: no amo; quiero: no acaricio; muerdo, devoro.

En el hombre lo que prefiero sobre todo es el sexo: lo que busco en el amor, es el placer: por él sacrificaria mil vidas; por un amante no daria ni una sola..... Sí, soy un monstruo, prosiguió despues de una pausa, palpitante, sollozando, y temblando con todos sus miembros: soy un monstruo: no tengo alma, no tengo mas que sangre; sangre calurienta, ardiente, que me abrasa, que me ahoga!.... No, no tengo la dulce y tierna sensibilidad de una muger; sino el instinto bruto y la violencia maquinal y salvage de la leona encelada. Duélete, compadécete de mí, querida Cayetana!...

—Pues muger no hay que desesperarse por eso: todo ello no prueba otra cosa sino que te hallas dotada de una naturaleza rica, de una organizacion poderosa.

—Dí, mas bien, de un vértigo, de una verdadera demencia.

—Vaya! sosiégate; y á manera de confesion de doncella ruborosa, cuéntame, callandito y sin esos aspavientos que me asustan, lo que eres y lo que te pase; ¿has sido siempre así?

—Si no he sido siempre así, replicó Leonarda, tranquilizándose algun tanto, tomando una actitud mas pacífica, y acercándose confidencialmente á su bella amiga, como dispuesta á acceder á lo que le pedia y á abrirle su corazon; si no he sido siempre asi, prosiguió, á lo menos lo que sé de cierto es que muy poco tiempo he estado de otra manera.

Escucha: niña aún y apenas de edad de ocho años, el aspecto de todo hombre, que no fuese absolutamente decrépito, me conmovia: su proximidad encendia mi sangre, y su contacto me hacia estremecer. A los diez años los juguetes me apestaban, y solo absorvia enteramente mi atencion la contemplacion de los jóvenes. En vez de gustarme mas, como sucede á todas las niñas, los barbilampiños, tenia una predileccion pronunciada é instintiva para los rostros bien poblados de barbas. Mi precocidad en todo era estremada: mi talle se delineaba fuertemente: mi voz infantil adquiria la vibracion acentuada y espresiva, que por lo comun

no se manifiesta hasta la pubertad: el juego de mi fisonomia se llenó de pasion; y mi mirada, sobre todo, cobró una espresion tan singular, tan decidora é impregnada de intencion, que yo misma notaba su poder en los hombres que mis ojos fijaban, y en muchos de los que se hacian muy visibles su impresion y efectos; observacion que tuvo por resultado el hacerse aquella cada vez mas escitante y provocativa. A los doce años la naturaleza se habia enteramente desarrollado en mí: una sangre abrasada ardia en mis venas. La privilegiada educacion que se me habia dado, y la prudencia de mi escelente madre, que sin duda notaba con dolor y angustioso asombro los alarmantes progresos de mi tremendo temperamento, supieron rodear de tinieblas sus primeros destellos. Vanos esfuerzos! mi entendimiento ignoraba, pero mi corazon sentia, y las gestiones de mi acalorada sangre me hacian comprender á medias un arcano que la mas pequeña circunstancia bastaria para hacerme descubrir completamente. Ignorante aun de los goces del amor, pero suponiendo su existencia, buscaba mi mente inquieta cómo imaginarlos. En este estado de exaltacion y de sobre-escitacion incesante, se ofrecia de contínuo á mis cavilaciones la imagen del hombre, como la del angel del placer: su aspecto

dominador; sus formas nerviosas; el atrevimiento, el poder, la fuerza, la accion que caracterizan á ese sexo resuelto y emprendedor, me le hacian considerar como un tesoro de delicias para la muger, y como el obgeto constante de su culto y adoracion. Adivinaba en sus ósculos, en sus entrañables abrazos, y en la dulce energia de sus caricias, un deleite enagenador, divino, terrible, al que apenas bastaran las fuerzas vitales, y cuya sola idea me trastornaba y hacia temblar. En fin, qué te diré? entregada sin cesar de dia y de noche á este desasosiego mortal, á esta fiebre mental, á esta ansia devoradora, falta aun de obgeto conocido y determinado; en este estado, poco menos que enfermizo, un dia me escapé de casa, é introduciéndome furtivamente en la habitacion de un joven que solia visitarnos con alguna frecuencia, me arrojé en sus brazos, y palpitante, llorosa, fuera de mí, casi demente, le insté, le rogué, le supliqué que me transformara en muger.....

Aqui un hondo suspiro vino á espirar sobre los labios de la demasiado sensible Cayetana, y una lágrima asomó á cada uno de sus hermosos ojos. ¡Pobres mugeres! esclamó con tono profundamente conmovido, aunque en voz tan baja que tal vez no la oyó su compañera.

Despues de una pausa, que pareció necesitar esta para calmar la agitacion, que sin duda producia en ella un inefable é indeleble recuerdo, prosiguió de esta manera:

—Aqui se me viene á la memoria el dicho original de una de nuestras amigas, cuya imaginacion muy superior, segun puede inferirse, á los dotes de su organizacion, quedó tan poco satisfecha del primer esperimento, que, con la desdeñosa sonrisa propia de la muger tristemente desengañada por una inesperada decepcion, esclamó, desilusionada y algo mohina: No es mas que esto? Crei que era otra cosa.....

A mí no me sucedió asi. Aunque casi iniciada, por el ardor de mi sangre y por una especie de revelacion intuitiva, en el misterio que en fin acababa de sondar, la realidad no me pareció inferior á la sensacion ideal que de ella me habia representado, y la sensibilidad intensa y estremada de mis órganos respondió completamente á las exigencias de mi imaginacion. Esto acabó de perderme: un frenesí habitual, una idea fija é intransigible se apoderó de mí en aquel instante. Lo que hasta entonces no habia sido mas que deseo vago, se hizo necesidad imperiosa, incesante é inestinguible. No amé, no preferí, como es tan natural y como suce-

de á todas las mugeres, al hombre que me habia abierto las puertas del paraiso, que me habia iniciado en los placeres del amor: solo ví en él á un camarada servicial, que me habia descubierto un secreto comun, que desde luego me propuse esplotar sin término.

Poco tardé, como puedes figurarte, en cerciorarme de que el hombre, ilimitado en sus deseos, está muy circunscrito en la capacidad de saciarlos. Este descubrimiento sonrojoso me sorprendió desagradablemente, y me inspiró algun desprecio al hombre en particular, sin disminuirse por esto en nada mi pasion por su sexo en general. Apenas iniciada en los misterios del amor, conocí al instante que, no pudiendo bastarme un solo individuo, no me habia hecho la naturaleza para amar, sino para gozar; que no debia aspirar á la elevacion sublime de la pasion, al prestigio de las dulces ilusiones del corazon, al delirio divino de las emociones del alma; ni, en una palabra, á los goces seráficos del amor platónico; ó á los mas cabales y deseables del que, participando de la naturaleza humana y de la de los ángeles, aumenta, por una recíproca reaccion, el placer de los sentidos, con los ensueños dorados de la imaginacion; y vigoriza el del alma, con la intensa fruicion que le comunica

el aguijon del deleite material. Cediendo á mi ruda naturaleza de barro, debia despedirme por siempre de las tiernas afecciones del corazon, que son la dichosa herencia de la muger sensible; y contentarme con las sensaciones groseras que estuviesen en armonia con una organizacion tan escesivamente favorecida en dones físicos, como escasa de calidades morales.

Yo habia nacido depravada: la depravacion era mi signo, mi tendencia natural é irrevocable: mi carrera estaba marcada, y no podia ser otra que la del vicio. En otras mugeres la prostitucion es un producto, bien de la educacion, bien de la necesidad, ó de la reunion de circunstancias enlazadas de un manera mas ó menos fatal. En mí era un fruto natural, era el desarrollo y el complemento de mi ente. He llegado á ser lo que soy, como, al madurar, llega la cereza á colorearse, el melon á adquirir fragancia, y el melocoton á cubrirse de delicada y olorosa pelusa: he nacido prostituta, como hay personas que nacen poetas ó artistas: en mí la prostitucion era mas que una vocacion, era una necesidad. Mi primer paso en su resbaladora pendiente fue suficiente para arrastrarme en un instante hasta lo mas hondo de su sima. Las escitaciones de un temperamento en estremo com-

bustible, al que mi precoz iniciacion acababa de encender con la intensidad de un volcan; la desproporcion inmensa que mis primeros ensayos me habian hecho descubrir entre mis insaciables deseos y las escasas facultades del hombre; en fin, la conviccion de que uno solo de estos pobres ángeles caidos era poco para calmar el ansia que me devoraba, me señaló imperiosamente, con la ruda é irresistible lógica de los hechos, la única carrera que convenia á mi organizacion, y el camino descarriado que debia seguir mi rebelde naturaleza. Embriagada de sensualidad, loca, frenética como una bacante, abandoné, á impulsos del desasosiego erótico que me arrebataba, la casa de mi buena madre; cediendo quizás tambien á un último esfuerzo de mi razon, que, en medio de mi delirio, me aconsejaba por momentos el no llevar el deshonor y la desesperacion al hogar paterno, haciéndolo teatro de mis desórdenes........

¿Qué mas te diré? Me entregué á cuantos hombres me quisieron; y bien pronto la suerte, fiel sin duda á mi estrella y á mi destino, me condujo, de aventura en aventura, y de tropiezo en tropiezo, á una de esas casas en que se hace el amor á precios fijos, y en que se compra el placer por mayor ó por la menuda, á gusto y eleccion de los consumidores.

No bien me cercioré, por mis propios ojos, de que habia mugeres dedicadas por oficio á saciar los deseos de los hombres; no bien supe que el amor podia ser una mercancía, y el placer un género de lícito comercio, susceptible de venderse y comprarse á precios convencionales; en fin, no bien me hice cargo de las facilidades que, para satisfacer mis inapagables deseos, me ofrecian esas sentinas de libertinage, cuando ví al cielo abierto; cuando entreví invertido para mí el paraiso de Mahoma, y realizado, á mi favor, el bello ideal de mis incesantes ensueños. Poco dificil en la eleccion; bastante tratable en cuanto á la calidad; pero intransigible respecto á la cantidad; segura por consiguiente de que cuantos hombres pudiesen aspirar á merecer este nombre tendrian infaliblemente el dón de agradarme, no dudé un momento abrazar aquella liberalísima profesion; no como vosotras lo haceis, por especulacion, para poder comer y vivir alegremente holgando (Aqui exhaló un doloroso suspiro la bella Cayetana); sino puramente como aficionada, y con el obgeto de agotar la copa de los deleites, y de hacer una estraña prueba, apurando en fin y tocando los límites de mis deseos, si estos los tenian; ó llevando hasta el último estremo las facultades de mi estraña organizacion, y muriendo antes que rendida, como,

por adagio, se dice del caballo alazan tostado, ó como sucedió á la célebre guardia en la batalla de Waterló.

—Famosa granadera! esclamó con tono festivo la niña pálida.

—Sí, bien puedes decirlo, famosa. Mejor constituida y mas fuerte que la guardia, no necesito morir ni rendirme: siempre me bato.

—Eres una heroina á tu modo: prosigue.

—Alta, bien proporcionada, bastante buena moza, poseedora de una mirada estraña, cuyo atractivo habia yo conocido, por repetidas esperiencias, tenia algo de arrebatador é irresistible, y dotada de una complexion tan vigorosa y robusta, como amorosa y libidinosa, la idea de poder llegar á poseer tantos hombres como yo apeteciese, me sedujo, y obró sobre mi voluntad con una intensidad y una violencia, contra las cuales debian estrellarse los mejores propósitos, y ceder todas las reflexiones y todos los argumentos. Llena pues de fe y de vocacion ferviente, entré con paso firme, y sin volver la vista atrás, en la senda de las mugeres perdidas, renunciando á todos mis antecedentes, á todos los principios que habian procurado inculcarme, á las lisongeras esperanzas y porvenir de establecimiento, concebidas por mi familia; y, lo que

es mas, lo que es terrible y constituye el único remordimiento de que mi corazon es capaz, al amor, al cariño entrañable de mi pobre madre, que mi abandono y deshonra condujo en pocos meses al sepulcro!....

Aquí arrojó un gemido lastimero y desgarrador la pobre prostituta; y á su decir animado, á la pintura original de sus estravios, á las joviales y burlonas calificaciones que á menudo le habian ocurrido, sucedió una esplosion mal comprimida de congojas, sollozos y ardientes suspiros. Aquel rostro sarcástico, en que se habian ido estampando sucesivamente tantas impresiones singulares, y muchas de ellas bufonas, perdió por un momento su brillo, y se estendió súbitamente sobre su faz el crespon lúgubre del desconsuelo y de la afliccion.

—Llora, pobre amiga mia, prorrumpió con compasiva ternura la sensible Cayetana: esas lágrimas te aliviarán; esos quejidos del corazon quizás llegarán á la mansion en donde descansa tu querida madre, y obtendrán tu perdon.

—Ah! lo crees así? Dios te bendiga! y esto diciendo, cogió Leonarda con frenesí, entre sus crispadas manos, la linda cabeza de su amiga, y la cubrió de besos, con ademanes tan frenéticos, que la lastimó é hizo gritar.

—Aparta, le dijo esta, desprendiéndose con dificultad de sus nervudos brazos: eres una leona: tus caricias mismas hacen mal: no son las de una muger; son las de una fiera. Si esto haces conmigo ¿qué será con tus amantes? Pobres víctimas! los compadezco.

—Pues no seas tan compasiva, esclamó Leonarda, volviendo á su viveza habitual, y prorrumpiendo en una larga y franca carcajada, con aquella movilidad é inconstancia inaudita que formaban la base de su carácter; y que casi sin grado alguno de transicion, la hacian pasar bruscamente de la tristeza á la alegria, de la meditacion á la irreflexion, del abatimiento á la esperanza, y de la mas intensa desesperacion á la plenitud del mas completo contento; muger voraz de sensaciones y de sentimientos, cuyas ideas escéntricas, cuyos pensamientos exaltados y siempre acalorados, no conocian ni se paraban mas que en los estremos. No seas tan compasiva, añadió con muy marcada intencion, haciendo dengues y muecas lúbricas: los hombres, querida mia, por poco que lo sean, se mueren por las mugeres enérgicas, por el amor furioso, por las caricias ardorosas y llenas de entusiasmo.

—Por las caricias á brazo partido, y las finezas

á coces y bocados ¿no es verdad? Pues mira; á mí no me gustan: con que hazme el favor de estarte quieta; sin dejar por esto de seguir tu relacion, que me interesa mucho; siquiera porque me da á conocer á una clase de mugeres, ó quizás, haciéndote justicia, á un tipo único, del que no tenia yo la mas mínima idea.

—Amen. Pues señor, ya puedes suponer que no egerciendo nuestra noble y generosa profesion por pura especulacion, á lo menos pecuniaria; y sí por pasion y por sincera y erguida pasion al sexo fuerte, me permitia yo escoger entre los hombres que pretendian obtener mis favores.

—Tú, escoger! pues ¿no resulta de los horrores que acabas de contarme, que todos los hombres son buenos é iguales para tí, con tal que...

—Poco á poco: aunque no muy dificil en la eleccion, hay para mí, sino bellezas, á lo menos tipos de predileccion. Nada abstracta ni metafísica en amor, me impresionan débilmente las fisonomías dulces y sentimentales, las miradas tímidas y melancólicas, y los semblantes tiernos y románticos. No concibo al hombre sin la energia, ni á la energia, sin la fuerza física, y sin los prepotentes signos esteriores que la denotan. Inferirás de esto, que miro con soberano desprecio á las ca-

ras lisas y relavadas, á los barbilampiños, á los hombres demasiado blancos, á las facciones muy delicadas, á las fisonomías angelicales, á las formas suaves y poco pronunciadas; en una palabra, á todo lo que no sea un indicio patente de virilidad, de fuerza, energía y poder.

—Esto es, replicó con sorna la linda Cayetana, á todo individuo que no lleve el sobre escrito correspondiente á la preciosa calidad de ser un salvage y un bárbaro.

—Entiéndelo como quieras. En cuanto á mí, prefiero las formas bravías á las suaves, y antepongo Hércules á Adonis. Me gustan mas las gracias del primero, que las lindezas del último.

—Ya! Aquellas repetidas gracias que constituyeron la mas estupenda faena de las doce que llevó á cabo el fariseo griego.

—Justo: has adivinado: veo que estás tan fuerte como yo en eso de mitología. Somos verdaderamente unas... (¿cómo diré yo?) unas *buenas mozas* muy instruidas é ilustradas.

—Pues, hija mia: el amable Polifemo, allá en aquellos tiempos, te hubiera agradado en estremo: Sanson tampoco te hubiera parecido saco de paja: los cíclopes te hubieran formado un magnífico serrallo; y en el dia deberias irte á establecer en el

pais de los Patagones; que son unos caballeros como hasta el techo de grandes, con brazos, piernas y todo lo demás, proporcionado.

—Adelante! No quiero contestar como pudiera á esto, por no ofender tus castísimos oidos. Sin embargo, ya que te cuento las rarezas de mi organizacion, no quiero dejarte ignorar la mas intuitiva de ellas, como diria aquel estantigua de estudiante que, tan escaso de pruebas como abundante de argumentos, prefería la otra noche hacerte una esplicacion, á presentarte una demostracion.

—Dios se lo pague! contestó con un suspiro la sentida Cayetana. Vamos á la rareza intuitiva.

—Sí, intuitiva, pues en mí es ella una especie de don adivinatorio, que nunca me ha fallado.

—Veamos, digo.

—¿No has detenido á veces la vista en ciertos ojos que tienen una fijeza tan tenaz, y una mirada tan penetrante y profunda, tan fascinadora, tan provocativa, y al mismo tiempo tan llena de promesas, que te trastorna y confunde; que te agita y conmueve; que te hace palpitar el corazon; que te enciende la sangre, y te alarma de pies á cabeza?

—Y añade, que punza al alma, que ofende, que ruboriza, que amilana y desconcierta al ánima;

que llega en fin á ser insoportable, y obliga á bajar los ojos.

—A mí no: mi mirada, impertérrita tambien, y aguda como la punta de un puñal, se complace en ese duelo lacerante de una alma con otra alma; y se ahonda mas, cuanto mas profundiza á la del adversario. Si este sufre hasta el fin tan difícil prueba; si esta mirada se sostiene recíprocamente de una parte y otra, sin que ninguna ceje, se efectúa entonces una mutualidad íntima, una relacion estrechísima de la voluntad y de los sentidos; una especie de revelacion que descubre entonces á cada cual, lo que es moral y físicamente el otro; lo que puede, lo que siente y lo que quiere. Despues de esto, toda esplicacion es inútil: todo está dicho. Pues bien: el hombre dotado de esa mirada tenaz y escudriñadora; de ese efluvio magnético y poderoso, que vá á desentrañar al alma y descubrir todas sus incógnitas, es siempre completo en sus dones, y tan magnífico en realidad como en promesas. Estos son los que siempre he preferido, porque nunca me han engañado.

—¿Y has encontrado muchos así?

—No faltan; pero se necesita todo el poder de accion magnética, de que me hallo dotada, para sondarlos, y no equivocarse.

—Y bien! y por qué entonces no te contentas solo con una de esas preciosas alhajas?

—Porque no hay mina, por rica que sea, que al fin no se agote.

—Caramba con la muger! pero tú eres un monstruo.

—Asi se llama á las cosas raras, á las que dejan de ser adocenadas.

—Y cuál ha sido, para tí, el resultado de ese descubrimiento?

—El de saber una cosa mas, y de esplotarla en provecho mio: el de enriquecer la fisiología con una nueva observacion casi metafísica; el de hacer coincidir á mi favor los dos aspectos diferentes que me presentaba la prostitucion, á saber: el placer y el provecho, el vicio y la especulacion; pues en fin, enteramente incomunicada con mi familia, abandonada ya y sola en el mundo, me era forzoso hacer lucrativa mi bien acondicionada vocacion. El placer solo no alimenta: puede llenar el corazon, pero no el estómago: era pues necesario hacerlo productivo: asi se unieron pues, en provecho mio, la obligacion y la devocion: fui muger pública, por aficion primero; y casi al mismo tiempo por interés tambien: hice el amor por los placeres que me daba, y por el dinero que me proporcionaba; pero nunca

le hice sin la primera condicion, ni me entregué jamás sino á los que á su favor tenian para mí el prestigio de alguna ilusion.

—Es que, segun todo lo que me vas diciendo, parece que en tí las ilusiones menudean de tal manera que no se eximirian de ellas ni los rancheros de un regimiento de croatos, ni el menos gallardo y ágil de los inválidos de Atocha.

—Puede ser: es segun.

Ya puedes considerar que insaciable de deleites, y eterna y colectivamente enamorada, no podia menos de ser una muger preciosa, una alhaja inapreciable, y muy dificil de encontrar entre las personas dedicadas á nuestro oficio. ¿Dí? ¿cómo lo llamaremos mejor? oficio ó profesion?

—De todo tiene: es uno y otro, y las dos cosas á la par.

—Si; pero la palabra oficio presenta la idea de una cosa mecánica.

—Y bien: por lo mismo es quizá la calificacion mas exacta y que mas viene al caso.

—Qué prosáica eres! La palabra profesion, al contrario, es mas noble, pues representa la idea de una cosa honrosa y elevada; como lo son, por egemplo, las bellas artes, la poesia, el estudio, las ciencias.

Aquí las dos jóvenes prorrumpieron en descompuestas y ruidosas carcajadas.

Repuestas algun tanto de su hilaridad, contestó la mas sentimental de los dos:

—Pues bien: las artes necesitan de vocacion, de entusiasmo y pasion en quien á ellas se dedica. En cuanto al arte, muy bello sin duda, que egercemos, tú reunes todas estas condiciones: por consiguiente, para tí es una profesion; mas, para mí, es un oficio.

—Me parece bastante bien tu conclusion; pero no habia que suspirar por eso.

—En mí el suspiro se ha hecho una cosa habitual.

—Y en mí tambien, contestó con la mas maliciosa y sardesca sonrisa, la lúbrica Leonarda.

—Bonitos suspiros serán los tuyos, desbocada!

—Lindísimos! riquísimos! deliciosísimos! suspiros palpitantes de sentimentalismo y espiritualidad; suspiros de cuerpo y alma, de aquellos que...

—¿Me haces el favor de no disparatar mas por ahora?

—Corriente: volvamos al asunto. Era yo, pues, un tesoro inagotable de goces para los hombres que tienen la desgracia de verse obligados á acudir á nosotras, y á satisfacer con placeres de municion

las ansias amorosas que los devoran. En efecto, en lugar de presentar, á las frenéticas caricias y al apetito desordenado de los que comunmente solo en el último apuro recurren al deleite de venta que les ofrecemos; en vez de prestarles, de mal talante y casi siempre de pésima gana, como en general sucede con todas las mugeres públicas, un cuerpo cansado, incapaz de sensacion, un autómata, una verdadera máquina, los brindaba yo, al contrario, con todo el fuego, con todos los estremos de la pasion, prodigándoles las punzantes delicias que solo la mutualidad y la simultaneidad de deseos y de exaltacion pueden completar. He sido buscada, pues, con ansia por toda clase de hombres; desde los mas desalmados y antropófagos, hasta los mas tiernos y melífluos; desde el gigante al pigmeo; desde el caballero de historiados blasones, hasta el hortera; desde el artista, que da conciertos, hasta el serpenton de la parroquia; desde...

—Para, muger, para: ya sabemos que en esta materia eres universal; pero dime: ¿te crees muy feliz así?

—Por ahora me parece que sí; pero mi porvenir me aterra. El ardor de mi temperamento me consume: deberá durar poco mi hermosura: mi cutis empieza á ajarse: mi tez va tomando un matiz

aplomado: á pasos agigantados se acerca el tiempo en que dejaré de ser atractiva: vuela y se aproxima el en que, arrugada y desfigurada, huirán los hombres de mí; en que la vejez anticipada que me espera, alejará por siempre los multiplicados placeres sin los que me es imposible vivir. Dios mio! que será de mí entonces, si no se apaga al mismo tiempo que el brillo de mis ojos, el ardor que hace hervir mi sangre, y los deseos insaciables que devoran mi corazon!!!...

—La naturaleza es consecuente: tu sangre se enfriará; tus deseos se embotarán, á medida que la edad empañe tu semblante, y trasforme tus facciones.

—Qué sé yo! Me parece imposible que llegue nunca á calmarse el diabólico fuego que arde en mis venas. Quién fuera como tú!

—Como yo! pobre de ti si así fuera! los males que temes no te afligen sino en perspectiva; mientras que los que me acosan se han realizado ya, y me hacen sufrir en la actualidad. Lo que en tí padecerá, dado caso que se realicen tus temores, será solo la sensibilidad física, material: en mí, es la del corazon, es un mal, una pena moral que envenena mi existencia, y que solo con ella puede acabar.

—Muger! y lo dices de verás? pobre amiga

mia! No te creia feliz; pero no me temia que fueses desgraciada.

—Oh! sí, desgraciada, muy desgraciada! y por siempre, y sin esperanza de dejar de serlo!

—Es posible! quizás no: cuéntame, cuéntame lo que te pasa y el caso en que te encuentras: podrá ser que entre las dos hallemos algun remedio á tus males.

—No, no lo hay; pero el interés que me manifiestas es suficiente motivo para que te abra mi corazon. Además, la pena que se sufre sin confiarla á nadie, es un dogal que ahoga: parece que se alivia algun tanto descubriéndola á una persona amiga, á un ser sensible, que acaricie la llaga y vierta sobre ella el bálsamo del interés y del consuelo. Pero mira que lo que tengo que contar es toda una historia, toda una novela.

—No importa. Pero ya es tarde: despertaremos á ese avestruz, para que nos vaya haciendo el almuerzo.

Y esto diciendo, alargó Leonarda su robusta pierna hácia la aletargada moza, que hasta entonces habia acompañado con sendos ronquidos el diálogo que acabamos de referir; y de una patada, la hizo caer al suelo.

—Otra vez? murmuró esta refunfuñando, y dis-

poniéndose á arrellanarse en el pavimento y á trasformarlo en cama.

—Caramba! qué mostrenca! esclamó Leonarda: si no lo remediamos, se va á dormir de nuevo, como si nada le hubiese ocurrido. Vaya! hija, ya que estás levantada, añadió agarrando desde la cama á la pelirubia por las greñas, y zamarreándola de un lado á otro hasta lograr en fin despertarla; ya que estás de pies, haznos el almuerzo: así como así, hoy te toca el rancho.

—Vaya un modo de estar de pies! Si estoy aquí debajo de la cama!

—Tanta es tu analogía con cierto mueble, que ahí es en donde siempre deberias estar; pero vamos, levántate. No tienes gana de almorzar?

—Me parece que sí. Ea! allá voy; siquiera por el modo con que pides las cosas.

Se incorporó entonces del todo la moza rubia; y sentándose en el suelo, se puso, sin examinar si eran suyas, las dos primeras medias que encontró á mano: se encajó por la cabeza unas enaguas, con igual indiferencia: se levantó del todo: se introdujo los pies, el uno en un zapato de calzador, y el otro en uno descubierto; y sin calzarlos, y llevando sueltas y arrastrando las galgas del último, se marchó al especie de zaquizamí que, en aquella

humilde habitacion, hacía las veces de cocina.

Entonces las dos mugeres que habian quedado dueñas de la cama, se arreglaron de nuevo ensanchándose en ella. La tremenda morena se acurrucó en la actitud de quien se dispone para oir á su placer una relacion interesante; y la otra, vuelta hácia ella, y elevando algun tanto la cabeza en lo mas alto de la almohada, principió de esta manera:

—He tenido una educacion distinguida: mis padres fueron ricos; pero arruinados por uno de esos reveses de fortuna tan frecuentes en estos últimos tiempos, y muertos en pocos meses uno y otro; mi padre, por la impresion que causó en él la pérdida de sus bienes; y mi madre, por el pesar que le ocasionó la muerte de su esposo, quedé sola, sin tener á quien volver la vista, ni mas recursos que el cortísimo que me produjo la venta de nuestro pobre ajuar. Las habilidades que yo habia adquirido, como producto de una educacion esmerada, me fueron entonces útiles para ganar honrosamente mi sustento: entré de sub-maestra en un colegio de señoritas de esta corte; y durante dos años llevé una conducta irreprensible, y obtuve el aprecio de la directora y de cuantas personas me trataban.

Hasta ahí todo iba bien; y si yo no hubiera tenido corazon, mi suerte se habría consolidado y lle-

gado á ser aventajada y envidiable. Sin embargo, disto mucho de ser, como tú, inflamable y propensa á impresionarme: ya tenia diez y ocho años, y aun no habia esperimentado ningun sentimiento vehemente de predileccion hácia hombre alguno. Conocía, sí, que aquel sexo habia nacido para agradar á la muger y hacer su dicha. Mi imaginacion, aventurera, vagabunda, y fantástica como la de todas las jóvenes de mi edad, se habia formado su bello ideal, se habia individualizado de pies á cabeza su tipo; pero este aun no se habia presentado; y esperaba yo tranquilamente, sin buscarlo ni desearlo, el momento en que su encuentro, el del hombre poseedor de los dones que me fuesen simpáticos, hiciese palpitar mi pecho y le infundiese una nueva vida, la vida dulce á un tiempo, y dilacerante del amor del corazon; de esa animacion súbita, deliciosa y terrible, que es el complemento mágico de la existencia. Llegó por fin ese instante decisivo, y se mostró á mis ojos el conjunto realizado de mis ensueños, el obgeto físico y personificado de mi pasion mental. Era, Ah! aun es el mismo, el ídolo constante de mi corazon. Qué bello es! qué atractivo! qué interesante, con sus rasgados ojos negros, llenos de amor, de altivez é inteligencia! con su boca hechicera, que tanta gra-

cia adquiere cuando de sus divinos labios brotan juramentos de amor! con su cabellera de azabache, cuyos estremos ensortijados, de puro negro brillan como el estremo de las alas azuladas del cuervo! con esa frente dominadora, que parece haber nacido para el mando! con ese cuerpo erguido, esbelto y flexible como el de una bailarina! con ese talle de muger! con esa mano de príncipe! con el aire y manerismo graciosos y adorables que brillan en todos sus ademanes, en toda su encantadora persona!

—Muger! por Dios, modera esa descripcion, capaz de alarmar á una monja recoleta; cuanto mas á mí, que ya sabes no necesito de muchos empujes para subirme á la parra.

—Era mi amante, pues lo fue desde el instante en que me miró, un joven cursante en medicina; pobre como yo de bienes, aunque rico de sentimientos y talento, y lleno de porvenir. Nos amamos al instante mismo con pasion, con frenesí. Jamás muger encontró la realidad mas positiva, mas intensa y completa de las ilusiones que se formó en los estravios de su mente acalorada. Hallé en él todo lo que deseaba, todo lo que en la exaltacion de mis pensamientos habia ideado para crear un hombre á mi modo, á mi capricho, y que fuese el

único capaz de enamorarme. Yo habia soñado un jóven bonito, lleno de gracia; de fisonomia apasionada y espresiva; de ademanes flexibles y delicados; y le habia encontrado dotado además, como me lo figuraba, de talento agudo, de indecible gracia en el habla, de ternura entrañable, de esquisita sensibilidad, de bondad estremada, y tan noble en su esterior como en sus ideas y sentimientos. Cómo no enloquecer con semejante conquista! Le amé mas que á mí misma: le entregué mi alma, mi corazon, mi persona: le consagré mi vida entera: no alenté, no existí mas que por él y para él. Ah! cuán dichosa fui!.....

—Pues qué! no lo eres ya? ha dejado de amarte? ó bien se han desvanecido tus dulces ilusiones?

—No: mas que nunca él me ama: mas que nunca yo le adoro.

—Por qué no os casais?

—Nuestros corazones lo están: lo demás importa poco para almas como la suya y la mia. Jamás me habló, jamás le dije una palabra de matrimonio; pero en su mente, en su intencion, nuestra union es indisoluble, y el acto que la justifique ante los hombres, una mera fórmula, una ceremonia que nada puede añadir á la santidad del lazo que nos liga, á la sancion sagrada é inefable de nuestros

corazones. Mañana, si quiero, se casará Eduardo conmigo; sin dar ni mas valor, ni mas importancia á este acto, que la que, para él y para mí, le ha conferido ya el dulce juramento que me ha dado su bella y seductora boca; y me conducirá al altar con la misma satisfaccion, con la misma complaciente y agasajadora bondad con que, para agradarme, me llevaria al Circo ó á un baile de máscaras; sin dudar un momento; sin reflexionar en ello; sin que le ocurra, ni por asomo, que el matrimonio es un contrato mas grave, para un hombre de honor, que un juramento de amor, que un compromiso de sentimientos. Pero no, no me casaré: á otras les parecerá un deber esta terminacion: para mí es una obligacion sagrada el negarme á ella.

—No te entiendo.

—Pronto me comprenderás. Un año llevábamos de delicias y de dichosa union. La exactitnd con que yo llenaba mis deberes de sub-maestra, el celoso esmero con que cuidaba de la enseñanza de mis pupilas, y el interés que tomaba en el bien de la casa, y en la prosperidad del establecimiento, me habian de tal manera grangeado el afecto y la confianza de la persona que le dirigia, que salia yo con frecuencia, y disfrutaba de una grande liber-

tad, que dedicaba únicamente al hombre que obtenia mi amor. Todos los dias le veia: todos los dias tenia la felicidad de oir su voz melodiosa, de sentir vibrar sobre mí su apasionada y poderosa mirada, y de ser el afortunado obgeto de sus dulces caricias.

Una vez, al llegar yo al camaranchon que le servia de habitacion, dejó, contra su costumbre, de esperarme en su entrada; y una voz doliente, acostumbrada á conmover mi enamorado pecho, y á agitarlo con la emocion del placer, no llevó á él en esta ocasion mas que el terror y la angustia. Aquella cara voz, afectuosa y amorosa siempre, me llamaba con una espresion apasionada; pero su acento era tan debil y lastimero que, llena de sobresalto, me precipité temblorosa en la pequeña alcoba de donde salia. ¡Qué espectáculo! qué dolor! el adorado dueño mio yacia agitado y casi convulsivo en su lecho: su respiracion era acelerada y trabajosa; sus grandes ojos negros estaban enardecidos; sus megillas encendidas, su piel quemaba: le tomé el pulso; estaba arrebatado: los síntomas de una fiebre ardiente y terrible se manifestaban en todo su semblante. De este modo habia pasado toda la noche y la mayor parte del dia: nadie se habia acercado á él: nadie habia llamado á la puerta de ese pobre albergue: ni uno de esos

que se llaman amigos; ni uno solo de esos que dan aquellos apretones de mano tan entrañables, tan fuertes y vigorosos que hacen gritar, habia echado de menos á Eduardo, ni se habia aproximado para cerciorarse de si vivia ó moria.

No pude menos entonces de pensar que la amistad es una ficcion, un bello ideal que quizá no está en la naturaleza humana; que ella no es un sentimiento, sino una invencion del hombre, un vano simulacro, una cosa del todo facticia; ó, cuando mas, el producto frio de la rutina y del hábito. Desde aquel dia he creido que habia camaradas, compañeros que congenian mas ó menos, y se unen hasta cierto punto, por analogia ó relaciones de gustos y caracteres; pero no, que hubiera ese afecto santo, desinteresado y entrañable al que, cometiendo una figura, se da el pomposo nombre de amistad. Y en efecto, ¿qué cosa podrá ser un pretendido sentimiento que, como el de que se trata, no tiene su asiento en el corazon ni en las necesidades de nuestro ser? que nace sin la espontaneidad de la organizacion? que se alimenta sin pasion ¿que termina por un golpe de genio, por un capricho, por la mas pequeña lesion de nuestro amor propio? que se apaga y muere sin dejar cenizas en la memoria, ni dolor y vacío en el corazon? No, no hay amistad: hay solo un juego de voces; la creacion de

un vocablo insípido y sin sentido; una cosa fabulosa, de que todos hablan y en que nadie cree, como sucede con el pais del *dorado*, con el hipógrifo, con el esfinge, y con las otras mil quimeras creadas por la imaginacion para distraer el ócio, ó asustar ó divertir á los chiquillos. Pobre Eduardo mio! solo el amor acudia en tu auxilio, y esto lentamente, despues de muchas horas de padecimientos, y quizás demasiado tarde. Sin mas que darle un beso de amor y de dolor en su abrasada frente, salí desatentada y presurosa en busca de un médico, al que hice tantas instancias y tan ardorosas plegarias, que al fin obtuve que se viniera conmigo.

El facultativo halló muy grave el estado del enfermo, en el que, segun parece, se presentaba una lesion orgánica, cuya curacion seria larga, difícil; y requeria, añadió aquel, echando una ojeada escudriñadora y poco satisfecha sobre el mueblage y aspecto del cuarto, mucho gasto, y una asistencia celosa y esmerada.

—Oh! Salvadle! grité arrojándome á los pies del doctor, y besando sus rodillas! salvadle, cuidadle, como si fuera un millonario: tengo recursos, tengo dinero, ganaré mas aun, daré todo lo que tengo; me venderé, si es necesario, para que cure, para que viva.

Apenas habia pronunciado estas palabras de angustia y desesperacion, cuando Eduardo volvió con esfuerzo la cabeza hácia mí, y me dirigió mudamente una mirada de reprehension y ansiedad; una mirada cruel y dulce á un tiempo, que me hirió hasta lo mas profundo del corazon: quizás queria mas bien verme muerta que no dándole una espantosa prueba de mi amor; quizás un presentimiento fatal le hizo en aquel momento entrever la posibilidad de que se realizase un pensamiento, al que, en el fervor de mi súplica, estaba yo sin duda muy distante de dar el sentido horriblemente vulgar que podia llegar á tener.

A pesar de la impenetrable armadura con que nuestro deplorable orden social ha preservado el corazon del médico, no pudo el que yo suplicaba asi persistir en su impasibilidad oficial: me miró un instante el doctor, con aquella ojeada práctica, acostumbrada á sondar, no menos las impresiones físicas, que las del alma, y obligándome despues cariñosamente á levantarme: bien, me dijo: auxiliemos á la naturaleza; usted, con todos los sacrificios de un noble amor; yo, con algun resto de entraña de que aun no he podido desprenderme, y sobre todo, con el amor de la ciencia; pero no hay que perder instante. Entonces se arrimó el facultativo

á una mesita en la que habia algunos libros y un tintero, y escribió despacio y deteniéndose muchas veces, una receta bastante larga: en seguida me encargó que buscase sin pérdida de tiempo, y me esplicó largamente, pero sin repetirse una sola vez, los remedios que habian de hacerse, y los cuidados y método que debian seguirse con el enfermo. Aquel hombre conocia con admirable sagacidad que cada una de sus palabras se grabaria en mi mente como si se esculpiese en una lápida; que nada olvidaria, que nada trabucaria; y ciertamente no se equivocaba.

Yo no podia á un tiempo cuidar de mi amante, y seguir desempeñando en el colegio mi cargo de sub-maestra: me era forzoso abandonar uno ú otro: optar entre el amor y la especulacion; entre el deber de la naturaleza y el de la sociedad. En la posicion particular en que yo me encontraba, era preciso además tener el alma bastante fuerte y elevada para formar la resolucion de despreciar las preocupaciones que persiguen con su infamante baldon á las mugeres que no tienen en cuenta las exigencias de la opinion. Impotente para hacerme superior á ella, era preciso, en una palabra, ofrecerme en holocausto en sus aras; dejar de ser para todo el mundo, y aun tal vez tambien para mi

amante mismo, lo que se llama una muger honrada; perder la corona de azucenas con que el vulgo necio, con razon ó sin ella, adorna la frente de las que han sabido mantener inmaculada, ó á lo menos sin manchas visibles, su túnica virginal; é imprimir sobre mi reputacion, hasta entonces intacta, el dictado corrosivo é indeleble de muger amancebada, título ominoso que caracteriza al primer grado de la prostitucion. Para mi alma noble y sensible, dotada de la altivez, no del orgullo, sino del corazon, no podia ser dudosa la eleccion: no titubeé, no vacilé un instante. Aquella tarde misma me despedí de la directora del colegio, sin que pudiera conmoverme en mi designio, ni sus ruegos, ni sus reflexiones; y fuí á instalarme en el cuarto de Eduardo; constituyéndome su enfermera, su hermana, su madre, su custodio. su angel tutelar, su providencia. Qué cuidados no le prodigué! los del amor verdadero, del amor entrañable, elevado, sublime, que no menoscaba ni la miseria vulgar, ni el innoble séquito de un lecho de dolor; que resiste, firme y constante, á las desilusiones de la enfermedad, y se presta santamente á los servicios mas desagradables y repugnantes.

Yo poseia algunos ahorros; mas previendo que los agotaria en breve los gastos estraordinarios

81

causados por la grave dolencia de Eduardo, busqué costura, y por algun tiempo, trabajando de dia y de noche, en los ratos perdidos que me dejaba el cuidado de mi adorado enfermo, pude hacer frente al dispendio proporcionalmente enorme, que gravitaba sobre mí.

Eduardo no curaba radicalmente; pero viéndolo aliviado, me lisongeaba de que se restableceria del todo, antes de que se nos acabasen los recursos, cuando un dia, al salir el médico de la estancia del enfermo, despues de haberle estado examinando largo rato con semblante meditabundo y poco satisfecho, se paró en la puerta de nuestra pobre habitacion, y tomándome afectuosamente la mano, y con voz grave y conmovida, me dijo: Pobre niña! hemos llegado al momento crítico que yo me temia. Mi saber, mi esperiencia, los cuidados angelicales de usted, hasta la naturaleza fuerte y poderosa del enfermo han sido insuficientes para atajar los progresos de un mal terrible, que en vano me lisongeé de destruir en su origen, sin acudir al tremendo remedio, que ahora es el único que le puede salvar.

—Dios mio! Dios mio! articulé con voz sorda y ahogada, estremecida con el horrible exordio del facultativo; agitada, esforzándome en comprimir el movimiento convulsivo que se iba apoderando de

mí, y temiendo, mas que á la muerte, el que un grito escapado de mi temblorosa boca introdugese la alarma y el espanto en el alma de Eduardo.

—Haga usted por calmarse, prosiguió el médico: el remedio es eficáz, y su efecto casi seguro en una persona tan bien constituida como su amigo de usted; pero es terrible: se trata de una operacion difícil, y en estremo fuerte y dolorosa.

Respiré! las últimas palabras que acababa de oir, bien que punzantes y erizadas de espinas, me hicieron concebir una esperanza á la que se asió con fervor y ansiedad mi pobre corazon.—Eduardo tiene valor y resolucion, dije: me ama; no querrá morir: se resignará á que se le haga la operacion. El facultativo se sonrió tristemente: no es esto todo, replicó: una grande dificultad hay que vencer: soy ya viejo, y hace tiempo que he dejado de operar. En el caso presente se necesita de manos muy hábiles y seguras. ¿Y usted sabe, pobre jóven, con cuánto dinero hay que pagarlas? ¿qué recursos, qué medios tendrá usted para procurarse la suma enorme que exige el caso en que nos encontramos?—Yo rogaré, le repliqué, yo suplicaré de rodillas al hombre que tenga en su mano la vida de Eduardo: no será tan insensible, que me la niegue.—Ilusiones de niña!

esperanzas de muger enamorada! contestó el esperimentado y desengañado facultativo. No todos son tan compasivos como yo; y además, bien mirado, no pueden serlo. Una pésima organizacion social ha hecho que el médico egerza su profesion á precio fijo, y cual oficio que, como otro cualquiera, ha de producir sus beneficios, y le ha de dar de comer y lo necesario para atender á sus obligaciones: esto no se consigue curando de valde, y prodigando magnánimamente, por el amor de Dios ó de sus semejantes, un saber, una ciencia y una habilidad que solo á fuerza de tiempo, de estudios y de grandes dispendios han podido adquirirse. Portarse de este modo sería obrar como, cuando le da la gana, obra la Providencia; ó como, si fueran filantrópicos y cumplieran su mision, deberian hacerlo los gobiernos. Los médicos lo entendemos de otro modo: visitamos, si nos pagan: operamos, si hay dinero; y sino, no.—Cuánto se necesita? pregunté azorada como si tuviese un puñal al pecho, como si escuchase las campanadas de mi propia agonía.—Nada menos que doce onzas.—Pero por una mano hábil, segura?—Sí: puede casi responderse del éxito.—¿Cuándo debe hacerse la operacion?—Dentro de cinco ó seis dias, lo mas tarde.—Elija usted el facultativo

que ha de hacerla.—Uno, no hay mas que uno; pero mire usted que es hombre que no transige.—Yo le pagaré.—En un salon amueblado con opulencia, no exigiria ni esa palabra; pero en esta miserable guardilla no le satisfará una mera promesa. El rico puede pagar un año despues: al pobre es preciso ahogarlo: es necesario que pague antes. Con el equipage que tenemos á la vista, estoy por decirle á usted que no le bastará tener anticipado el pago en buenas monedas de oro, si al mismo tiempo no tiene usted la precaucion de acompañarlas con el pesito destinado á comprabar su ley y valor. ¿Quién ha de creer, aunque lo vea con sus propios ojos, que onzas verdaderas han de tener la rareza de dejarse llevar á una buhardilla?—Pues se llevarán.—Pero...—No hay pero que valga: traiga usted dentro de cinco dias al que haya de operar á Eduardo: á este le preparará usted entretanto: lo demás corre por mi cuenta.

Se fué el doctor; y yo, dominada por un pensamiento fijo, horrible y concentrado en lo mas hondo de mi corazon, me entré en el cuarto de Eduardo y me senté cerca de su cama.—Qué hay, me preguntó con algun recelo: opina mal el doctor? Estoy peor? díme todo; ya sabes que no soy cobarde.—Amor mio, le contesté besándole afec-

tuosamente la mano, necesitarás de tu valor, no para morir, sino para sufrir; pero curarás sin duda alguna; y mas hermoso y con mas salud que nunca, vivirás para ser mi delirio, mi única dicha.— Pero qué quieres decir? prorrumpió con mas ternura que sobresalto, clavando en los mios sus divinos ojos, llenos de amor y de espresiva y dulce melancolía.—Los remedios que hasta ahora se te han hecho son solo paliativos: no alcanzan á curarte radicalmente, como lo esperaba el doctor: es necesario hacerte una operacion.—Ah diantre! contestó Eduardo, entre abispado y festivo: ya me lo temia yo; y desgraciadamente tengo ya bastante inteligencia en el arte para saber que la operacion en cuestion no es un grano de anis, y que valdria mucho mas darte mil besos seguidos, que no sufrirla.—Muchas gracias, por la comparacion, contesté con tono ligero, devorando mi profundo pesar.— No te enfades, replicó con su acostumbrada gracia: me darás uno solo, bien largo, bien amartelado, que neutralizará y apagará con sus delicias la atroz sensacion del dolor: me tendrás entre tus hermosos brazos ¿podré sufrir entre tanto? podré ser sensible á otra impresion que á la del placer de tenerte abrazada?........ Un coloquio lleno de amor y de pasion terminó felizmente la declaracion que tanto temia

yo hacer á Eduardo, en el estado en que se hallaba; y le fué adormeciendo en dulces ilusiones, como á un angel, como á un niño; sin que preguntase, sin que inquiriese ni quién, ni cuándo ni con qué recursos contaba yo para que se le hiciese la tremenda operacion; feliz de conservar mi mano en la suya, y sin curarse en manera alguna del porvenir.

Yo, al contrario, quedé cruelmente desvelada al lado de su cama: la cabeza se me ardia: mi corazon, todo mi ser palpitaba: los oidos me zumbaban, y sentia latir mis arterias con la violencia y la conmocion de un golpe eléctrico. Pobre muger! sola sobre la tierra! sin amparo alguno; sin protector; ignorada, inapercibida, sin esperanza; sin otro recurso, para salir de una situacion apremiante é inexorable, que para mí era la alternativa intransigible de la vida ó de la muerte, cifrada sin remedio en la salvacion ó la pérdida de mi único bien; sin otro recurso, repito, que uno solo, horrible y desesperado, que en el momento de terrible agonia causada por la revelacion del desapiadado doctor, se habia presentado á mi imaginacion como una vision terrífica, como uno de esos pensamientos abominables que escapados del infierno, iluminan á veces con espantoso fulgor, y se ofrecen, ten-

tadores y descarados, á las almas mas tiernas, sensibles y timoratas. Tales se muestran sin duda las sugestiones del crímen, sus tenebrosas combinaciones, y la atroz lógica de su perpetracion y resultados.

Yo me hallaba en la flor de mi juventud; y si no era precisamente lo que se llama una buena moza, no habia duda en que se me tenia entonces por una muger muy atractiva é interesante: repetidas pruebas tenia de esto. Muchos hombres, y algunos de ellos muy encopetados, me habian importunado con manifestaciones mas ó menos sinceras; pero impregnadas todas de pasion, ó cuando menos de deseos vehementes, demasiado reiterados en unas mismas personas, para no indicar siquiera un capricho tenaz y fuertemente arraigado. La muger mas modesta y recatada, (y entonces era yo una y otra cosa) no puede menos de conocer y apreciar en su justo valor todas esas demostraciones que, si no constituyen precisamente el amor, segun la poesía del corazon, caracterizan, de una manera muy marcada y significativa, el prosaismo de los sentidos.

Casi sin quererlo habia reparado en tres ó cuatro sugetos que rodando desatentados en la esfera á que podia estenderse la accion de mis pocos

atractivos, no sabian dejarme, una vez que habian llegado á encontrarme ó á columbrarme á lo léjos; y me perseguian de muerte hasta que, de mi parte, una mirada desdeñosa ó un ademan airado ó despreciativo los obligára á abandonar mis huellas. Mil proposiciones se me habian hecho. Muchas de esas mugeres diabólicas, desecho infame de la prostitucion, me habian buscado, ofreciéndome, en nombre de mis mas habituales perseguidores, sumas bastante considerables, si yo me avenia á acceder á sus deseos: algunos de ellos, mas encaprichados ó mas fuertemente prendados, proponian además ponerme casa y mantenerme con lujo; esto es, alquilarme por un tiempo mas ó menos dilatado. Todos estos concurrentes que, importunándome sin cesar, se encarecian unos á otros, cual si se tratára de una venta ó adjudicacion al mejor postor; todas esas corredoras de libertinage, que de continuo me habian acosado, se me presentaron y pasaron velozmente delante de mi vista durante la última parte de mi conversacion con el doctor. Esta vision tuvo algo de satánico: al mismo tiempo que aquel me iba oponiendo, por dificultad insuperable, la suma en que valuaba la salvacion de Eduardo, veia yo pasar y moverse con burlona y sarcástica algazara mis amantes de calles, agitando ante mis

ojos, y haciendo sonar sus elegantes bolsillos: veia á sus odiosas terceras, prorrumpir, torpes y descocadas, en mudas y satíricas risotadas. Mi vista seguia ansiosa y escudriñadora aquellos bolsillos mas ó menos repletos, y los guiños y señales de inteligencia que me hacian aquellas mugeres ajadas y desaliñadas.

Dejándome el sueño de Eduardo con la necesaria libertad para desembrollar el caos de ideas que me abrumaba, llamé al órden á todos aquellos fantásticos personajes; y no ya como juguete de un vértigo, sino con la meditacion reflexiva de quien se halla obligado á optar entre una cruel y solemne alternativa, me ocupé con toda serenidad, del terrible pensamiento de venderme infamemente para salvar la vida preciosa de mi amante. Mi resolucion, antes algo vacilante, se fijó al momento. Ningun recurso tenia sobre la tierra; ningun medio para salir de la posicion en que me encontraba, y que, terminante y sin efugio, se contenia entre estos dos estremos fatales: ó que muriese Eduardo, ó que yo me sacrificase por él; sacrificio inmenso, horrible, pues, mancillada por un tráfico infame, debia renunciar por siempre á unir mi suerte á la del hombre que yo amaba; á no ser que mi noble corazon pudiese abrigar el abyecto pensamiento de

estender sobre su porvenir la mancha corrosiva de mi público deshonor. Me determiné pues á ofrecer al amor un sacrificio, que jamás debe ser aceptado; y para hacerlo, si cabia, mas santo, mas puro y delicado, rememoré uno por uno los individuos con los que podia contar para el rescate de la vida que iba á costarme poco menos que la mia.

No amaba, no habia amado ni me habia agradado nunca ningun otro hombre que Eduardo: los demás apenas me parecian pertenecer á su mismo sexo. Sin embargo, por un esceso de ternura, ó si se quiere de susceptibilidad, y sin duda alguna, de estremada delicadeza, quise, entregándome á un hombre falto absolutamente de gracia y mérito, desechar la posibilidad de toda ilusion, y conservarme, aun en los brazos de otro, pura á lo menos de corazon, é impasible al incentivo de sus caricias, hasta el punto de no ser cómplice de sus criminales placeres.

Mas adelante, cuando mi suerte fatal me hizo descender hasta las gradas mas innobles de la prostitucion, llevé siempre adelante, en favor del amor verdadero, ese propósito digno de mejor fortuna: jamás me he entregado sino á figuras grotescas y estravagantes, mas propias para apagar los deseos, que para escitarlos.

Entre aquellos furibundos candidatos que aspiraban á mis favores, habia un ente bastante ridículo; de aquellos que la naturaleza parece haber señalado desapiadadamente para ser el escarnio del amor, y el bú de las mugeres; de aquellos cuyas fisonomías sin movimiento, cuyos ojos hueros, y cuyas miradas pálidas y sin espresion se hallan en la imposibilidad de significar cosa, intencion ni concepto alguno; y que á duras penas y no sin sudores y soponcios de muerte, aciertan á formular, en sus semblantes de ternero, la apariencia burlesca de un deseo físico y bestial. Tal fué el hombre que escogí para ser criminalmente el autor de una buena accion. Esta eleccion tenia, además de la ventaja de tranquilizar hasta cierto punto mi conciencia, haciendo completamente de una prueba de vicio, un acto de virtud, la de asegurarme de que el estipendio de mi sacrificio cubriria cuando menos su objeto; pues que, sobre darme á conocer el esterior de aquel hombre que pertenecia á una clase rica, la desconfianza que naturalmente debia infundirle la escasez de sus dotes personales, y la conviccion de que tenia que compensar con dones pecuniarios la falta de aquellos, eran motivos capaces de hacerle mas generoso y desprendido que otros, en sus dádivas: recordaba yo que en efecto no hacia mucho

me habia hecho ofrecer una suma cuantiosa para, decia él, ser el preferido. Es verdad que desde entonces podia haberse prendado de otra, ó arrepentido de su crecida oferta. Sin embargo, esa clase de hombres, destinados á no ser nunca amados, y sí solo tolerados por interés, por compasion, cuando mas; tal vez por la fugitiva oportunidad de una ocasion calva, por la de una imperiosa necesidad, ó de una carestia absoluta del género; estos hombres, eternamente desdeñados y privados de la plenitud de goces que solo los prestigios de la ilusion pueden dar al amor, suelen ser duraderos en sus impresiones, y tenaces y constantes en sus deseos. En esto confié, y en efecto no me engañé.

Desde el principio de la enfermedad de Eduardo, solo habia salido yo á la calle para buscar y hacer confeccionar á mi vista las recetas ordenadas por el facultativo; único cuidado que no queria confiar á la muger que por la mañana venia á fregar, hacer la compra, y algun otro mandado. No me veia pues desde ya mas de un mes mi comparsa de adoradores: podian haberme olvidado, ó haber cedido á las seducciones de otra ú otras. Además ¿dónde estarian? Dónde encontrarlos? y aun consiguiéndolo, ¿cómo trabar conversacion con ellos, yo, que me habia manifestado siempre tan esquiva

é inaccesible? Pero sobre todo, ¿cómo entrar en trato con aquellos hombres? cómo proponer, regatear y ajustar el precio de mi deshonra? Firme y resuelta en lo principal, esta condicion accesoria, pero imprescindible y de toda necesidad para mi propósito; esta idea repugnante se me presentaba como un reptil erizado de dardos ponzoñosos: no podia asirla, no podia familiarizarme con ella: me sentia desfallecer, solo con pensar que tuviera que ponerla en práctica. Qué hacer? Para vencer esta dificultad no habia mas que un medio, y era dirigirme á una de las varias mugeres que algunas veces me habian, aunque en vano, requerido y hecho proposiciones. ¿Pero dónde vivian? dónde se hallaban estas? Lo ignoraba. ¿Y cómo preguntarlo? á quien? Antes morir. Resignada ya irrevocablemente á lanzarme en una senda de perdicion, casi me faltaban medios para conseguirlo. Antes y cuando me estremecia el pensar solo en ello, se me brindaba á cada paso la prostitucion : ahora que la necesitaba, que la imploraba, que era mi áncora de misericordia, mi único recurso, era cuando huia de mí y me abandonaba.

Dominada por un abatimiento mortal, bajé la cabeza sobre el pecho, y juntas y crispadas las manos, en la actitud de la desesperacion, mas bien

que de la plegaria, permanecí largo rato absorta y sumergida en una honda y dolorosa cavilacion. Un movimiento, un acento dulce y lastimero de Eduardo me sacó del torpor que poco á poco se habia ido apoderando de mi. Bien mio! dijo con su sonora y melancólica voz. Estas dos palabras apasionadas, apenas articuladas por su linda boca, hirieron mi corazon como si fuesen una mordedura. Sí, esclamé en voz baja, levantándome con la resolucion que estaba próxima á faltarme: soy tuya, tuya toda entera; persona, honra, reputacion, todo te pertenece: todo, todo, amor mio, te lo sacrificaré; y además, añadí vertiendo dos lágrimas ardientes, y depositando con religiosa resignacion un ósculo de entrañable y santo afecto sobre aquella pálida y atribulada frente; te sacrificaré tambien mi porvenir y la dicha de ser tuya.

Salí sin meter ruido: cerré la puerta, teniendo cuidado antes de arrimar, al alcance de la mano de Eduardo, una mesita sobre la cual puse la bebida que podia hacerle falta: bajé silenciosamente las escaleras, y me encontré en la calle, sin saber todavia á dónde pensaba ir, y qué me proponia hacer. Poco á poco mis ideas se fueron coordinando, á medida que andaba, y vinieron á concentrarse en la necesidad urgente de buscar, á toda costa, los

medios de poner en práctica la resolucion en que acababa de afirmarme.

Llena ya únicamente del deseo de encontrarme cuanto antes con una de esas arpías que mas de una vez, aunque infructuosamente, habian sido para conmigo unas mensageras oficiosas de seduccion, me puse á andar por las calles de fama mas sospechosa de Madrid; y al fin, en la de las Huertas me llamó la atencion, por no desconocida, una muger de unos cuarenta años, que arrimada á las vidrieras entreabiertas de un cuarto bajo, me dijo con una sonrisa maligna, al llegar por delante de ella, y con un ligero saludo, de párpados, mas bien que de cabeza: Pues cómo por estos barrios? Quiere usted entrar?—Sí, la dije precipitadamente al paso, en voz baja y azorada; y corrida de vergüenza, encendida como la grana, y palpitante de rubor, me arrojé en el portal inmediato, y me metí por un cuarto en cuya entrada me aguardaba ya el angel réprobo que iba á proceder á mi perdicion.

—A qué feliz casualidad? me dijo, con el acento melífluo y afectado de la perfidia vulgar y rastrera que caracteriza á esa clase de mugeres; ¿á qué feliz casualidad debo yo el honor de tan inesperada visita?

—A la desesperacion, le contesté, dejándome

caer temblorosa y casi exánime sobre un canapé ajado y sucio, que parecia haber sido manoseado por toda una generacion.

—Quiá! replicó con tono incrédulo y burlon la infame muger: no puede ser: tan jóven! tan hermosa! y tan deseada! añadió con intencion muy marcada, despues de una ligera pausa; ¿sabe usted que me preguntan todos los dias por dónde anda? ya se vé! como vienen aquí tantos caballeros y gentes principales!.. Pero el que sobre todo está inconsolable, por no verla en ninguna parte, y que me ha hecho dar mil vueltas para encontrarla, es aquel hombre gordo que tan encaprichado ha estado siempre por usted; aquel que una vez me encargó de verla y hacerle las soberbias proposiciones que supongo no habrá usted olvidado. Ese sí que es todo un señor!

—Pues bien, respondí precipitadamente, haciendo un último esfuerzo para superar mi repugnancia y consumar el sacrificio, ese es el que yo busco.

—Cómo! es posible! Despues de tantos ascos!

—Todo es posible; pero no perdamos tiempo: es preciso que me encuentre usted cuanto antes á ese sugeto. . . .

—Eso no será muy dificil. ¿Y qué le diré?

—Que consiento; pero con la condicion de que me ha de dar doce onzas precisamente.

—No es mal precio; pero las dará, y aun mas, si es necesario.

—No necesito mayor cantidad; pero esta la quiero cabal, íntegra; ni un real mas, ni un cuarto menos.

—¿Y á cuándo la cita? en dónde? supongo que será aquí.

Me estremecí de pies á cabeza al oir estas palabras: me pareció que era yo un condenado á muerte, á quien se le leia su sentencia: toda mi sangre refluyó y se me agolpó al corazon: me levanté como para huir, pero me faltaron las fuerzas; dí un grito terrible, y caí sin sentido al suelo. Estuve largo tiempo desmayada; pero en fin, vuelta en mí, mas bien por las punzadas crueles de mi intenso dolor, que por aquellos cuidados rutineros, prodigados con tibieza é indiferencia á lo que se llama prógimo, en virtud de un hábito de ineficáz é insulsa caridad, me separé de la muger maldita, despues de fijarle el tercer dia para el cumplimiento del horrible ajuste que yo misma acababa de hacer, y de quedar en cómo me habia de avisar de haber sido admitido.

Volví á casa con la postracion y abatimiento de quien acaba de cometer un crimen: debia de llevar en mi semblante una singular espresion, pues

Eduardo se sobrecogió y conmovió al verme, y se deshizo en preguntas y en manifestaciones de inquietud, de interés y de entrañable ternura. Pude en fin tranquilizarlo, y desviar de su imaginacion el presentimiento que parecia habérsele presentado, de que su felicidad habia zozobrado: en cuanto á la mia, habia ido del todo á pique.

En los dias siguientes me hize superior á mi profundo pesar, y ocupada de Eduardo con la abnegacion desinteresada y absoluta de una madre, solo pensé en su curacion y porvenir.

Llegó el dia fatal de mi deshonor para los hombres, y de mi apoteosis para el Supremo Ser, que desde su trono eterno juzga, no los actos, sino las intenciones: fuí manchada de besos impuros, en los brazos de una seduccion sórdida y brutal: dí el primer paso en la senda de la prostitucion: me hice materia de tráfico, y me constituí ramera. Puesta en ajuste ya, aunque sea una sola vez, todo está dicho: la carrera se halla ya irrevocablemente señalada: la profesion está conocida, publicada y caracterizada: no sirve volver pies atrás: el remordimiento es inútil, y el arrepentimiento tardío y sin resultado: los hombres ya han juzgado: la opinion está formada: es preciso someterse á su fallo.

Eduardo sufrió con admirable valor la opera-

cion, y desde entonces fue segura su curacion; pero esta fue lenta, y mi amigo tardó mucho tiempo en restablecerse y recobrar sus fuerzas. Su larga convalecencia y los crecidos dispendios que ocasionó agotaron de nuevo mis recursos; y á pesar de trabajar de dia y noche, el precio mezquino fijado á las labores de las mugeres llegó á ser del todo insuficiente para atender á nuestros indispensables gastos. Mi pobre amigo seguia entretanto confiado, con la fe de un niño, en que mis ahorros y mi tarea constante bastaban para cubrir aquellos; y aunque afligido de verme afaenada sin descanso, se resignaba, con la esperanza de que llegaria pronto el momento de ganar él tambien algun dinero, y de poder ofrecerme descanso y comodidad, al terminar la carrera que habia emprendido. Desengañarle hubiera sido una crueldad: le dejé en su error: qué me costaba? ¿no tenia que ocultarle otro, otro fatal y terrible, cuyo descubrimiento le habria anonadado?

Eduardo ya se levantaba de la cama. A veces, lleno de pena por verme coser y bordar sin cesar, se acercaba á mí, y cogiéndome amorosamente la cabeza entre sus dos manos, depositaba algunos besos apasionados sobre mis fatigados párpados, diciendo, con tierno y conmovido acento: toma,

vida mia, toma, para que tus hermosos ojos descansen y recobren el ardor divino que en mí solo deberian emplear. Una lágrima ardiente solia entonces, por contestacion única, humedecer, á pesar mio, sus acariciadores labios. Eduardo, en aquellos momentos de amor y de dolor, me cogia por la cintura; me hacia sentar, lleno de alarma, sobre sus rodillas; y estrechándome entre sus amantes brazos, clavaba inquietas sus miradas penetrantes en las mias, esforzándose en interpretar la causa de mi constante pesar, y en sondar un arcano, cuya existencia quizás presentia, sin poder descubrir el terrible secreto que pesaba sobre mi corazon, ni obtener mas que un suspiro y una mirada profundamente melancólica, cuya espresion no estaba en mi poder cambiar, aunque á veces temia que le iluminase sobre el horrible misterio que en mi alma se encerraba.

Me estremecia cuando mi joven amante, recobrados ya su ardor y lozania, me apretaba sobre su pecho: apenas, vencida por el ardor de la pasion, me atrevia yo á corresponderle del mismo modo: me parecia que le profanaba; y en efecto era así. Acosada por la mas espantosa miseria; amenazada de no poder completar su larga convalecencia; y perseguida por la horrible idea de verlo entregado

á la desesperacion, si le descubria el horror de nuestra situacion, habia tenido que recurrir varias veces al espediente de adquirir, por la prostitucion, lo que me negaban el trabajo y la laboriosidad; pero el estipendio de los sacrificios habia ido bajando rápidamente, á medida que estos se habian multiplicado. Además, por una delicadeza singular y original, que solo comprenderán las mugeres de mi temple, me habia propuesto no pertenecer esclusivamente á ninguno de mis galanes, y aun no tener actos repetidos con ninguno: no queria que un trato algo seguido, ó un hábito cualquiera, pudiera crear clase alguna de lazo entre ellos y yo, ya que mi cuerpo se habia prostituido, no queria que ni remotamente lo fuese mi afecto; y deseaba que mi amante poseyese intacto, ya que no mi persona, á lo menos mi corazon. Este propósito me habia obligado á multiplicar mis deplorables conquistas. De esta manera, aun no se hallaba Eduardo en estado de salir á la calle, cuando mi reputacion, como muger pública, se habia estendido en términos, que yo era conocida en los establecimientos de prostitucion, y buscada por los libertinos mas distinguidos y decididos.

Colocada en tan terrible posicion, perdida sin remedio, y suspensa sobre un abismo, mil veces

habia formado la resolucion de separarme por siempre de Eduardo, y de dejar de manchar su amor con mi impureza; y otras tantas, muerta de placer entre sus brazos, se habia desvanecido mi cobarde propósito, temerosa de clavar asi un puñal en su corazon; y sin duda llevada tambien del tierno egoismo que me le hacia preferir á su propio honor, y que me hacia imposible abandonar, aunque bastardeada ya y criminal, tanta dicha, tan inmensa felicidad. En fin, un resto de pudor, y sobre todo, la necesidad de alejarme, á lo menos en público, de la compañia de mi amante, á fin de evitar los lances y conflictos terribles que, por fuerza, un dia ú otro nos ocasionarian á ambos las miradas lúbricas é insultantes, y las señas de complicidad é inteligencia de los que habian adquirido el derecho ó el privilegio de tratarme como cosa propia, como alhaja comprada y disfrutada, hicieron que, á pesar de las plegarias y tiernos ruegos de Eduardo, me obstinase en dejar de vivir con él, pretestando para ello, aunque bien tarde por cierto, el cuidado de mi reputacion, escudada hasta el dia, en cierto modo, segun yo le decia, con el motivo de su larga y peligrosa enfermedad. Quise persuadirle que su restablecimiento quitaba á este motivo toda su santidad; que yo abrigaba mas que nunca el deseo de que

ni él ni yo perdiésemos, por una conducta censurable é inconsiderada, la estimacion de las personas que podian interesarse en nuestra suerte. Eduardo no se dió á estas razones; pero lo crítico y apurante de mi situacion me dió la fuerza de que necesitaba para resistir á sus dulces instancias, y me hizo inexorable.

Tomé una habitacioncita en el cuarto piso de una casa situada en una calle muy frecuentada; y allí empecé viviendo como una Lucrecia, ganándome por algun tiempo la vida honestamente, sin necesidad de acudir á los viles medios de que me habia valido para sostener á mi amante. Esta obligacion, para mí suprema, habia desaparecido con el restablecimiento de este; y nada en el mundo, ni aun la conservacion de mi propia existencia, pudiera haberme forzado á la reiteracion de un sacrificio al que debia la desgracia de mi vida entera.

Eduardo seguia sus estudios, auxiliado para ello con una mezquina pension que le concedia el afecto de un antiguo amigo de su padre, y que apenas alcanzaba para su manutencion. Asi caminábamos ambos, vacilantes y tropezando á cada momento dolorosamente en el estrecho camino de la vida, sembrado de olorosas flores para el rico, y de abrojos punzantes y lastimosos para el pobre; apo–

yándonos estrechamente el uno al otro, para resistir al huracan de la desgracia, cuando murió de repente el anciano que socorria mensualmente al amigo de mi corazon, imposibilitándole del todo esta catástrofe para poder seguir sus estudios. Huérfano, solo en el mundo, sin amigos que pudiesen ó quisiesen ayudarle, sin ahorro ni recursos de ninguna clase, ¿qué iba á ser de Eduardo? de su privilegiada disposicion? de sus esperanzas, y del brillante porvenir que yo para él me prometia? Mancillado, envilecido, cubierto de lodo é infamia, aun le quedaba su angel tutelar; no ya con sus alas blancas y su corona de záfiro, sino con su túnica abigarrada y su cintura de bacante. No importa: ella le sostendrá con su corazon puro y ardiente de pasion; ella le alimentará con su sangre; y para purificar su inextinguible amor, ofrecerá de nuevo en holocausto en sus aras, el precio de la prostitucion. ¡Pobre muger, á quien la fortuna adversa habia negado todo, menos la posibilidad de egercer una sola clase de industria!....

Aunque linda é interesante, no tenia ya el aliciente de ser una novedad para los aficionados: fue preciso reducirme á ser una prostituta adocenada. Pretesté con Eduardo la necesidad de acortar mis gastos; y queriendo á toda costa ocultarle el triste

recurso al que tenia yo que acudir, y alejar de él cuanto pudiera conducirle al descubrimiento fatal de mis forzosos y, puede decirse, virtuosos desórdenes, me vine á vivir con vosotras; exigiéndole, como condicion impuesta por mis compañeras, el que nunca pisara estos umbrales; y conviniendo en que solo nos veriamos de vez en cuando fuera de Madrid, ó en algun paseo ó parage poco frecuentado. Asi lo hemos hecho desde dos años. Gracias á mis pocos incentivos, he podido desde entonces adquirir hasta el dia lo suficiente para subvenir á sus gastos. En medio de mi desconsuelo, tengo la satisfaccion de saber que está bien alimentado, de verle bien vestido, y de suministrarle cuanto necesita para compra de libros, y para atender á los gastos de su carrera. Dentro de un año la concluirá; y, sea de esta pobre prostituta lo que quiera, le deberá su suerte y los años de felicidad que hemos pasado amándonos.

—Y entonces? preguntó Leonarda, que hasta allí habia estado escuchando á su amiga con un interés siempre creciente y que espresaba elocuentemente la mirada ardiente y llena de inteligencia de sus grandes ojos negros: ¿y entonces, qué piensas hacer?

—Confesárselo todo á Eduardo, renunciar á él, y morir.

—Muger! ¿y crees que tu amante no tendrá el alma bastante grande, bastante sublime y elevada para comprender la santidad de tu abnegacion y el mérito de tus sacrificios?

—Lo dudo, y esto bastará para que yo lleve á cabo mi resolucion. El egoismo, el amor propio, aun en el hombre mas generoso, ocupan siempre el primer lugar en su alma. Solo la muger sabe ser todo amor y abnegacion. ¿No la crió naturaleza para ser madre? Además, Eduardo, pobre y desvalido, tiene que crear su fortuna: el vilipendio de pertenecer á una muger como yo, se lo estorbaria: yo seria un obstáculo, una piedra de escándalo en su camino: yo, que tanto tiempo he sido su providencia, debo desembarazarle de este tropiezo: debo desaparecer.

—Pobre Cayetana mia! prorrumpió sollozando y arrojándose en sus brazos la impresionable Leonarda: eres un angel.

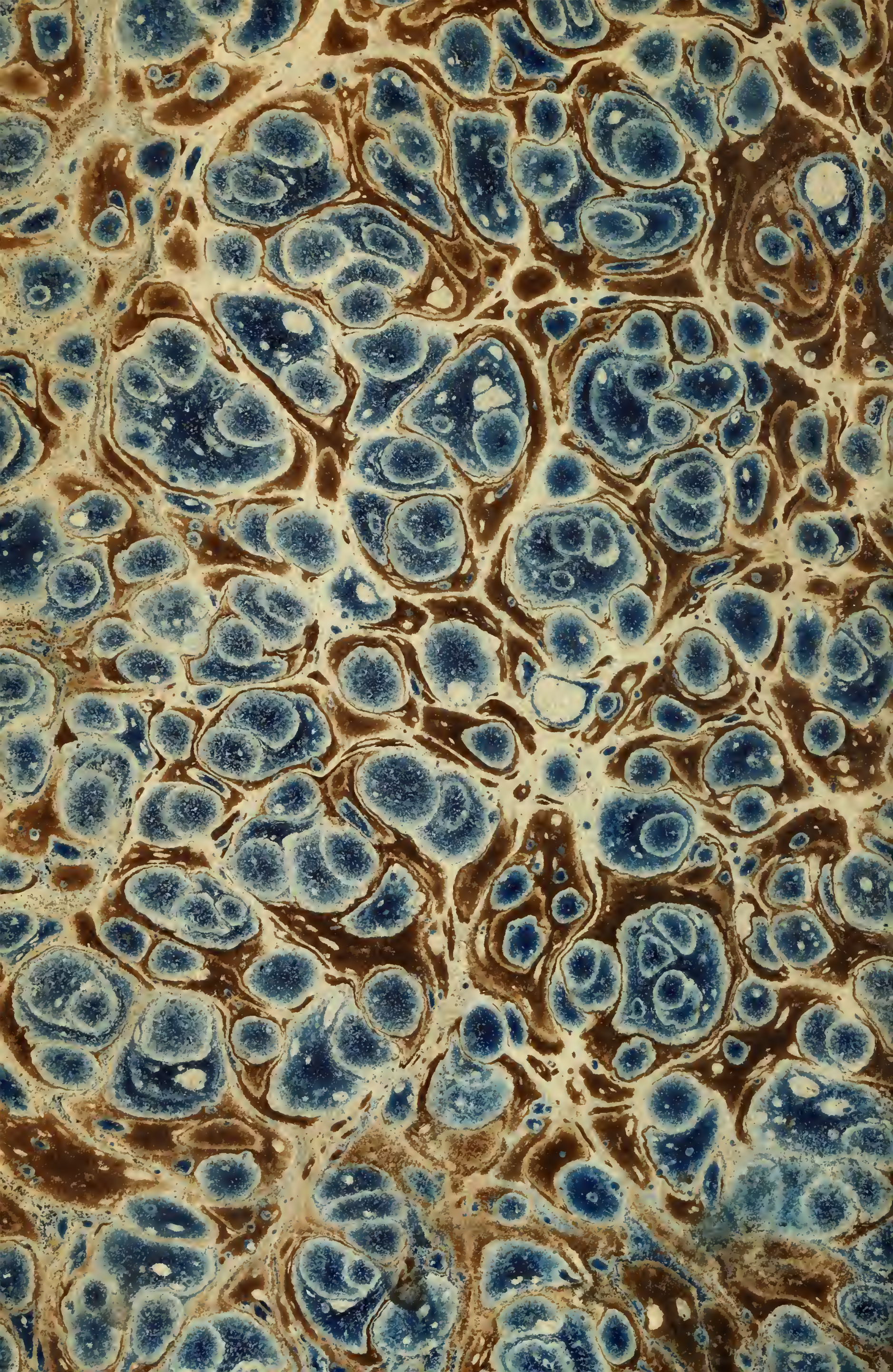
—No: soy una muger!!!.....

Yo, espectador invisible de esta melancólica escena, quedé largo rato inmovil y pesaroso, contemplando con dolorosa emocion aquellas dos atractivas jóvenes; víctimas, la una de la irritabilidad de sus sentidos; la otra, de la sensibilidad de su corazon; tipos ambos estraños y grandiosos, que

parecian haberse fundido, el primero, en el molde de donde surgió Mesalina; el segundo, en el que dió nacimiento á la nueva Heloisa. No salí de ese pobre albergue sin verter algunas lágrimas sobre la suerte fatal de aquellas desgraciadas, y sin maldecir las espantosas aberraciones de nuestra monstruosa civilizacion.

parecían haberse fundido, el primero, en el límite de donde cesaba Montalvo; el segundo, en el que dió movimiento á la nueva [illegible]. — No sólo de eso pudo alargarse su [illegible] algunos [illegible] sobre la suerte fatal de aquellos desgraciados, y [illegible] en los españoles [illegible] de nuestra nueva civilización.

# INDICE.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
377808
Corsini, Luis
La guardillas de Madrid.
LS
C8265g

